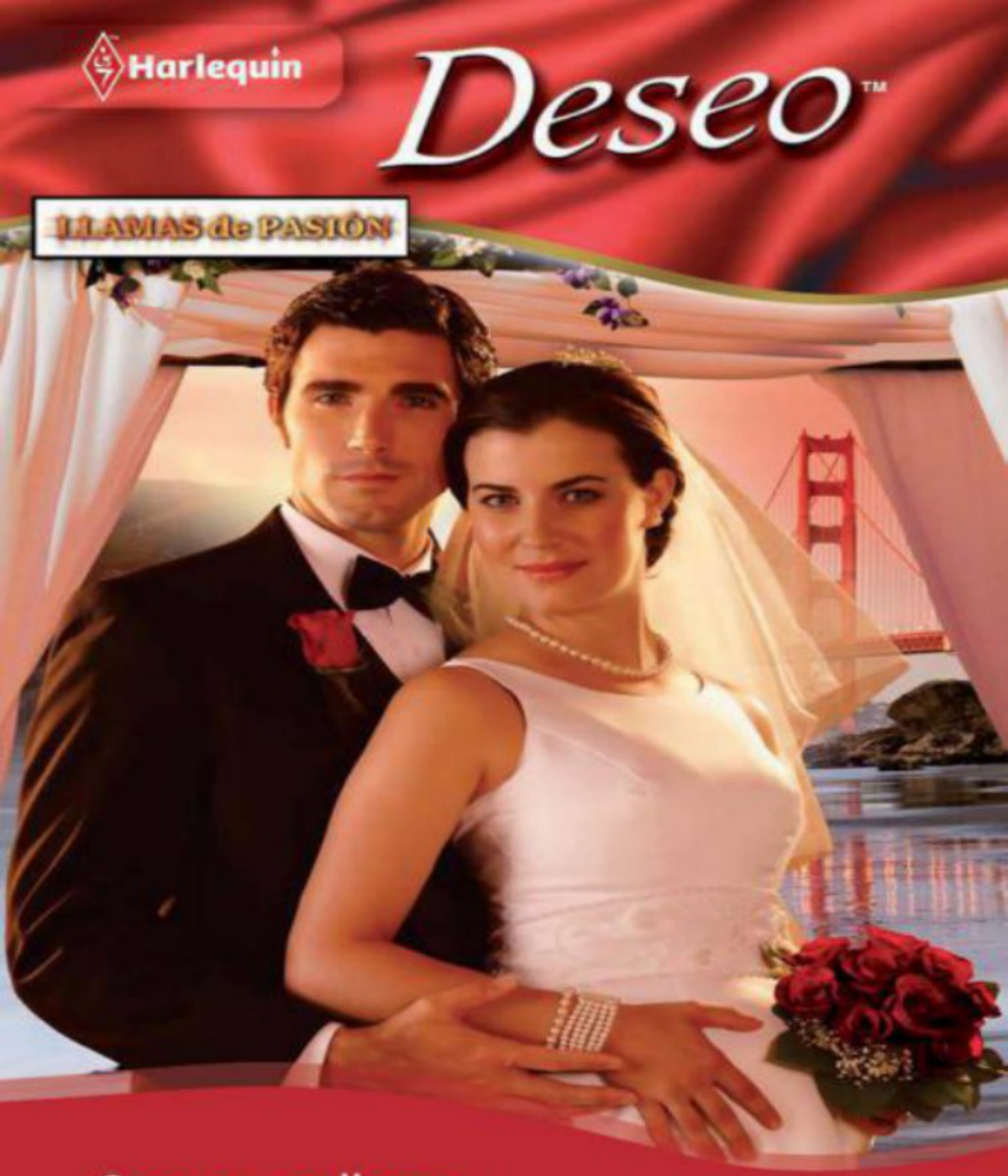


Sangre en llamas

DAY LECLAIRE

Sangre en llamas

Day Leclaire

7º Llamas de pasión

Sangre en llamas (2011)
Título Original: Dante's Marriage Pact (2010)
Serie: 7º Llamas de pasión
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1825
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Draco Dante y Shayla Charleston

Argumento:

¿Unidos por el matrimonio… o por el destino?

El Infierno golpeaba sin avisar, pero Draco Dante no se quejaba de ello porque ese legado familiar lo llevó a Shayla Charleston, una belleza misteriosa que le encendía la sangre. Enseguida la tuvo en su cama… pero ella se marchó igual de rápido. Después de buscarla durante meses, Draco por fin encontró a la mujer que le estaba destinada… y que estaba a punto de tener un hijo suyo. Pero los secretos empezaron a salir a la luz y Draco se encontró dividido entre los conflictos pasados de sus familias y un futuro con su mujer y su hijo. ¿Compartía ella el vínculo del Infierno o Shayla había accedido a casarse por otras razones?

Capítulo 1

Shayla Charleston intentaba controlar su nerviosismo mientras se miraba al espejo del elegante lavabo. Estaba en San Francisco, en el cuartel general de la empresa Dante, uno de los mayores imperios de joyería del mundo. Afortunadamente parecía calmada, aunque no lo estuviera en realidad, y después de aquella noche toda habría terminado. Al día siguiente cumpliría veinticinco años y tal vez, solo tal vez, habría conseguido los tres objetivos que se había marcada.

Objetivo número uno: devolverle a su abuela el dinero que se había gastada en su educación, para lo que había ahorrado cada céntimo, inclusa dejando que la casa en la que vivían fuera cayéndose a pedazos poco a poco. Su abuela esperaba que Shayla resucitara el negocio familiar y aunque no había heredado su talento o su habilidad para los negocios sí podía representar los intereses familiares cuando se viera con el clan Dante al día siguiente. Si tenía suerte, esa reunión le daría a su abuela la seguridad económica que necesitaba y Shayla estaba dispuesta a conseguirlo por difícil que fuese.

Objetivo número dos: conseguir el trabajo de sus sueños. En cuanto terminase su reunión con los Danrek Algier. Ese trabajo la llevaría a alguno de los países más exóticos del mundo y estaba deseando empezar.

Objetivo número tres: al día siguiente, antes de hacerse cargo de sus responsabilidades, quería vivir un impetuoso romance. Solo una vez. Una noche de pasión antes de volver a ser la persona sensata que había sido siempre. ¿Eso era pedir demasiado?

Shayla se llevó una mano al estómago, nerviosa. Antes que nada, tenía que colarse en la exposición de joyas.

La puerta del lavabo se abrió en ese momento y la mujer que entró miró el vestido de Shayla con envidia. Fue un alivio porque eso confirmaba que los arreglos que había hecho en el vestido de su abuela, uno de los pocos que quedaban de los días de gloria de la empresa Charleston, eran invisibles.

Y cuando se miró al espejo por última vez comprobó que su maquillaje era perfecto, como su pelo. Considerando la mala luz y el espejo sucio en la habitación del hostal en el que se alojaba, lo único que podía pagar por el momento, era un milagro. Sin duda, daba una imagen de riqueza y privilegio, algo que los Charleston no habían disfrutado en más de una década gracias a los Dante.

Tenía que pasar por la exposición antes de la reunión del día

siguiente. Si pudiera conocer a los personajes importantes llevaría ventaja en la negociación, algo que necesitaba porque estaba fuera de su elemento. Shayla tomó el bolsito de noche vintage y la lista que llevaba dentro, irritada al comprobar que el cierre se había abierto otra vez.

El bolso había sido de su madre, un recuerdo del próspero pasado de su familia, y no le habría importado que el cierre estuviera roto si no fuera por un pequeño detalle: lo que llevaba dentro valía millones y de ningún modo sería capaz de devolverle a su abuela el valor de su preciada carga.

Shayla escondió la bolsita de cuero en el fondo del bolso y sacó la lista que su abuela le había dado para repasar los nombres por última vez, intentando grabarlos en su memoria.

Primo Dante, el patriarca y fundador del imperio de joyería Dante, ahora casi retirado. Severo Dante, presidente del consejo de administración. Y luego estaban los mellizos: Marco, que llevaba el departamento de ventas y relaciones internacionales, y Lazzaro, el director financiero.

Satisfecha después de memorizar nombres y cargos, Shayla guardó la lista en el bolso y, respirando profundamente, se miró al espejo por última vez antes de salir al vestíbulo. Aquélla sería la parte más difícil porque los empleados de seguridad estaban en la puerta comprobando las invitaciones. Shayla esperó hasta que vio llegar a un grupo grande y se colocó a su lado, colándose en un momento de confusión. Y así, de repente, estaba en la exposición que habían organizado los Dante. Tenía que encontrar a los nombres de su lista y luego, tal vez, al hombre perfecto, el hombre que haría que esa noche fuera la más especial de su vida.

Draco Dante se fijó en ella en cuanto la vio entrar. Se fijó en ella y sintió una oleada de deseo que estuvo a punto de hacerlo caer de rodillas. Por supuesto, en ese momento no era capaz de entender las ramificaciones de lo que estaba pasando. No sabía que El Infierno había clavado en él sus garras. Seguía pensando que podía controlar su destino.

Hasta esa noche, él nunca había creído en El Infierno. Nunca había creído en la leyenda familiar… o maldición, como la llamaban algunos, que en su opinión era un cuento de viejas. Que un hombre pudiera identificar a su alma gemela con una sola mirada era sencillamente ridículo y se resistía con todas sus fuerzas a creer que había una mujer para él y solo una.

Llevaba toda la vida escuchando esas historias y había visto como uno por uno, sus primos y hermanos habían ido cayendo bajo su insidiosa influencia. Pero fuera lo que fuera lo que había sentido al ver a aquella mujer, solo podía pensar en una cosa:

«Hazla tuya».

Debía de medir un metro setenta y cinco y tenía el pelo oscuro, a juego con los ojos, sujeto en un moño perfecto. Aunque sus curvas no eran voluptuosas, sí eran lo bastante impresionantes como para llamar la atención de un hombre. O tal vez era la manera en que las mostraba, con un vestido rojo de escote halter que se ajustaba a su estrecha cintura antes de caer hasta los pies.

Se movía con gracia, con elegancia y Draco se acercó a ella antes de que lo hiciera la competencia. La joven estaba frente a uno de los expositores de la alianza Eternidad, mirando los anillos.

—Preciosos, ¿verdad?

Ella siguió mirando el expositor, sin hacerle caso.

—Asombrosos —murmuró.

—Creo que éste es el momento en el que debemos presentarnos —Draco sonrió.

—No, gracias —dijo ella, intentando pasar a su lado.

Fue entonces cuando cometió el error. Antes de que pudiera escapar, tomó su mano…

—Espere…

Fue como recibir una descarga eléctrica. Casi saltaron chispas, como si alguien hubiera enchufado su cuerpo a una corriente eléctrica. No le dolía, pero lo dejó sorprendido. Peor, lo asustó porque tenía la impresión de que acababa de confirmar sus sospechas.

Ella se apartó de un tirón.

—¿Qué hace? ¿Qué me ha hecho?

—Maldita sea… —Draco sacudió la cabeza—. Creo que acabo de llevarla al Infierno.

—Pues no vuelva a hacerlo, no me gusta.

Y después de decir eso se dio la vuelta para perderse entre la gente.

Draco, sin saber si reír o llorar o hacer las dos cosas, decidió seguirla.

—¿Está diciendo que solo ha sentido un simple escalofrío? —le preguntó cuando se detuvo frente a otro expositor.

—¿Se supone que debería haber sentido algo más?

—Según tengo entendido, sí.

Ella volvió la cabeza entonces para mirarlo. Tenía los ojos

grandes, almendrados, con un cierto brillo de tristeza. Mostraban sus sentimientos de una manera asombrosa y en aquel momento estaban enviando un claro mensaje: «Vete, déjame en paz».

—No sé de que está hablando.

¿Por qué la mujer que más lo atraía en el mundo no le hacía ni caso?, se preguntó. Si no fuera tan frustrante, sería divertido.

—Tal vez deberíamos empezar otra vez. Soy… Ella puso un dedo sobre sus labios.

—No me digas tu nombre. Me he colado en la fiesta y, si me pillan, puedes decir que no me conoces de nada.

Eso sí que era una sorpresa. Draco no se atrevía a admitir que era un Dante.

—¿Has venido a robar algo?

—Pues claro que no.

—Me alegro. ¿Qué tal si nos llamamos por el nombre de pila?

Debido a su puesto como gemólogo de la empresa, a menudo solía llevar gemas de gran valor y ocultaba su apellido para que no lo conectaran con la familia Dante.

La joven se mordió los labios y Draco tuvo que contenerse para no besarla.

—Bueno, supongo que no pasará nada. Yo soy Shayla.

—Draco —dijo él—. Draco, sin apellido.

Ella hizo una mueca.

—Menudo nombre. ¿A tus padres no les caías bien?

—Es un nombre familiar. Y me lo pusieron antes de que salieran los libros de *Harry Potter*.

—Significa «dragón», ¿no?

—Me temo que sí.

Shayla lo miró, incierta.

—¿Y lo eres?

—¿Un dragón? —Draco se lo pensó un momento—. Puedo serlo cuando hace falta. O si alguien quiere quitarme lo que es mío.

—Entonces no te quitaré nada de valor.

—Eso es lo más sensato.

Draco decidió arriesgarse y dio un paso adelante para ver cómo respondía. Su reacción fue apenas perceptible, un pestañeo, cierta tensión en los hombros. ¿Por qué lo escondía? Si sentía algo parecido a lo que sentía él, debería echarle los brazos al cuello.

El Infierno, suponiendo que existiera y él seguía teniendo sus dudas, evitaba que un hombre pudiera pensar de manera racional y lo empujaba a tocar a la mujer que deseaba, a tomarla en brazos y enterrarse en ella hasta que ninguno de los dos pudiera respirar,

moverse o pensar.

—¿Por qué estás intentando controlarlo?

—¿Controlar qué?

Draco decidió no perder el tiempo discutiendo. Tomó su mano y el calor que sintió era tan intenso, tan burbujeante como un río de champán recorriendo sus venas. Los latidos de su corazón fortalecían la conexión hasta que amenazó con abrumarlo por completo.

—Shayla…

Ella entreabrió los labios, como si le costase trabajo respirar. Y cuando se inclinó un poco hacia delante le llegó su perfume, algo fresco y sensual a la vez.

—¿Qué me has hecho?

—Lo siento. No es algo que yo pueda controlar.

—No tengo tiempo para esto ahora mismo —dijo Shayla.

—Yo no puedo pararlo y no lo haría aunque pudiera. Te deseo y creo que tú me deseas a mí también.

Shayla cerró los ojos, luchando contra la atracción que había entre ellos. Pero no podría ganar esa batalla, pensó Draco. Nadie había sido capaz de ganarle la batalla a El Infierno.

—Antes tengo que hacer algo —dijo ella entonces, con voz ronca.

Estaban tan cerca que las puntas de sus pechos rozaban el torso de Draco, tan cerca que sus labios estaban a punto de tocarse.

—No sé a qué has venido, pero seguro que puede esperar. Esto no.

Shayla lo miró con un brillo de deseo en los ojos. Lo tenía cautivado, pensó Draco. Sonreía a menudo, sus movimientos llenos de energía, con la gracia de una bailarina. Y él quería esa gracia en su cama, quería esa magia. Como un dragón reteniendo su tesoro, pensó.

—Nunca he hecho esto antes. Nunca actúo de manera impulsiva —le confesó Shayla.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Pero prométeme que no vas a luchar contra lo que sientes.

Ella esbozó una trémula sonrisa.

—No sé si podría.

Draco inclinó la cabeza para besar su barbilla.

—Pues entonces ya somos dos. ¿Por qué no te escapas conmigo en lugar de soportar esta aburrida fiesta?

Ella sonrió y esa sonrisa dejó claro que la conexión que habían forjado en los últimos minutos no estaba en su imaginación. El día

estaba siendo muy interesante. Primero había recibido una llamada del exinvestigador de su hermano, Juice, quien le contó que habían encontrado otro diamante de fuego, el cuarto de los seis que le habían estafado a Draco diez años antes. Esa información le daba una nueva oportunidad de encontrar al estafador.

Y luego, la mujer más bella que había visto nunca se había cargado su convicción de que El Infierno no existía. O tal vez no era El Infierno, tal vez solo era simple deseo… una descarga sexual desconocida.

—¿Qué es esto? —le preguntó ella, la pasión que había en su voz sazonada por un dulce acento sureño. ¿Georgia? O quizá Carolina del Sur—. ¿Y por qué tú y no otro hombre? No entiendo qué es lo que pasa.

Pensar en Shayla entregándose a otro hombre llenó a Draco de una ferocidad que apenas podía contener.

—No sé cómo ni por qué sentimos esta conexión —admitió—. Pero si eso te consuela, a mí me pasa lo mismo.

No podía resistirse, tenía que tocarla y pasó un dedo por su antebrazo. «Ven conmigo», le decía con ese gesto. Tomándola por la cintura, Draco la llevó hacia los ascensores y usó su tarjeta magnética para llevarla a la última planta del edificio, pero Shayla frunció el ceño.

—¿Dónde vamos?

—Arriba.

Estaba claro que la respuesta no la satisfacía, pero en aquel momento Draco tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla.

—¿Y qué hay arriba?

—Las suites de la empresa Dante para los clientes que no viven en la ciudad. Yo me alojo aquí temporalmente.

Por alguna razón, esa información hizo que Shayla se relajase un poco.

—Y también un sitio en el que podemos hablar de nuestra situación sin que nos interrumpan.

—¿Solo hablar?

—Eso depende.

Shayla inclinó a un lado la cabeza.

—¿De qué?

—De lo que queramos los dos —Draco tomó su mano y ella contuvo el aliento.

—¿Y qué queremos? Esta vez espero una respuesta, si no te importa.

Afortunadamente, las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y Draco tiró de ella hacia una de las suites. Su estancia allí era temporal mientras terminaba la construcción de su casa. Solo otra de las suites estaba ocupada por los reyes de Verdonia, gobernantes del país que suministraba a la empresa Dante las amatistas más maravillosas del mundo. Muchas de las alianzas Eternidad que había en la exposición contenían esas amatistas.

Draco consiguió abrir la puerta y desconectar la alarma antes de tomarla en brazos. No se molestó en analizar el simbolismo de ese gesto, lo único que importaba era llevarla a la cama… eso si podía aguantar lo suficiente para llegar a la habitación.

Una vez en el salón, desde el que podía verse el puerto de San Francisco, la dejó en el suelo y tomó su bolso para tirarlo sobre el sofá, pero rebotó contra un cojín y cayó al suelo.

Ella lo miró, alarmada.

—Mi bolso…

—No te preocupes, seguirá ahí por la mañana. Draco iba a abrazarla, pero ella puso la mano sobre su pecho, mirando hacia el bolso de nuevo.

—Espera un momento. Has dicho que me explicarías por qué saltan chispas cuando nos tocamos. Antes de seguir adelante, quiero saberlo.

—Siento mucho haberte hecho daño, no era mi intención.

Ella miró su mano, rozando la palma con el pulgar.

—Sigo sintiendo algo… ¿qué es?

—Nuestra familia lo llama El Infierno —admitió él, sin usar su apellido para no asustarla—. Se produce esa reacción cuando nos gusta mucho una mujer.

—¿Qué quieres decir?

Draco vaciló, eligiendo sus palabras con cuidado:

—Solo ocurre con mujeres por las que nos sentimos intensamente atraídos. Pero si quieres que sea sincero, no me había pasado nunca.

—Ah, ya veo. Es tu versión del ritual sexual.

—Bueno, pero al menos yo no hincho el pecho ni golpeo el suelo con las patas —intentó bromear Draco.

—¿Solo echas fuego por la boca? —sugirió ella, riendo.

—Solo contigo.

Tenía razón, si pudiera echar fuego por la boca lo haría. Si para conseguirla tenía que hacerlo le crecerían alas y se la llevaría volando a su guarida.

Shayla dio un paso adelante para echarse en sus brazos, como si

aquél fuera su sitio, que lo era en cierto modo.

Fue su último pensamiento racional en mucho tiempo.

Cuando tomó su cara entre las manos, ella entreabrió los húmedos labios en anticipación, sin pretensiones, sin vacilaciones. Solo pura pasión ofrecida generosamente. Era más que encantadora, más que bella. Y, sin embargo, Draco vaciló.

—¿Te lo estás pensando? —le preguntó Shayla.

—No, en absoluto.

—Pensé que ibas a besarme ahora que hemos resuelto el problema… del infierno. Pero no lo has hecho.

—Ah, pero es que sería el primer beso.

—¿Y eso cambia algo?

—Lo cambia todo —respondió él—. El primer beso se recuerda siempre. Deja una impresión indeleble y merece ser tomado en consideración. Por ejemplo, ¿te gustan los besos lentos y húmedos? ¿Debería explorar tu boca como probaría un nuevo plato, a mordisquitos?

—Es una posibilidad —respondió ella. Draco negó con la cabeza.

—No, no sería así. Tal vez el ansia que sentimos debería ser atacada frontalmente, sometida con besos ardientes y apasionados.

Shayla se quedó sin aliento.

—Tentador… —la palabra escapó de sus labios con un suspiro de anhelo.

—Más tentador de lo que puedas imaginar —admitió él—. Pero sigue sin gustarme para un primer beso. Dejaremos lo de ardiente y apasionado para más tarde.

—¿Pero lo será?

—Sin la menor duda.

—¿Y el primer beso?

—Besarte será como saborear un vino exquisito —Draco se inclinó para rozar sus labios—. Primero hay que fijarse en el color y el brillo de tus ojos. Cómo brillan en contraste con tu piel —murmuró, pasando un dedo por su cara—. El brillo del ónice.

—Curioso, yo veo esmeraldas y oro en los tuyos —Shayla sonrió—. Y un poco de ámbar.

Draco inclinó la cabeza para besar su cuello.

—Y luego en el aroma, esa deliciosa mezcla de flores y especias que invade los sentidos. Como tú invades los míos.

Shayla cerró los ojos.

—Tú hueles como un bosque, a cedro mezclado con almizcle y algo muy masculino.

—¿Te gusta?

—Mucho —respondió ella, casi sin voz.

Lo único que Draco deseaba era tomarla allí mismo pero se contuvo, dispuesto a seducirla.

—Y luego hay que saborearlo —consiguió decir, rozando sus labios con los suyos—. Un mero roce.

Shayla se inclinó hacia él, temblando.

—Saboréame otra vez, Draco.

Esta vez, no se resistió. Tomó su boca con fuerza, revelando el intenso deseo que sentía y que lo estaba volviendo loco. Sus labios eran gruesos, cálidos, generosos y sabían a miel. Y su piel… que Dios lo ayudase, nunca había tocado nada más suave en toda su vida.

Ella abrió los labios en clara invitación y cuando Draco inclinó la cabeza para besarla de nuevo, Shayla enredó los dedos en su pelo, tirando de él con una intensidad que hizo que le temblasen las piernas. Dejó que ella llevase la iniciativa, por el momento. Quería que se familiarizase con él, con su aroma, con su calor.

Con su posesión.

Después de unos segundos se apartó para buscar aire, mirándolo con expresión incrédula.

—No entiendo nada de esto. Nunca lo había hecho antes, nunca.

—En ese caso, me alegro mucho de ser el primero.

—Y yo me alegro de haberte elegido a ti. Después de todo ¿cuántas veces en la vida voy a tener el placer de saborear tan excelente cosecha?

El comentario, hecho con gracia y humor, lo enterneció. La abrazó y esta vez el abrazo fue diferente, más familiar porque ahora sabían cómo se mezclaban sus bocas y cómo sus cuerpos se movían el uno contra el otro.

Pero seguía sin ser suficiente. No sería suficiente hasta que la tuviera en su cama, sin nada entre ellos más que la piel, sus cuerpos unidos como debían estarlo un hombre y una mujer.

Y en ese momento Draco lo supo. Supo sin la menor sombra de duda que Shayla era su pareja en El Infierno.

Capítulo 2

Draco tomó el rostro de Shayla entre las manos, inclinándolo a un lado para poder besarla a placer. El beso pasó de apasionado a tierno, de tierno a exigente, de exigente a burlón. El corazón de Shayla latía al mismo ritmo que el suyo y Draco bajó las manos para desabrochar el cuello halter del vestido. Un segundo después, la seda resbalaba por su cuerpo, dejando sus pechos al descubierto.

Durante un segundo, su corazón y sus pulmones parecieron olvidar su función. Nunca antes había visto algo tan perfecto. Despacio, muy despacio, empezó a acariciar sus pechos y, como respuesta, las cumbres rosadas se endurecieron.

—Draco… —su nombre llenó el silencio de un agridulce anhelo —. Por favor…

—No me pidas que me apresure —Draco apenas reconocía su propia voz—. No puedo hacerlo. Quiero que sea perfecto, no un revolcón rápido y torpe.

Shayla esbozó una sonrisa.

—Por curiosidad, ¿tú eres capaz de limitarte a un revolcón rápido y torpe?

—Espero que no —respondió él. Y lo decía de corazón—. Pero todo en ti me hace perder el control.

—¿Todo?

Draco se inclinó hacia delante para inhalar su perfume.

—Tu aroma —murmuró, acariciando la aureola del pezón con un dedo—. La textura aterciopelada de tu piel, tu sabor…

Metió un pezón en su boca y notó que ella contenía el aliento antes de dejar escapar un gemido, como un canto de sirena.

Apenas recordaba cómo habían ido del salón al dormitorio. Sin encender las luces, pulsó un botón en la pared y las persianas se levantaron silenciosamente, dejando entrar la luz de la luna.

Luego dio un paso atrás para intentar recuperar el control. Porque necesitaba controlarse.

Se quitó la corbata y, uno por uno, los gemelos que llevaba en los puños de la camisa mientras Shayla, tragada por la oscuridad, observaba sus movimientos con una expresión imposible de descifrar.

Después de quitarse la camisa, se acercó a ella. La luz de la luna le daba un brillo irreal a su piel. Era una paleta de perlas y ónices mezclados con plata. Solo sus labios rojos y el vestido, que aún estaba sujeto a su cintura, le daban un toque de color. Él se consideraba un conocedor de la belleza, tal vez por su profesión.

Cuando se trataba de gemas era un experto. Lo sabía todo sobre su grado de pureza, su color, su transparencia, su valor. Y, sin embargo, nunca había visto una tan bella como aquella mujer.

Shayla esperó, inmóvil, dejando que bajase la cremallera del vestido, que cayó a sus pies con un susurro de seda.

—Vamos a hacer el amor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Será como el primer beso?

Draco no pudo evitar una cornisa.

—Mejor, espero.

Ella lo miró, en sus ojos un brillo de misterio femenino.

—Demuéstramelo —susurró.

Draco enarcó una ceja.

—¿Me estás retando?

—¿Crees que estarás a la altura?

—Vuelve a preguntármelo dentro de una hora. Aunque sospecho que para entonces ya sabrás la respuesta.

Alargó una mano para quitar las horquillas que sujetaban su pelo y la bellísima, espesa y reluciente melena cayó sobre sus hombros y su espalda como una cascada de ébano.

Cuando la tumbó sobre la cama, Shayla levantó una pierna para poner un pie sobre su abdomen, la punta del tacón rozando su entrepierna.

—¿Te importa?

—Cuidado —le advirtió él—. No querrás estropearnos la noche.

Shayla rio, un sonido suave y ronco.

—No, no quiero hacer eso.

Draco le quitó solícitamente el zapato antes de levantar la otra pierna para repetir el proceso. Siguieron las medias, las braguitas de encaje y, por fin, se apartó un poco para admirarla. Era el paradigma de las mujeres del sur: toda aterciopelada suavidad y fabulosas curvas femeninas. Pero debajo podía ver unos músculos bien formados, la fuerza escondida bajo la seda. ¿Esa dicotomía también representaba la naturaleza de aquella mujer?

Se quitó la ropa a toda prisa antes de tumbarse a su lado, envolviéndola en sus brazos. Podía sentir los latidos de su corazón y notó que contenía el aliento mientras bajaba una mano para acariciarla, encendiendo un fuego que amenazaba con consumirlos a los dos.

—Draco… —musitó ella.

—Estoy aquí, cariño. Espera un segundo —Draco se puso un preservativo antes de colocarse entre sus piernas—. No creo que

pueda esperar mucho más. La primera vez será rápida, la siguiente más lenta.

De inmediato, notó que ella se ponía tensa.

—Tal vez la primera vez debería ser lenta. Muy lenta.

—No sé si será posible.

Shayla lo empujó suavemente con la mano.

—No lo entiendes. Cuando te dije que no lo había hecho antes, hablaba en serio. Si no te importa, preferiría que fueses despacio… hasta que me acostumbre.

Draco se quedó inmóvil.

—¿Quieres decir que eres virgen?

Shayla sonrió, esa encantadora sonrisa que parecía borrar cualquier otro pensamiento de su cerebro.

—No por mucho tiempo.

Draco tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué yo?

—¿Cómo no ibas a ser tú? —Shayla sonrió de nuevo, entrelazando los dedos con los suyos—. Si me has seducido solo con tocarme.

—¿Yo te he seducido? Estoy empezando a pensar que ha sido al revés —dijo él. Esos segundos de conversación lo ayudaban a recuperar parte del control—. ¿Estás segura?

—Absolutamente segura.

—Pero sin presiones, ¿no?

Su risa lo excitó de nuevo, llevándolo al borde del precipicio.

—Ninguna.

—Me alegra saberlo.

Haría que aquélla fuese la noche más especial de su vida, se juró a sí mismo mientras acariciaba sus pechos, su abdomen, haciendo círculos sobre sus muslos, besando sus caderas hasta encontrar su centro y llevándola casi al borde del abismo.

Satisfecho, volvió a colocarse sobre ella, moviéndose despacio al principio y luego cada vez más aprisa para llevarla al clímax. Shayla seguía su ritmo como una mujer nacida para estar con él y cuando lo miró, sus ojos eran tan profundos como el océano, negros como la noche y cargados de deseo.

Vio el clímax ardiendo en sus ojos, en la contracción de sus músculos, escuchó los gemidos de placer escapar de su garganta mientras se arqueaba hacia él y la siguió unos segundos después, convertidos en un solo ser. Nunca había sido así con otra mujer. Y supo, sin la menor sombra de duda, que nunca volvería a serlo. Solo con aquella mujer podía experimentar tal pasión.

Cayó sobre ella y durante unos segundos, los dos se quedaron en silencio, intentando llevar aire a sus pulmones. Unos segundos en los que Draco reconoció el poder de El Infierno y se rindió ante él.

No entendía cómo había pasado o por qué, pero aquella mujer era su alma gemela; sus destinos estaban unidos. No sabía cómo o por qué, solo que estaban unidos para siempre a partir de aquel momento. Y no pudo dejar de preguntarse cómo reaccionaría Shayla cuando descubriera el poder de ese lazo.

Suspirando, se tumbó de lado llevándola con él. Una cosa era segura: tardaría tiempo en hacerla suya. Shayla era como el mercurio, imposible de sujetar. Tendría que llevarla a sus brazos y a su vida con paciencia, algo que no era precisamente su fuerte. Pero lo haría y, antes de que se diera cuenta, despertaría con un anillo en el dedo y un marido a su lado.

Debieron quedarse dormidos un rato porque cuando abrió los ojos le pareció que el cielo estaba más oscuro. Dejando escapar un gemido, se apoyó en un codo y acarició el pelo de Shayla. Ella parpadeó, medio dormida, con una sonrisa encantadora en los labios.

—Hola —murmuró.

—Creo que teníamos pendiente un reto —dijo Draco—. Querías saber si la primera vez sería tan excitante como los besos. ¿Te importaría darme tu opinión?

—Ah, claro —Shayla arrugó la nariz, como si estuviera pensándoselo—. Tus besos son, definitivamente, soberbios y tenía serias dudas de que nada pudiera superarlos.

—Caramba. Eso me preocupa.

—En cuanto al resto…

—Seriamente preocupado.

—… y tomando en consideración que no puedo compararte con nadie más… ha sido mucho más de lo que había imaginado —dijo Shayla por fin—. No sabía que pudiera ser tan maravilloso.

Draco besó su nariz.

—¿Entonces admites que los Dante, o al menos este Dante, tienen talento en más campos que el negocio de la joyería?

En cuanto hizo la pregunta Shayla se echó hacia atrás, mirándolo con expresión incrédula.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué ocurre? —preguntó él. Porque, evidentemente, ocurría algo—. ¿Shayla?

—No me habías dicho tu apellido.

—¿Y qué importa eso? No te preocupes, prometo no contarle a

ninguno de mis parientes que te has colado en la exposición.

Shayla se apartó.

—Pero eres un Dante.

—Te he traído aquí en un ascensor privado —le recordó él—. Usé una tarjeta magnética para entrar en la suite. ¿Quién crees que tiene acceso a estas habitaciones más que los miembros de la familia Dante?

—Me dijiste que eran suites reservadas para clientes —replicó Shayla, cubriéndose con la sábana y apartándose de él todo lo que le era posible—. ¿Entonces es verdad? ¿Eres… un Dante?

Draco la miró, ofendido.

—Lo dices como si fuera un pecado. ¿Qué hay de malo en ser un Dante?

Shayla tragó saliva, angustiada. ¿Cómo podía haber pasado? ¿Cómo no se había dado cuenta? ¡La primera vez en su vida que olvidaba el sentido común para vivir un apasionado romance y tenía que ser con un Dante! Le había entregado su virginidad al único hombre al que debería haber evitado a toda costa, cuya familia había destruido a la suya, dejándolos en la ruina. La familia que, según su abuela, era responsable de la muerte de sus padres.

¿Cómo era posible? ¿Por qué no estaba Draco en su lista de nombres? De haber estado, aquello no hubiese ocurrido nunca.

Tenía que hacer un esfuerzo para no llorar. En un segundo, algo tan espectacularmente maravilloso se había convertido en el mayor error de su vida. Era como si el destino hubiese conspirado contra ella. ¿Qué iba a pasar? ¿La propuesta que había preparado para los Dante acabaría siendo un desastre por su mala cabeza? ¿Llamaría Derek Algier para decir que había cambiado de opinión y ya no quería contratarla? ¿Su preciosa oportunidad de ser libre se evaporaría con el sol de la mañana?

Draco seguía esperando a que Shayla respondiera a su pregunta, con una expresión tan fiera como su propio nombre.

—Imagino que no hay nada malo en ser un Dante —dijo Shayla por fin. Aunque no lo creía—. Pero yo no lo sabía y…

—Ah, muy bien —Draco se relajó de inmediato—. Lo entiendo, te sientes un poco intimidada.

—¡Intimidada! —exclamó ella. Le gustaría levantarse de la cama, pero entonces tendría que enfrentarse con él completamente desnuda y eso la dejaría en desventaja—. No me siento intimidada —le dijo, con una calma que no sentía.

—Pero, por alguna razón, que yo sea un Dante hace que te pongas a la defensiva.

Shayla no sabía cómo responder a eso, aparte de utilizando algo que su abuela le había contado.

—Los hombres de la familia Dante tienen fama de mujeriegos.

Y a juzgar por lo que había ocurrido entre ellos, una fama ganada a pulso, pensó. De modo que tal vez Draco no estaba siendo engreído sino sincero.

—¿Y crees que porque soy un Dante lo único que quiero es un revolcón de una noche?

En realidad, eso era lo que ella había buscado, pero Shayla lo miró a los ojos, desafiante.

—Sí.

—El tiempo demostrará que no es así —Draco se encogió de hombros.

¿El tiempo? No podía decirlo en serio. Pero lo parecía. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía escapar de aquella situación? Ella no estaba interesada en proseguir la relación, pero el sentido común le decía que debía callárselo. Tal vez si tuviera más experiencia, podría encontrar la forma de escapar sin herir su orgullo…

Pero antes de que pudiera levantarse, Draco tomó su mano.

—¿Alguna otra objeción o podemos seguir? Shayla tenía más objeciones de las que él pudiera imaginar. Debía tomar una decisión y lo antes posible, antes de que la sedujera de nuevo. O se marchaba de inmediato, que sería lo más inteligente, o volvía a echarse en sus brazos.

Podía racionalizar la primera vez porque no sabía quién era y entre ellos había habido una poderosísima atracción. Y, evidentemente, esa atracción no había disminuido a pesar de haber descubierto su identidad. La familia Dante había arruinado a la suya, algo que según su abuela había llevado indirectamente a la muerte de sus padres.

Y fuese cual fuese la verdad, la ruina del negocio familiar había cambiado sus vidas para siempre.

—¿Shayla? —Draco estudió su expresión, muy serio—. Aparentemente, sigues preocupada. Tal vez esto te ayudará.

Antes de que tuviera tiempo de protestar se inclinó para buscar sus labios y, por fin, logró que se derritiera con sus caricias.

Si se marchaba, no cambiaría nada. Lo que estaba hecho, hecho estaba. No podría recuperar lo que le había entregado por mucho que quisiera. Al día siguiente cumpliría veinticinco años y se marcharía del país. Y si debía ser sincera consigo misma, el

recuerdo de aquella noche se quedaría con ella para siempre. ¿Sería terrible guardar unos cuantos recuerdos más antes de irse? ¿Ser loca e impetuosa una última vez? ¿Quién iba a saber que se había entregado a un Dante aparte de sí misma?

¿Debía marcharse o disfrutar de aquel encuentro una vez más?, se preguntó.

Era una decisión fácil de tomar y Shayla se rindió, dejando escapar un suspiro. En cuanto alargó los brazos hacia él se desató un incendio que borró todas sus dudas. Se había pasado la vida siguiendo los dictados de su abuela, concentrada en sus estudios y luego en ganar dinero tan rápido como fuera posible para devolverle el dinero que se había gastado en su educación.

Por la mañana cumpliría con sus obligaciones familiares haciendo el papel de negociadora con los Dante. Después de eso, se despediría de Draco y recuperaría su libertad. Pero esa noche era suya, otro paso hacia su independencia.

Draco se colocó sobre ella, haciéndola suya con un rápido movimiento y Shayla gimió ante el intenso placer, enredando las piernas en su cintura, moviéndose con él, subiendo al cielo entre sus brazos. Escuchó un gemido sordo escapando de su pecho a medida que se aproximaba al clímax y saber que ella era responsable de tan profunda emoción la envió al abismo.

—¡Draco…! —el nombre escapó de su garganta como un sollozo.

—Lo sé, lo sé.

Él seguía moviéndose, perdiéndose en su calor, echando la cabeza hacia atrás, las venas de su cuello marcadas. Y luego pronunció su nombre: Shayla, con tal pasión, con tal tinte de posesión que era como si la hiciera suya, atándola a él para siempre. Como sus cuerpos estaban atados el uno al otro, como su corazón…

«Oh, no, no, no».

Shayla intentó negar tal posibilidad, buscando otra explicación. Estaba siendo una tonta, se dijo. Era la novedad de aquel encuentro, el momento. No había ninguna conexión, nada. Su unión era solo temporal. Por la mañana se iría y aquella noche con Draco sería solo un recuerdo.

Aunque intentó controlarlo, por fin el sueño la venció y apoyó la cabeza en su pecho, dejando escapar un suspiro de rendición.

Cuando despertó por la mañana, descubrió que Draco no estaba

a su lado. Las persianas estaban bajadas de nuevo, retrasando el advenimiento del nuevo día, el día de su cumpleaños.

Suspirando, Shayla se estiró antes de sentarse en la cama. Hora de marcharse. Tenía muchas cosas que hacer aquel día, pero una parte de ella lo lamentaba. Lamentaba dejar la cama y al hombre. Lamentaba no poder vivir otra noche de placer.

Pero antes de que pudiera saltar de la cama, Draco volvió a la habitación y, por su expresión, ocurría algo terrible.

—¿Qué pasa? —dijo, cubriéndose con la sábana.

—¿Por qué no empezamos por esto? —le espetó él, mostrándole el bolso que llevaba en una mano y la bolsita de piel en la otra.

Shayla contuvo el aliento. ¿Cómo podía haber sido tan despreocupada? ¿Cómo podía haber dejado el bolso, y su precioso contenido, tirado en el salón durante toda la noche? Debía de haber perdido la cabeza, pensó. Sí, había perdido la cabeza en el instante que Draco rozó su mano.

Él dio un paso adelante, moviéndose entre las sombras de la habitación para quedar en el quicio de la puerta. A contraluz, parecía tener un halo alrededor de su cabeza que le daba aspecto de ángel vengador. O tal vez se había transformado en el dragón por el que le habían puesto ese nombre.

—Es mi bolso, como tú sabes —Shayla alargó la mano—. Si no te importa…

—Pero es que me importa —Draco desató el cordón de la bolsita de cuero y sacó varios papelitos doblados. Al abrir uno de ellos, un diamante cayó en su mano—. Es un diamante de fuego.

—¿Cómo te atreves a hurgar en mi bolso? No tienes ningún derecho…

—Son diamantes de fuego —dijo él, furioso.

Qué tonta había sido, pensó Shayla entonces. Aquél no era un hombre normal. Sus ojos, su pelo, su irresistible atractivo… era un Dante y tan despiadado como todos ellos, según le había advertido su abuela. Qué irónico que estuviera en posición de confirmarlo de primera mano.

Shayla se aclaró la garganta.

—Sí —asintió por fin—. Son diamantes de fuego.

—¿Y por qué demonios los llevas en el bolso? Ella saltó de la cama y se envolvió en la sábana.

Aunque era ridículo sentirse tímida después de lo que habían hecho por la noche y de cuántas veces lo habían hecho.

—Son míos. Devuélvemelos ahora mismo.

—La empresa Dante no vende diamantes de fuego sueltos. La

única forma de comprarlos es comprando una joya. Y a menos que hayas sido tan tonta como para desengastarlos… —Draco enarcó una ceja, como esperando una explicación.

—No tengo por qué decirte nada. Los diamantes son míos y, a menos que tú puedas demostrar lo contrario, sugiero que vuelvas a dejarlos donde estaban —replicó Shayla, alargando una mano.

Él no discutió como había esperado. Sencillamente, volvió a guardar el diamante en la bolsita de piel y ésta en el bolso antes de entregárselo.

—Deberías arreglar el cierre. Cuando lo tiré sobre el sofá, todo lo que había dentro se desparramó por el suelo.

Shayla tuvo que disimular un suspiro de alivio mientras apretaba el bolso contra su pecho.

—Lo haré, no te preocupes.

—¿Y esto? —le preguntó él entonces, mostrándole otro papel con los nombres de los Dante y sus puestos en la empresa—. ¿Te importaría explicármelo?

¿Cómo podía haber olvidado la lista? Y algo más interesante: ¿por qué el nombre de Draco no estaba en ella? ¿Por qué nadie le había hablado de él?

¿Por qué su nombre no aparecía en Internet conectado con la familia Dante?

—No es asunto tuyo.

—Si se refiere a los Dante, es asunto mío —Draco dio un paso adelante—. Dijiste que no me conocías. ¿Es mentira, cariño?

—¿Has visto tu nombre en esa lista?

—Maldita sea, Shayla, ¿qué demonios está pasando?

—Nada ilícito —respondió ella—. Hoy tengo una reunión con varios miembros de tu familia y me quedé helada al descubrir tu identidad porque no quería que un… —había estado a punto de decir «un revolcón» pero se detuvo en el último segundo— una relación con un Dante afectase a esa reunión. Por eso me colé en la fiesta anoche. Quería echar un vistazo a la gente con la que iba a encontrarme hoy.

Aunque no había sido así. Había antepuesto el deseo a la promesa que le había hecho a su abuela, pensó, avergonzada.

—¿Por qué tu nombre no está en la lista?

—Prefiero pasar desapercibido por razones de seguridad. Soy gemólogo y a menudo llevo gemas de gran calidad… pero háblame de esa reunión con mi familia. ¿Con quién vas a reunirte y por qué? Por no decir cuándo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Ay, Dios mío! —Shayla tomó su ropa del suelo—. Tengo que irme ahora mismo.

Pero Draco la tomó del brazo cuando iba a entrar en el baño.

—No hasta que me expliques qué está pasando aquí.

—No puedo contártelo. Y no te debo ninguna explicación.

—¿Incluso después de lo que pasó anoche?

Shayla hizo un esfuerzo para mirarlo a los ojos.

—Incluso después de lo de anoche. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Yo no estoy de acuerdo.

Si no estuviera tocándola. Si la soltase…

—Por favor, Draco, tengo que irme. Tal vez podríamos hablar después de la reunión.

Él seguía sujetando su brazo, como si estuviera pensándoselo, aunque no sabía qué estaba pensando. La noche anterior había sido tan generoso mientras hacían el amor… pero en unos minutos se había convertido en alguien seco y feroz. Un dragón, en realidad.

—Vístete —Draco soltó su brazo—. Luego, yo mismo te acompañaré a la reunión.

Sin decir una palabra, Shayla entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Después de una ducha rápida volvió a ponerse el vestido que había llevado por la noche, sintiéndose mortificada. Volvería a su hostal por la mañana con aspecto de…

Sintió que le ardía la cara mientras se arreglaba un poco el pelo. Sin las horquillas no podía hacerse un moño y no iba a ponerse a buscarlas por el suelo de la habitación.

Cuando salió, Draco estaba apoyado en el quicio de la puerta. Mientras ella se duchaba, él se había puesto un traje de chaqueta más informal que el de la noche anterior.

—¿Te importa llamar a un taxi? —le preguntó, con una calma que no sentía.

—Ya está hecho —Draco señaló la puerta de la suite—. Después de ti.

Shayla vaciló durante un segundo antes de atravesar la habitación. Su abuela no había criado a una cobarde, se dijo. Tal vez había cometido un error la noche anterior, pero ella sería capaz de lidiar con las consecuencias.

Sin decir una palabra pasó a su lado y el aroma de su colonia le llevó recuerdos de la noche anterior… cómo había besado cada centímetro de su piel, la fuerza de sus brazos, cómo le había hecho el amor, poderoso y tierno al mismo tiempo.

Nunca olvidaría que Draco había sido su primer amante porque la había cambiado para siempre. Era una parte de ella y siempre lo sería. Ese pensamiento la angustió, pero decidió borrarlo de su mente para analizarlo cuando tuviese tiempo.

Bajaron en el ascensor hasta el garaje y cuando Shayla lo miró, sorprendida, él se encogió de hombros.

—Pensé que no te gustaría atravesar el vestíbulo por la mañana llevando un vestido de noche. Especialmente si tienes una reunión con Severo y Primo más tarde. Nunca se sabe con quién puedes encontrarte.

—Gracias —murmuró Shayla—. Agradezco tu consideración.

—El taxi nos esperará en la entrada del garaje y, con un poco de suerte, nadie sabrá que has pasado la noche conmigo. Aunque… mi abuelo, Primo, tiene un don especial para enterarse de todo.

—Mi abuela es igual —dijo Shayla.

Aunque era imposible que Leticia Charleston supiera que se había acostado con el enemigo.

—Yo prefiero que sea nuestro secreto.

Las puertas del ascensor se abrieron y Draco le hizo un gesto para que saliera.

—Por curiosidad, ¿te habrías acostado conmigo de saber que era un Dante?

—No —respondió ella.

—Me lo imaginaba. Desgraciadamente, se te ha olvidado tomar en consideración un pequeño detalle.

—¿A qué te refieres?

Draco tomó su mano y notó que Shayla daba un respingo.

—El Infierno tiene otros planes para ti.

Mientras la llevaba hacia una puerta lateral que daba a la calle donde esperaba el taxi, sus zapatos de tacón hacían eco sobre el suelo de cemento.

—¿Dónde te alojas?

Shayla tragó saliva. No quería decirle que estaba en un hostal de poca categoría, de modo que mintió:

—En el Mark Hopkins.

—El Mark —le dijo Draco al taxista.

Luego dio un paso atrás, sin dejar de mirarla. Y en sus ojos pardos había una promesa… y una amenaza.

Capítulo 3

En cuanto el taxi de Shayla se alejó calle abajo, Draco metió la mano en el bolsillo para tocar el diamante que había escondido allí.

La piedra era dura y fría y, sin embargo, estaba ardiendo. Draco la sacó para mirarla. Sin duda era un diamante de fuego, aunque había algo diferente. Hasta que pudiese analizarlo en el laboratorio no sabría decir qué. Y tampoco podría decir si era uno de los seis diamantes que le habían robado diez años antes, unas gemas que él había logrado localizar diamante tras diamante hasta que solo faltaban dos.

Pero sí sabía una cosa con total certeza: si aquel diamante tenía algo que ver con la reunión de Shayla y los Dante, él estaría en esa reunión. De hecho, si su abuelo supiera lo del diamante, habría insistido en que acudiera.

Mientras tanto, analizaría la piedra en el laboratorio para reunir toda la información posible. Tal vez esa información podría darle alguna ventaja en las negociaciones, si las había.

Draco se detuvo frente al mostrador de recepción antes de ir al laboratorio. Siempre había alguien en recepción durante los fines de semana porque muchos de los eventos que organizaban los Dante tenían lugar los sábados y, además, solía haber clientes en alguna de las suites.

—Buenos días, Laura.

La joven lo saludó con una sonrisa.

—Hola, señor Dante.

—¿Cuándo llegarán Primo y Severo para la reunión con Shayla…? Vaya, se me ha olvidado su apellido.

—Espere un momento, lo tengo aquí —la joven buscó la información en el ordenador—. Shayla Charleston. La reunión empezará a las diez y media, en la sala de juntas.

Perfecto. En una hora tendría tiempo suficiente para examinar el diamante.

—Llámame cuando llegue la señorita Charleston, por favor. Estaré en el laboratorio.

—Muy bien, señor Dante.

Lo que descubrió en el laboratorio lo dejó helado. Y estaba seguro de que también dejaría asombrado a su abuelo, Primo, y a todos los demás.

Cuando Laura lo avisó de que había llegado todo el mundo, Draco entró en la sala de juntas a través de una puerta lateral.

Shayla estaba de perfil. Tenía presencia, debía reconocerlo,

capturaba la atención de todo el mundo sin intentarlo siquiera. De nuevo, se había sujetado el pelo en un elegante moño y llevaba un traje de chaqueta de color limón, en contraste con los trajes oscuros de los demás. No podría decir quién era el diseñador pero, como el vestido que llevaba por la noche, tenía un aspecto caro.

Draco le hizo un gesto a su primo, indicando que quería estar en la reunión, y cuando Severo asintió con la cabeza se dejó caer sobre una silla, al lado de su abuelo. Y tuvo que disimular una sonrisa al ver que Shayla hacía todo lo posible para no mirarlo, algo que no pasó desapercibido para sus familiares.

Si quería mantener la relación en secreto, debería haberlo mirado, pensó. Ignorarlo de ese modo era como poner un cartel que dijera: «Nos hemos acostado juntos pero no quiero que lo sepa nadie». Pero lo sabían y Draco se daba cuenta de que a su abuelo no le hacía ninguna gracia.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Primo puso una mano sobre su hombro y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué siempre tienes que causar problemas? Explícamelo.

Draco no se molestó en hacerlo. ¿Cómo iba a explicar algo que era para él tan natural como respirar?

—Es mía —le respondió, en italiano. Primo enarcó sus pobladas cejas.

—De modo que Rafe no fue el único que anoche vivió El Infierno.

Aparentemente, su hermano había aceptado su sugerencia y había fingido experimentar El Infierno con Larkin Thatcher. Eso sería interesante.

—No, parece que no —respondió, levantándose—. Si me perdonas…

Como era aparente para todo el mundo que entre Shayla y él había algo no tenía sentido fingir, de modo que rodeó la mesa para sentarse a su lado.

—¿Qué haces? —murmuró ella—. Vete de aquí.

—Ya lo saben.

—Ya me he dado cuenta. Pero tampoco hay que jactarse de ello ni restregárselo por las narices.

Eso lo tomó por sorpresa.

—¿Hablas italiano?

—Entre otros idiomas —respondió ella, sin mirarlo—. Lo que no entiendo es por qué sientes la necesidad de contarles lo que pasó anoche.

—No he sido yo, has sido tú.

—¿Yo? —exclamó Shayla, poniéndose colorada—. Yo no he dicho una palabra.

—No tenías que decir nada. Digamos que tienes una cara muy expresiva.

Shayla iba a decir algo, pero pareció pensárselo mejor.

—Muy bien, tendré que olvidarme de la vergüenza que siento para poder concentrarme en los negocios.

¿La vergüenza? Por alguna razón, esa palabra lo molestó.

—¿Por qué te avergüenza que estuviéramos juntos anoche? —le preguntó, tomando su mano—. ¿Y qué importa lo que mi familia sospeche? A menos que uno de los dos lo confirme, nunca lo sabrán con seguridad.

—Me estás tocando y estamos hablando en voz baja… todo el mundo nos mira.

—Pues yo no me siento avergonzado.

Shayla cometió el error de mirarlo a los ojos y Draco sintió esa mirada directamente en su entrepierna.

—Ve a sentarte en otro sitio.

—No puedo —dijo él. Y era la verdad. De ningún modo iba a levantarse para que todo el mundo viera lo que le hacía aquella mujer.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no has tenido la decencia de quedarte en tu casa?

—Lo habría hecho de no ser por esto…

Draco abrió la mano para mostrarle el diamante que se había guardado y luego lo puso en una cajita protectora que envió hacia el centro de la mesa.

—Parece que la señorita Charleston tiene algo muy interesante que mostrarnos.

Severo tomó la caja con el ceño fruncido.

—¡Es un diamante de fuego! —exclamó, mirando a Shayla—. ¿De dónde lo ha sacado?

—No es uno de los nuestros —dijo Draco.

—¿Cómo que no es uno de los nuestros? —intervino Primo—. ¿Cómo es posible?

—Es un diamante de fuego, pero no es de nuestras minas. La cuestión es de dónde ha salido —insistió Draco, mirando a Shayla.

Ella respiró profundamente.

—Ese diamante, como los otros que tengo en mi posesión, ha salido de una mina Charleston.

Lazz, el director financiero de la empresa, frunció el ceño.

—Pensé que las minas Charleston habían dejado de producir

hace años.

Draco se puso tenso. Las minas Charleston… Shayla Charleston, como el difunto imperio de joyas. Décadas antes habían sido competidores directos de su familia, hasta que una mala gestión y su incapacidad de competir con los diamantes de fuego los habían echado del negocio.

—También nosotros pensábamos que las minas habían dejado de producir, pero una investigación reciente ha demostrado que contienen diamantes de fuego —Shayla se echó hacia delante para enfatizar esa información—. Diamantes de fuego superiores a los suyos.

—Eso no es posible —objetó Severo.

Ella dejó la bolsita de cuero sobre la mesa.

—Esto es un pequeño ejemplo de lo que hemos extraído. Y repito, un pequeño ejemplo. Pueden examinarlos, sé que eso llevará algún tiempo.

Primo le hizo un gesto a Draco, indicándole que se encargara del análisis, antes de echarse hacia atrás en la silla.

—Muy bien —empezó a decir, cruzando los brazos sobre el pecho—. Letty tiene su propia fuente de diamantes de fuego, pero me sorprende que nos informe de sus intenciones… ¿o es más bien una amenaza?

Shayla no bajó la mirada.

—No es una amenaza, señor Dante, ni un aviso —respondió, con una sonrisa en los labios, el arma más poderosa en opinión de Draco—. Es una proposición. Mi abuela les ofrece la oportunidad exclusiva de alquilar nuestras minas.

Severo clavó en ella su mirada.

—¿Por qué?

—Mis padres han muerto y ella ya no tiene edad para volver a poner en marcha la empresa. Y yo no tengo interés ni habilidad para hacerlo —admitió Shayla, con una candidez sorprendente—. No estamos en posición de relanzar la empresa de joyería Charleston.

Primo sopesó la información durante unos segundos.

—Otras empresas le pagarían a su abuela una fortuna por los derechos de extracción, todos competidores de Dante. Y considerando que siempre nos ha culpado por el cierre de su negocio y que está en su naturaleza ser vengativa… ¿por qué nos ofrece el alquiler a nosotros?

—Porque el suyo es un negocio muy próspero. Mi abuela es mayor y perder a mis padres fue un golpe muy duro para ella.

Primo asintió con la cabeza.

—Me enteré del accidente y habiendo perdido a uno de mis hijos entiendo el dolor de Letty. Y el suyo, señorita Charleston.

Los ojos de Shayla se llenaron de lágrimas, pero parpadeó rápidamente para controlarlas.

—Gracias.

—¿Le ofendería si discutiéramos el asunto en italiano?

—No, en absoluto. ¿Le ofendería que yo escuchara?

—¿Habla italiano?

—*Si, parlo italiano* —admitió ella.

—Y con un acento estupendo —admitió Primo.

—¿Te importaría esperar en mi despacho mientras mi familia y yo discutimos la situación, Shayla?

—No, en absoluto.

Draco la acompañó hasta su despacho y señaló uno de los sillones.

—Toma un café si te apetece. Lo he hecho hace unos minutos.

Y luego, sin previo aviso, se inclinó para darle un beso en los labios. Le gustaría tener más tiempo pero su familia esperaba y, si se retrasaba un minuto más, todos sabrían por qué.

—Tengo que irme.

—Y no deberíamos mezclar los negocios con el placer —le recordó ella.

—Tendremos tiempo para el placer más tarde —le aseguró Draco—. Cuando todo esté solucionado.

—Estoy deseando saber cuál es la decisión de tu familia.

—No tardaremos mucho, no te preocupes. Draco volvió a la sala de juntas, interrumpiendo una acalorada discusión entre sus primos, que debatían sobre los motivos de Leticia Charleston.

Mientras ellos seguían discutiendo, Draco se arrellanó en la silla, esperando. Le gustaría recordar algo más sobre la historia entre los Dante y los Charleston y decidió investigar más tarde, pero un pequeño detalle llamaba su atención.

Primo había descrito a Leticia Charleston como una persona vengativa.

Él entendía esa cualidad, o ese defecto, porque lo poseía y pensaba vengarse cuando descubriera quién le había robado media docena de diamantes de fuego, los más raros de la empresa Dante. Entonces tenía veinte años y era un engreído, decidido a demostrar que sabía más que nadie. Pero ese error lo había cambiado todo.

Permanentemente.

Primo solía referirse a él como el Dante más problemático, pero

estaba equivocado. Draco era seguramente el Dante más engañoso ya que escondía ciertos elementos de su personalidad tras una máscara alegre y simpática, pero él sabía que podría ponerse en la piel de Leticia y considerar el asunto desde su punto de vista. Y que, como ella, haría lo que tuviera que hacer para vengarse de un enemigo.

Cuando pensó que tenía los datos necesarios levantó un dedo y todos se quedaron en silencio.

Primo sacó un puro del bolsillo de la chaqueta y lo movió en su dirección.

—Habla.

—Empecemos por lo que sabemos con certeza. Primero, Leticia Charleston quiere alertarnos de que ahora tiene una mina llena de diamantes de fuego. Basándome en un examen rápido, me veo obligado a aceptar lo que Shayla nos ha contado: parecen superiores a los nuestros.

—¿Pero son reales? ¿No han sido tratados?

—Sí, son reales —respondió él—. Y no han sido tratados. Desgraciadamente, no puedo daros más datos hasta que haya tenido tiempo de hacer un análisis completo pero en principio son mejores que los nuestros.

Todos empezaron a hablar a la vez, incrédulos.

—No puedes decirlo en serio.

—Absolutamente en serio —insistió Draco. Y como él era el experto, no había mucho más que decir—. Segundo, nos ofrece el alquiler de sus minas. ¿Por qué? —Draco clavó la mirada en su abuelo—. Hay mala sangre entre ambas familias y tú mismo la has descrito como una persona vengativa.

Primo se tomó su tiempo antes de contestar:

—Fría, amargada, una criatura malvada.

—Como he dicho, podría vender sus diamantes a nuestros competidores, pero yo creo que ha acudido a nosotros por alguna razón.

—¿Qué razón? —le preguntó Lazz, impaciente.

—Esto sería como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Si no hacemos lo que ella quiere, dejará caer la espada y venderá las piedras en otra parte. Ella tiene el poder y el control. Mientras sus minas produzcan diamantes mejores que los nuestros puede poner el precio que quiera y tendremos que pagarlo o dejaremos de ser la única empresa de joyería del mundo que posee diamantes de fuego. Si no llegásemos a un acuerdo y Leticia les vendiera esos diamantes a nuestros competidores, Dante tendría

piedras de menor calidad que los demás. La caída sería abrupta y dura…

—… y sin duda recibida con lágrimas de alegría por joyeros de todo el mundo —lo interrumpió Severo.

Lazz asintió con la cabeza.

—Podría colocarnos en una situación muy precaria.

—Si no llegamos a un acuerdo con ella, podría cargarse el negocio. Jugará con nosotros hasta que se aburra y luego firmará con algún otro.

Primo suspiró pesadamente.

—Me veo obligado a admitir que eso sería de esperar.

—¿Entonces estamos de acuerdo en alquilar sus minas?

—Debemos examinar los diamantes concienzudamente —dijo Lazz— y hacer un examen exhaustivo de las minas. Investigaremos la oferta de arriba abajo y solo entonces le haremos una oferta.

Draco estaba de acuerdo.

—Iremos paso a paso y encontraremos la manera de ganarle por la mano.

—¿Y Shayla? —la pregunta de su abuelo fue como una piedra cayendo sobre un lago en calma—. ¿Cuál es su papel en todo esto? Letty siempre nos ha culpado por la muerte de su hijo… ¿nos culpa también su nieta? ¿Tendrá Shayla la misma sed de venganza que su abuela?

Draco se volvió hacia él.

—¿Somos responsables por la muerte de su padre?

Primo negó con la cabeza.

—Como no lo somos de que sus minas se quedaran sin diamantes. Hay muchas cosas que no sabes, pero te lo explicaré en otro momento —respondió, sacudiendo la ceniza del puro sobre un cenicero de cristal—. Pero eso no significa que Shayla no nos odie y debemos tomar en consideración su papel en este juego de ajedrez.

—El papel de Shayla es muy sencillo: es mía —las palabras escaparon de su boca antes de que Draco pudiese contenerlas. Pero hablaba en serio—. Ella no tiene nada que ver con esto.

—Ella tiene todo que ver —lo contradijo Lazz—. Es ella quien ha pedido la reunión, no Leticia. ¿Cómo sabemos que seducirte no era parte de su plan?

Primo hizo una mueca.

—Eso me preocupa. El instinto me dice que es una buena persona, pero aún no la conocemos lo suficiente como para saber si hay sed de venganza tras esa máscara amistosa.

Draco empezó a verlo todo rojo y tuvo que hacer un esfuerzo

para no liarse a bofetadas con sus parientes.

—Shayla no se esconde detrás de una máscara. Ella no es así.

—¡Pero si la conociste anoche! —exclamó Lazz.

—Da igual. Hemos sido elegidos el uno para el otro.

—Tenemos que tomar en consideración todas las posibilidades, Draco —dijo Severo—. Leticia Charleston podría haberlo urdido todo y hasta que hayamos resuelto el asunto, Shayla es sospechosa. Y, por lo tanto, sois adversarios.

—Entonces mantendremos el negocio separado de nuestra vida personal —anunció Draco.

—Yo he pasado por eso con Francesca y te aseguro que no es fácil —replicó su primo, refiriéndose a su esposa—. Mi situación era mala, pero tú vas a tener que lidiar con algo mucho peor.

—Lo haré.

—¿Y si tenemos que hundir a las Charleston? —le preguntó Lazz —. ¿Cómo reaccionará Shayla? ¿Y cómo reaccionarías tú?

Draco no vaciló.

—Todos sabéis que soy absolutamente leal a la familia. Y en cuanto Shayla se convierta en mi mujer me será leal a mí y, por lo tanto, a los Dante.

Lazz intercambió una mirada irónica con Severo.

—Tú no conoces a las mujeres.

—Conozco a Shayla.

—¿Después de una noche?

Draco se levantó para enfrentarse con sus primos.

—¿Cuánto tiempo tardaste tú con Francesca, Sev? Creo recordar que también fue una noche —le espetó, mirando luego a Lazz—. ¿Y tú y Ariana? Puede que tú te resistieras durante más tiempo, pero al final caíste.

Lazz dejó escapar un suspiro.

—¿Tan seguro estás?

—Absolutamente seguro.

Sev asintió con la cabeza, aunque no parecía contento.

—Yo creo que la cuestión es si Shayla siente lo mismo.

De nuevo, Draco no vaciló.

—Si no lo siente, ahora lo sentirá con el tiempo, cuando se haya acostumbrado a la situación —dijo, enarcando una ceja—. A menos que estés diciendo que El Infierno no existe.

—Pues claro que existe. Mi preocupación es si Shayla está a punto de convertirse en un peón en esta batalla, atrapada entre su lealtad hacia su abuela y sus sentimientos hacia ti.

Draco ya había pensado en esa posibilidad.

—Si es así, será la primera pieza que capture —afirmó—. Haré lo que tenga que hacer para apartarla del campo de batalla, pero también protegeré lo que es mío.

Cuando terminó la reunión llamaron a Shayla para que volviese a la sala de juntas y le aseguraron que estaban interesados en llegar a un acuerdo con su abuela. Pidieron otro análisis de las minas, que ella aceptó, tiempo para examinar los diamantes con detalle y, por fin, una copia del contrato de alquiler. Shayla estuvo de acuerdo y les prometió que el abogado de su abuela lo enviaría por fax lo antes posible.

Draco observaba, divertido, cómo encantaba a los hombres con su alegre personalidad. No era una maniobra deliberada por su parte, sencillamente era así. Su abuelo la observaba con ojos de halcón, pero parecía gustarle lo que veía.

En cuanto la reunión terminó, Draco la llevó de nuevo a su despacho.

—¿Por qué no vamos a mi suite y comemos juntos? —sugirió en cuanto estuvieron solos.

—Tengo la impresión de que «subir a tu suite para comer juntos» es una forma de decir «sube a mi suite y quítate la ropa».

—Bueno, también podríamos hacer eso. No me importaría nada almorzar desnudo contigo —Draco sonrió—. Claro que también podemos desnudarnos aquí mismo. Mi sofá es muy cómodo.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de contener una risita.

—Por tentadora que sea la oferta, me temo que debo declinar. Lo siento mucho, de verdad tengo que irme.

—¿Para informar a tu abuela?

—Entre otras cosas, sí.

—¿Por qué no cenamos juntos entonces? En algún sitio ridículamente caro y romántico. Así celebraremos la alianza entre los Dante y los Charleston.

—Es un poco prematuro celebrar esa alianza, ¿no te parece? Aún falta mucho para firmar el acuerdo.

Draco se refería a ellos, no al contrato, aunque no tenía sentido explicarle eso. No, debía ser paciente. Shayla no entendía El Infierno o lo que estaba pasando entre ellos. Aún no. Hasta que lo hiciera, hasta que lo aceptase, debía ir despacio.

—Podemos luchar contra el pasado o podemos aceptarlo y seguir adelante. Lo que pase en el futuro depende de nosotros.

Tan particular filosofía era casi de risa ya que él llevaba diez

años intentando solucionar un error del pasado, pero tenía que convencerla de algún modo.

Shayla dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón —dijo, sonriendo, pero era una sonrisa que no contenía su habitual alegría—. ¿Dónde y cuándo quieres que nos veamos?

—Iré a buscarte al Mark.

—No, mejor quedamos en el restaurante. Y si prometes no portarte bien, dejaré que me lleves a casa.

Draco enarcó una ceja.

—¿Si prometo no portarme bien? —repitió. Podía hacerlo, de hecho era un experto no portándose bien—. Hay un restaurante estupendo en North Beach, Cocina. ¿Sabes dónde está?

—Entre Fisherman's Wharf y Chinatown —respondió ella.

—Ah, me dejas impresionado.

—Estuve explorando la ciudad antes de la exposición. De hecho, no entiendo cómo pude ponerme zapatos de tacón después de estar caminando todo el día.

—Pues yo me alegro porque lo pasé muy bien quitándotelos. De hecho, lo pasé muy bien quitándotelo todo —Draco no pudo evitar la tentación de besarla y Shayla no se resistió, devolviéndole el beso como si llevaran meses separados—. Nos vemos en Cocina a las nueve —le dijo cuando por fin se apartaron para buscar aire.

—Draco…

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada, no pasa nada —murmuró ella, apartando la mirada—. Tengo que irme, de verdad.

Si hubiera insistido, si hubiera prestado más atención, se habría dado cuenta de que ocurría algo grave… pero estaba tan perdido en el brillo de sus ojos que no lo hizo.

—Lo entiendo, pero faltan muchas horas para que volvamos a vernos —Draco miró su reloj—. ¿Seguro que no quieres que nos veamos antes?

—Me encantaría pero no puedo. Nos vemos a las nueve.

Shayla le echó los brazos al cuello y lo besó apasionadamente, suspirando como una mujer enamorada. Y luego, sin decir una palabra, salió del despacho.

El día le pareció interminable y llegó al restaurante con quince minutos de adelanto. Pero Shayla llegaba tarde.

Después de una hora esperando, Draco se vio obligado a

enfrentarse con la realidad: Shayla no iba a acudir a su cita. Y cuando fue a buscarla al hotel Mark, el empleado de recepción le dijo que no había ninguna Shayla Charleston alojada allí.

Atónito, Draco llamó a Leticia Charleston, quien decía no saber nada del paradero de su nieta. Y cortó la conversación diciendo que cualquier otro contacto entre ellos se haría a través de sus abogados, a menos que los Dante no estuvieran interesados en alquilar las minas.

Por fin, Draco llamó a Juice, un antiguo socio de su hermano Luc. Juice era un investigador especializado en descubrir lo que la gente no quería que se descubriera.

—Tengo un trabajo para ti —le dijo, sin preámbulos.

—¿Qué les pasa a los Dante que no son capaces de saludar? Siempre es: «Necesito esto o aquello». Tu hermano Rafe anoche, ahora tú…

—Hola, Juice. ¿Cómo estás? —recitó Draco, impaciente—. Necesito una información urgentemente. Quiero que investigues a Shayla Charleston y luego quiero que la encuentres como sea.

—No sé si me gusta eso de «encontrarla como sea».

Había sido una noche muy larga y Draco estaba al límite de su paciencia.

—Mira, Juice, Shayla es… —no podía decir que era su alma gemela ya que lo había dejado plantado—. Es una persona importante para mí.

—¿Importante tipo Infierno?

Él no se molestó en negarlo.

—Sí.

—Muy bien, eso nos lleva a mi siguiente pregunta: ¿qué pasará cuando la encuentre?

—O le pongo un anillo en el dedo o deseará que nunca nos hubiéramos conocido.

—Y me parece que podría ser cualquiera de esas dos posibilidades.

—Podría ser —admitió Draco.

—Bien, te llamaré en cuanto sepa algo. Pero sugiero que consideres seriamente la opción número uno.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo tendríamos una seria charla si optaras por la opción dos. Y no querrás que eso pase.

Juice cortó la comunicación y Draco miró el teléfono, perplejo. Él nunca le haría daño a Shayla, al contrario, quería protegerla. Era su alma gemela y estaba preocupado por ella. Tenía que

encontrarla, descubrir por qué lo había dejado plantado.

¿Era por su abuela? ¿Porque era un Dante? ¿O habría otra razón… algo peor? Hasta que la encontrase no lo sabría.

Mientras tanto, la pregunta de Lazz daba vueltas en su cabeza: «¿Cómo sabemos que seducirte no era parte de su plan?».

No, no podía ser una trampa. Shayla no sabía quién era él cuando se conocieron. Su nombre no estaba en la lista y se había quedado atónita al descubrir que era un Dante.

¿Pero y si se equivocaba? ¿Y si la historia se repetía y de nuevo iban a estafarlo?

Maldita fuera.

Él creía que El infierno había forjado una conexión permanente entre ellos, pero empezaba a preguntarse si eso era verdad. Tal vez había funcionado solo en él. Tal vez él sería el primero de la familia en encontrar a su alma gemela para descubrir que ella no sentía lo mismo.

Perfecto, Draco Dante, el único miembro de la familia engañado por El Infierno. Maldita fuera, realmente estaba metido en un buen lío.

Capítulo 4

Nueve meses más tarde…

Draco había perdido a Shayla en el verano y volvió a encontrarla en la fértil primavera. Pero la encontró, aunque Juice había tardado mucho más de lo que esperaba. Qué ironía que fuera allí, en la casa de su familia en Atlanta, donde había empezado su búsqueda.

La casa de los Charleston estaba al final de un largo camino, una antigua mansión que resultaba más atractiva de lejos que de cerca. Cuanto más se acercaba, más aparente era que el paso del tiempo no le había hecho ningún favor, a pesar de los árboles y las flores que intentaban disfrazar el deterioro. Y Draco no lo entendía. Solo con los diamantes que Shayla llevaba en el bolso esa noche podrían haberle devuelto su antiguo esplendor. ¿Por qué no habían utilizado el dinero que los Dante habían pagado por ellos?

Una anciana ama de llaves abrió la puerta y lo acompañó hasta un desvencijado salón donde fue anunciado formalmente.

Leticia Charleston fulminó a la mujer con la mirada, sin duda porque había dejado entrar a un Dante en su santuario pero, resignándose a lo inevitable, señaló con la mano un sillón tapizado en descolorido damasco.

Draco, sin embargo, no aceptó la invitación.

—Como le he explicado varias veces por teléfono, señor Dante, Shayla no está aquí.

Aunque le gustaría decir que eso era mentira, su familia estaba negociando la compra de las minas Charleston y no debía irritarla. Desgraciadamente, él no era el más amable de los nietos de Primo Dante, ese honor era para Marco.

Después de tantos meses de búsqueda Draco ya no tenía paciencia pero, por mucho que quisiera ver a la abuela de Shayla convertida en cenizas, no tenía más remedio que ser diplomático.

—Está aquí —le dijo.

Y él queriendo ser diplomático…

Leticia levantó una aristocrática ceja. Para ser una mujer de más de setenta años tenía un aspecto increíblemente juvenil, pensó.

—¿Me está llamando mentirosa?

—Si echa un vistazo a la media docena de habitaciones del piso de arriba, seguro que encontrará a su nieta —Draco miró alrededor —. Considerando el tamaño de esta casa entiendo que la haya perdido, pero si necesita que la ayude a buscarla…

—¿Media docena? Hay una docena de dormitorios en el piso de arriba, señor Dante, pero mi nieta no está en ninguno de ellos.

Shayla no es una princesa a la que tenga encerrada en la torre y usted no es un príncipe, sino un ser muy poco civilizado —Leticia se levantó, señalando hacia el pasillo—. Y ahora, si no le importa…

—Ahí está el problema —la interrumpió Draco, plantando los pies firmemente sobre la elegante alfombra persa—. Que me importa y mucho.

Leticia levantó una barbilla idéntica a la de su nieta, sus ojos tan azules como los de Shayla eran negros. La única prueba de que estaba nerviosa era un anillo que colgaba de una cadena a la que se aferraba como si su vida dependiera de ello. Debía de ser su anillo de compromiso, aunque no entendía por qué lo llevaba al cuello en lugar de en el dedo. Tal vez era una costumbre de las viudas del sur.

—No está aquí —insistió Leticia. Y luego, como si quisiera disimular su ansiedad, escondió el anillo bajo la blusa.

Draco la miró a los ojos, decidido a demostrarle que no pensaba marcharse.

—Sí está aquí.

No sabía quién de los dos se habría rendido antes si no los hubieran interrumpido.

—¿Abuela? Necesito tu opinión… —la voz de Shayla fue como un trago de agua para un hombre desesperadamente sediento—. Ah, perdona. No sabía que tuvieras compañía.

Leticia se dejó caer de nuevo sobre el sillón murmurando una palabrota que dejó a Draco sorprendido.

—Vaya, parece que mi querida nieta ha aparecido de repente después de tantos meses —dijo luego, irónica, tamborileando sobre el brazo del sillón con sus uñas sintéticas—. Aleluya, vamos a matar un cordero para celebrarlo.

Draco se dio la vuelta, despacio.

—Hola, Shayla.

—¡Draco!

El nombre escapó de sus labios con una corriente de emociones: incredulidad, emoción, sorpresa, incluso dolor. Podía entender su incredulidad ya que había hecho todo lo posible para que no la encontrase, pero ese tono dolorido no lo entendía.

En las manos llevaba dos mantas de croché, una amarilla y otra de colores. Tenía un aspecto diferente al que recordaba, más suave, más dulce e inocente, aunque él sabía que no lo era.

Tal vez era su pelo, que llevaba sujeto con dos prendedores, o tal vez el vestido ancho de color marfil con jaretas en el cuello.

Pero las diferencias no importaban, lo único que importaba era

la punzada de deseo que sintió al estar cara a cara con ella por fin.

En los últimos meses había llegado a la conclusión de que Lazz estaba en lo cierto: su alma gemela se había reído de él, sin duda a petición de su abuela.

Había tantas cosas que quería decirle, pero no se le ocurría ninguna.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Imagino que habrás venido para hablar de las minas con mi abuela —Shayla dio un paso atrás—. Os dejo solos para…

—No he venido a hablar con tu abuela —la interrumpió él—. He venido a hablar contigo.

—No es buen momento —empezó a decir ella, sujetando las mantitas contra su pecho como si fueran un escudo.

Estaba tan nerviosa que Draco la miró con atención. Miró el vestido ancho, el brillo de su rostro y… se quedó sin aliento.

—Estás embarazada —la frase escapó de su boca, en parte una afirmación, en parte una condena.

—¿Estás embarazada? —repitió Leticia, burlona—. ¿Por qué no se lo habías contado a tu abuela?

Shayla tragó saliva, desconcertada.

—Sí, estoy embarazada. Pero tengo entendido que tú te has casado. Enhorabuena, Draco.

¿Casado?

—¿Quién te ha contado eso?

—Mi abuela.

Leticia levantó los ojos al cielo.

—Es lo que me habían contado. ¿Pero quién sabe? Los Dante son como conejos. Con tantos para elegir, es posible que me equivocase de nombre.

Draco empezaba a verlo todo rojo.

—Señora Charleston, quiero que salga de esta habitación inmediatamente.

—¡Pero bueno…! —exclamó Leticia, haciéndose la ofendida.

—Por favor, déjenos solos.

Shayla parecía a punto de salir corriendo, pero en su avanzado estado eso le habría resultado difícil.

—¿Para qué?

—Shayla y yo tenemos que hablar.

Leticia no quería marcharse pero al final, viendo su expresión decidida, tuvo que claudicar.

—Muy bien, me iré. Pero volveré.

—Eso es lo que dicen todos los villanos —murmuró Draco.

Shayla se mordió los labios y él se preguntó si para controlar la risa o para no decir algo que podría lamentar después.

Pero cuando la puerta se cerró tras Leticia, Draco no vaciló. Antes de que Shayla pudiera adivinar sus intenciones le pasó un brazo por la cintura y buscó sus labios en un beso implacable que no daba cuartel y que exigía una respuesta; una respuesta definitiva a nueve meses de preguntas. Puso en ese beso la sensación de haber sido traicionado, todas sus dudas y todas sus esperanzas.

Sintió su resistencia inicial, su miedo. Shayla puso las manos sobre su pecho como para empujarlo pero, de repente, la oyó gemir y las manos que un segundo antes pretendían apartarlo ahora se enredaban en su pelo.

Le gustaba tenerla entre sus brazos, le gustaba su aroma, familiar y único, que conectaba con él a un nivel primitivo. Y su sabor… ese sabor tan dulce hizo que El Infierno quemase con toda su intensidad. Era suya, lo había sido desde el momento que se tocaron.

Entonces sintió algo en el estómago, algo que procedía del abdomen de Shayla y dio un paso atrás, sorprendido.

—¿Estás bien? Creo… creo que al niño le pasa algo.

—No, no le pasa nada —Shayla sonrió, una sonrisa radiante que aceleró su corazón—. El bebé parece sentir que lo hemos dejado fuera y ha dado una patada para saludarte.

Draco cerró los ojos, aliviado. Genial. Menuda manera de empezar.

No sabía qué decir y eso era algo a lo que no estaba acostumbrado.

—¿El niño es mío? —le preguntó entonces, sin rodeos.

—¿Estás casado? —respondió ella.

—No, no lo estoy.

—¿Prometido?

Draco se pasó una mano por el pelo, intentando encontrar paciencia.

—No estoy casado, no estoy prometido y no salgo con nadie. No estoy interesado en salir con nadie. Con una excepción, tú.

—¿Entonces por qué has tardado tanto en venir a verme?

—Llevo nueve meses buscándote. Cuando no apareciste en la cena fui a buscarte al Mark, pero me dijeron que no te alojabas allí. Luego llamé a tu abuela y ella me dijo que no sabía nada. No me molestaré en comentar sobre eso…

Esta vez Shayla esbozó una sonrisa que desapareció casi inmediatamente.

—Estuve viajando por Europa durante los primeros meses, de modo que en realidad no sabía dónde estaba.

—Si tú lo dices… —Draco sacudió la cabeza. Ya habría tiempo para hablar sobre eso—. Tuve que llamar a Juice, un investigador que ha trabajado para mi hermano en varias ocasiones y que es un experto en encontrar cosas perdidas.

Shayla apretó los labios.

—¿Le pediste que me buscara?

—Pues claro que sí. Pero no fue capaz de hacerlo.

Shayla se dejó caer sobre un sofá, acariciando las mantitas que no había soltado.

—Pues no debe de ser muy bueno en su trabajo si no ha podido encontrarme en todo este tiempo.

Sin saber qué hacer, Draco empezó a pasear frente a ella.

—Si tú no hubieras hecho todo lo posible para que no te encontrase, todo habría sido más fácil.

—Yo no he hecho nada. Sencillamente, tenía un trabajo que incluía viajar a menudo.

—Ya, claro —Draco no se molestó en esconder su escepticismo —. Juice te buscó por toda Europa sin resultado. Tal vez si tu jefe, Algier, no fuera un ermitaño que se esconde de la prensa, te habría encontrado antes. Creo que prácticamente nos cruzamos en el aeropuerto de Copenhague, pero después de eso te perdí la pista.

—Volví a casa —dijo Shayla.

—Eso fue hace tres meses.

Tres meses. Tres meses interminables y Shayla había estado allí todo el tiempo.

—He llamado a tu abuela todas las semanas desde que me dejaste plantado en San Francisco y ella siempre negaba categóricamente que supiera nada de ti.

Shayla se encogió de hombros.

—Le pedí que no dijera nada.

—¿Seducirme era parte de tu plan para conseguir información sobre los Dante? —le preguntó él.

Ella lo miró, ofendida.

—¿Eso es lo que crees?

—¿Y qué otra cosa puedo pensar? Pasamos una noche increíble juntos y te portabas como si también para ti hubiera significado algo. Pero era mentira, ¿no? Lo tenías todo planeado. Te marchaste sin darme una explicación, sin dejar una nota o un número de teléfono donde localizarte. Y luego te fuiste del país con Derek Algier. Yo creo que saliste huyendo —dijo Draco, con nueve meses

de furia en su voz—. Y te he perseguido durante todo ese tiempo, dispuesto a encontrarte como fuera.

Shayla se había ruborizado, pero permanecía aparentemente serena.

—Si descubriste que trabajaba para Derek, debías de saber que no estaba huyendo.

—Tu trabajo era una conveniente manera de evitarme.

—No, eso no es cierto.

—¿Entonces por qué no te pusiste en contacto conmigo? ¿Y por qué has guardado el embarazo en secreto?

—Porque pensé que estabas casado.

—Pero no lo estoy. Es una mentira de tu abuela.

Shayla suspiró.

—Sí, eso parece.

—Dime una cosa: ¿qué habrías hecho si tu abuela no te hubiera mentido?

Shayla se quedó callada durante largo rato. Estaba a contraluz y no podía ver sus ojos, de modo que no podía saber lo que sentía.

—Te habría llamado para decir que iba a tener un hijo tuyo —respondió por fin.

Tan simple afirmación fue como un golpe en el plexo solar. Draco tardó varios segundos en recuperar la compostura pero enseguida dio un paso adelante para sentarse a su lado. Sin decir nada, alargó una mano para ponerla sobre su abdomen y tocar la vida que había dentro.

—Nuestro hijo —murmuró.

Shayla apoyó la cabeza en su hombro y Draco pensó que se había equivocado, que acostarse con él no había sido parte de un plan maquiavélico urdido por Leticia Charleston. Sabía que Shayla era inocente, pero no tenía la menor duda de que Leticia escondía algo.

Y también estaba claro que había querido alejarlo de su nieta y de su hijo. La cuestión era por qué. ¿Era el niño parte de su plan o un tropezón inesperado? ¿Y qué sabría Shayla de ese plan? Solo el tiempo lo diría. Hasta entonces, lo primero era lo primero.

—¿Por qué ha querido tu abuela alejarte de mí? ¿No quiere que el niño lleve mi apellido?

Shayla se puso tensa.

—El bebé llevará mi apellido, Charleston.

—El niño es un Dante —la corrigió él— y por lo tanto llevará mi apellido. Nos casaremos en cuanto sea posible.

Aunque podría haber dicho que el bebé era también un

Charleston, Shayla se limitó a sonreír.

—He vivido casi toda mi vida con mi abuela, que lleva setenta y dos años haciendo lo que quiere con todo el mundo. Si ella no puede obligarme a nada, te aseguro que tampoco tú podrás hacerlo.

Draco tuvo que disimular una sonrisa. Shayla era como un rayo de sol, como un cielo lleno de estrellas, pensó. Pero eso no significaba que no estuviera dispuesto a convencerla.

—Tú quieres lo mejor para tu hijo y criarlo sola, bajo la influencia de tu abuela, no es lo mejor para ese bebé.

—¿Y casarme contigo sí lo es?

—Soy su padre —le recordó Draco—. Y seguramente será un niño. Los Dante no parecen saber cómo hacer niñas… a pesar de algún error ocasional —añadió con una sonrisa, refiriéndose a su hermana Gianna—. Pero sea lo que sea, pienso estar a su lado todos los días. No tengo intención de ser un padre que ve a su hijo una vez a la semana.

—Ya, claro —murmuró Shayla.

Parecía angustiada y eso lo molestó más de lo que le gustaría admitir.

—¿No quieres que me involucre en la vida de nuestro hijo?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Imagino que tú querrías vivir en San Francisco.

—Estaría dispuesto a vivir aquí —dijo Draco—. Pero hay otra cosa que deberías tomar en consideración antes de decidir dónde viviremos. Si te instalaras en San Francisco, el niño y tú tendríais el cariño y el apoyo de mi familia. Nuestro hijo tendría abuelos, tíos, primos…

—Yo crecí sin nada de eso y me ha ido bien.

Eso era discutible, pero Draco decidió morderse la lengua.

—Mi familia se reúne todas las semanas en casa de mi abuelo y vamos de vacaciones juntos a una casa frente a un lago… seguramente a ti puede parecerte un poco abrumador, pero ¿le negarías a nuestro hijo la oportunidad de ser parte de una familia así? Sé sincera, Shayla. ¿No echabas eso de menos cuando eras pequeña? ¿Qué es mejor, ese estilo de vida o el tuyo?

—Aunque decidiera ir a San Francisco, ¿por qué tendríamos que casarnos? —replicó ella—. Casarse es un compromiso muy importante y tú y yo no estamos enamorados.

—Yo vengo de un mundo anticuado, Shayla, de una familia italiana muy tradicional en la que no se permite el sexo extramarital.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Y qué hemos hecho nosotros?

—Bueno, sí —Draco sonrió—. Pero para mi abuelo eso no existe.

—Pues van a llevarse una buena sorpresa.

Él no quería pensar en eso porque no estaba dispuesto a distraerse, pero quería que entendiera su punto de vista.

—Si tuvieras a nuestro hijo sin casarnos, mis abuelos se avergonzarían de mí por no darle mi apellido.

—Y te desheredarían, ¿verdad?

—Hace años tal vez, pero perdieron a su hijo y su nuera, mis tíos, en un accidente de barco y eso los cambió por completo. Hizo que se apegaran más a la familia que les quedaba, de modo que no me desheredarían. Pero aunque ésa fuera una posibilidad, nunca intentaría forzarte a casarte conmigo.

—Pero tu relación con ellos nunca sería la misma si no nos casáramos —insistió Shayla.

—Sí, es cierto.

—¿Y si nos casáramos?

—Primo se enfadaría un poco, seguro, pero como estoy dispuesto a darle mi apellido a nuestro hijo, se le pasaría pronto. Y tú sabes que he movido cielos y tierra para encontrarte.

—¿Por qué? —insistió ella—. ¿Por qué has estado buscándome?

—Tú sabes por qué.

Draco entrelazó sus dedos con los de ella, piel con piel, Infierno contra Infierno. En sus ojos veía que estaba sopesando las opciones mientras su futuro estaba en juego… pero Shayla apartó la mano para llevársela a la espalda, haciendo un gesto de dolor.

—Deja que te ayude —murmuró él, girándola suavemente para darle un masaje.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—He visto a mis primos haciéndolo con sus mujeres.

Draco apoyó la barbilla en su sien. Le gustaría poder estar así durante horas, respirando el aroma de su piel, sintiendo la felicidad de tenerla entre sus brazos. Le daban igual los sacrificios que tuviera que hacer, aquella mujer era suya y se negaba a dejarla escapar.

—Shayla…

Ella se apartó.

—No me presiones. No voy a casarme contigo porque esté embarazada o porque tus abuelos vayan a llevarse un disgusto. O tus padres, Alessandro y Elia.

—¿Sabes sus nombres?

—He estado investigando un poco porque mi hijo debe saber quién es su familia. Pero no quiero tomar ninguna decisión hasta que haya hablado con mi abuela. Quiero saber por qué me contó que te habías casado.

Si se casaba con Shayla, estaría emparentado con Leticia Charleston… no era una idea muy agradable.

En ese momento, Leticia entró en el salón.

—Si ya ha terminado de hablar con mi nieta, señor Dante, puede marcharse.

Draco se cruzó de brazos.

—No pienso irme sin Shayla.

—Eso ya lo veremos. Haré que lo echen de aquí por la fuerza si es necesario y luego llamaré a mi abogado para decirle que rompa el contrato autorizando la venta de las minas.

—Si has terminado con las amenazas, tenemos decisiones que tomar —intervino Shayla.

—No sé de qué podéis estar hablando. ¿Qué decisiones hay que tomar?

—Para empezar, si voy a casarme con Draco.

—¡Te lo prohíbo! —exclamó su abuela—. Te lo prohíbo absolutamente, Shayla.

Draco se sentía tan agradecido que estuvo a punto de besarla. Porque no podría haber dicho nada mejor para que Shayla saliera corriendo.

—¿Me lo prohíbes? —repitió ella.

—Bueno, tal vez prohibir no es la palabra adecuada —reconoció Leticia—. Pero debes pensar qué es lo mejor para el niño y viajar en avión en tu estado no es recomendable. Seguro que tu ginecólogo no estaría de acuerdo. Sugiero que esperes hasta que nazca y luego podrás visitar a los Dante con… —su abuela hizo una mueca— con el recién nacido.

Fue ese gesto lo que pareció decidir a Shayla, un gesto que advertía que Leticia Charleston nunca perdonaría a su nieta por tener un hijo con un Dante. Y también ofrecía respuestas a las preguntas de Draco. Evidentemente, acostarse con él no había sido parte de un plan.

Shayla se volvió hacia él.

—¿Cuándo nos vamos? —le preguntó.

—Eso depende. ¿Cuánto tiempo tardarás en hacer la maleta?

—¡Esperad! —exclamó Leticia—. Por favor, espera, Shayla. No quiero que te marches.

—Tú misma lo has dicho, abuela: tengo que hacer lo que sea mejor para el bebé.

—Pero tú eres la última Charleston y podrías tener un niño… —Leticia fulminó a Draco con la mirada—. Si tuvieras un hijo sería un Charleston y nuestro apellido continuaría.

—¿Es por eso por lo que me dijiste que Draco estaba casado, abuela? ¿Por eso has hecho todo lo posible para evitar que me encontrase, para tener un heredero que continuase el apellido?

Leticia levantó un hombro, exasperada.

—Puede que fuera una de mis razones. No suelo aprobar a los hijos ilegítimos pero estoy dispuesta a hacer una excepción en este caso. Aunque el niño fuese un Dante también.

—Muy amable por su parte —dijo Draco, irónicamente.

Ella se volvió como una víbora.

—Los Dante siempre encuentran la forma de ganar, ¿no? Pues muy bien, llévatela a California. Seguramente tu familia tendrá una flota de aviones privados y, con un poco de suerte, dará a luz en pleno vuelo, antes de que la lleves al altar.

—¡Ya está bien! —exclamó Shayla—. Mi abuela tiene razón, antes de irme debería hablar con mi ginecólogo. Pero me marcho. Tengo que pensar en mi hijo y ahora mismo lo mejor para mi hijo es estar con Draco.

—¿Y si me niego a venderle las minas a los Dante? —le espetó Leticia—. Si se casa con mi nieta, se las venderé a otra empresa. ¿Y qué hará entonces?

Dadas las circunstancias, Draco pensó que solo había una respuesta a esa amenaza:

—Francamente, querida, me importa un bledo.

Capítulo 5

—¿Cómo te encuentras?

Shayla suspiró. Le había preguntado eso cien veces desde que subieron al avión, mirándola con la ferocidad de un dragón que guardara un tesoro.

—Estoy bien —le aseguró a él y al doctor Dorling. No sabía cómo había convencido Draco a su ginecólogo para que viajara con ellos. Sin duda, le habría ofrecido una importante cantidad de dinero.

El doctor Dorling comprobó el monitor y asintió con la cabeza.

—Todo va bien, señor Dante. Buen nivel de oxígeno y el ritmo cardíaco perfecto tanto para la madre como para el bebé.

Draco no parecía particularmente aliviado.

—Llegaremos en dos horas —murmuró, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Tranquilízate —dijo Shayla—. El vuelo no me pone nerviosa, el niño no me pone nerviosa. El médico y su monitor no me ponen nerviosa, pero tú sí.

Él esbozó una sonrisa. La sonrisa que marcaba dos hoyitos en su mejilla. La sonrisa que la había convencido para acostarse con él. Su sonrisa y el extraño escalofrío que había sentido la primera vez que la tocó y que parecía seguir ahí, a pesar de llevar nueves meses sin verse.

Shayla cerró los ojos. Se sentía agotada, incómoda y estaba adormilada todo el tiempo. Su vida había cambiado de una forma increíble y todo por aquel hombre.

Años antes había formulado un plan para su vida, sin anticipar que un acto impulsivo iba a cambiarla para siempre. Lo supo en Europa durante los primeros meses, cuando no podía dejar de pensar en él. Unos meses en los que eso había conseguido arruinar su emoción por el nuevo trabajo con Algier.

Le encantaba trabajar para Derek y adoraba a su jefe, uno de los hombres más amables que había conocido nunca. Cuando descubrió que estaba embarazada decidió seguir trabajando, pero a los cinco meses no había dejado de sentir náuseas y por fin decidió que lo mejor sería dejar de viajar y volver a casa.

Se negaba a lamentar el giro que había dado su vida por una noche con Draco. Arrepentirse de algo no estaba en su naturaleza, pero su vida estaba a punto de dar otro giro espectacular.

Draco apartó un mechón de pelo de su cara.

—¿En qué piensas?

—En lo que pasará cuando lleguemos a San Francisco.

—Te llevaré a casa y allí descansarás.

—No me refería a eso.

—Podemos discutir tus preocupaciones esta noche, no hay prisa.

—Sí la hay y tú lo sabes —insistió Shayla, tocándose el abdomen—. Este bollo está a punto de salir del horno.

—¿Acabas de llamar «bollo» a nuestro hijo?

Shayla rio.

—Sí, creo que sí.

Draco se inclinó para besarla entonces. Si hubiera sido un beso apasionado, exigente, Shayla se habría resistido. Pero no lo fue, al contrario. Fue un beso tierno y dulce que hacía que todos los demás palidecieran en comparación.

—Hay muchas cosas por resolver —le dijo en voz baja—. Pero ese beso me dice que no tendremos ningún problema. Cierra los ojos, Shayla, duerme un rato. Nos preocuparemos del futuro más tarde.

—¿Nos preocuparemos?

—Es nuestro futuro, nos concierne a los dos. Shayla cerró los ojos e intentó relajarse, soñando con una princesa y un dragón que la rescataba. Pero el sueño se esfumó en cuanto escuchó el rugido de los motores del avión.

—¿Qué ocurre?

—Estamos a punto de aterrizar —respondió Draco—. Estaremos en casa en una hora, dependiendo del tráfico.

«En casa».

Shayla se preguntó cómo se encontraría allí.

¿Cómo una invitada o una intrusa? Ella siempre había querido tener su propia casa, un nido propio que pudiese decorar a su gusto. Pero esa posibilidad empezaba a esfumarse.

En cuanto el avión aterrizó en un aeropuerto pequeño a las afueras de la ciudad, el doctor Dorling le hizo un último chequeo y anunció que todo iba bien.

Draco le entregó el billete de avión que lo devolvería a Atlanta y mientras el médico se dirigía al aeropuerto internacional de San Francisco en un coche, ellos siguieron al chófer uniformado que los esperaba para llevarlos a casa… donde estuviera esa casa.

—Sausalito —dijo Draco, como si hubiera leído sus pensamientos—. No lejos de la casa de mis abuelos.

—Pensé que vivías en la suite donde…

Shayla no terminó la frase. La suite donde habían hecho el amor, donde habían concebido a su hijo, donde habían creado una

conexión que ya no podría romperse nunca.

—No, no vivo en la suite. Me alojaba allí mientras terminaban de construir mi casa. El decorador está dándole los últimos toques, así que aún no he visto el producto final —Draco sonrió—. Lo haremos juntos.

—¿Y tus abuelos saben que estoy aquí? —le preguntó Shayla en voz baja.

Draco pulsó un botón que levantaba el cristal separador.

—No te preocupes, el chófer no puede oírnos. Y no, mi familia aún no sabe nada sobre ti. No he querido contárselo hasta que hubiéramos tenido tiempo de hablar y tomar decisiones sobre nuestro futuro.

—Pero no podrás tenerme escondida mucho tiempo —Shayla se llevó una mano al abdomen.

—Espero que no tardemos mucho en decidir qué es lo mejor para los tres.

—Tú crees que lo mejor es casarnos. Draco se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Me educaron así.

Shayla miró por la ventanilla. También a ella la habían educado así.

—Me temo que hay un serio problema con tu plan.

—Dímelo y lo resolveré de inmediato.

—Resolver problemas, encontrar una manera de saltar los obstáculos, eso es parte de tu personalidad, ¿verdad?

Él no lo negó.

—En cierto modo, sí. Y también protejo lo que es mío y hago lo que tenga que hacer para recuperar lo que me han quitado, aunque tarde meses… o años.

—¿Eso es lo que yo soy para ti? ¿Una posesión que debías recuperar?

—Recuperarte a ti es como recuperar una parte esencial de mí mismo. Sin ti me siento vacío. Y sospecho que a ti te pasa lo mismo.

Shayla lo miró sin decir nada y Draco tomó su cara entre las manos.

—Haré lo que tenga que hacer para protegerte, a ti y a nuestro hijo, e intentaré hacerte feliz.

—¿Y los obstáculos que haya en nuestro camino? —le preguntó ella, haciendo un esfuerzo para que su voz sonara normal.

—¿A qué obstáculos te refieres?

—Al matrimonio, por ejemplo. No estamos enamorados y ésa es

la única razón por la que me casaría contigo.

Draco no dijo nada, sencillamente apretó su mano para que El Infierno hablase por él. Y lo hizo.

El deseo la golpeó con urgencia. Daba igual que estuviera embarazada de nueve meses o que llevaran ese mismo tiempo sin verse. Fuera lo que fuera lo que los conectaba, algo que no era capaz de reconocer, no había desaparecido con el tiempo. Lo deseaba con todo su ser, pero luchó contra las emociones que amenazaban con ahogarla. No sabía lo que sentía, pero no era amor. Después de haber pasado una sola noche juntos no podía ser amor.

—Es algo físico —murmuró—. No es real.

—Es un principio —dijo Draco—. Y por nuestro hijo, deberíamos darnos una oportunidad.

Shayla cerró los ojos, agotada.

—Tú no lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

Shayla no quería contarle los detalles de su vida. No quería que supiera algo que ella deseaba mantener en privado, pero Draco merecía saberlo.

—Ya conoces a mi abuela, así que podrás imaginar cuánto me ha costado mantener mi propia identidad y no convertirme en la Shayla Charleston que ella quería que fuera.

—Sí, imagino que no ha debido de ser fácil para ti.

—Casi imposible. No podía darle la mano porque me tomaba el brazo… —Shayla sacudió la cabeza—. Vivía en casa mientras iba a la universidad. No era una situación ideal porque mi abuela conocía mis horarios y esperaba que los cumpliera a rajatabla.

—Imagino que eso se cargaría tu vida social.

—No tenía vida social —admitió ella—. Vivir con mi abuela evitó que disfrutara de la experiencia universitaria.

—¿Y por qué lo hiciste de ese modo? ¿Por qué no elegiste una universidad fuera del estado?

Shayla se encogió de hombros.

—Porque era más barato —respondió sencillamente—. Lo que hice fue marcarme una serie de objetivos para mi futuro. Eran como regalos de Navidad esperando el momento adecuado para abrirlos.

Él la miró con curiosidad.

—¿Por qué no podías abrirlos inmediatamente?

Shayla suspiró.

—Mi abuela se gastó mucho dinero en mi educación porque

soñaba con volver a levantar la empresa Charleston y nuestra cadena de joyerías. No sé cómo pensaba financiarlo ya que entonces no había descubierto los diamantes de fuego, pero supuestamente yo debía llevar el negocio.

—Y eso no entraba en tus planes. Ella negó con la cabeza.

—Hice los cursos de gemología y administración de empresas que ella me pidió, pero no tengo temperamento para dirigir una compañía y ningún talento artístico en lo que se refiere a las joyas. En otras palabras, por mucho que quisiera no habría podido ayudarla a levantar Charleston y habríamos terminado en la ruina otra vez. Pero mi abuela tardó mucho tiempo en aceptarlo. Si quieres que sea sincera, creo que sigue sin estar convencida del todo.

—¿Y qué querías hacer con tu vida?

—Tengo una facilidad natural para los idiomas y un gran deseo de viajar, de conocer otras culturas. Así que llegué a un acuerdo con mi abuela: por cada curso que ella quería que hiciese, me apuntaba en otro que me interesaba a mí. Mi sueño era conseguir un trabajo en Europa como traductora.

—Y así no tendrías que vivir bajo el yugo de tu abuela —dijo Draco—. Pero imagino que ella no reaccionó bien ante la noticia.

—Se llevó un disgusto tremendo —dijo Shayla—. Y lo entiendo. Después de todo, solo quedamos las dos y yo tenía que encontrar la forma de ganar dinero para ayudarla económicamente. Pero mi abuela no quería que me fuese a Europa.

—Y seguro que encontró alguna manera de presionarte. Te dijo que ella había pagado por tu educación, que había usado hasta su último céntimo y que perdería la casa si no tenías éxito como traductora. ¿Voy bien?

—Muy bien —asintió Shayla, sorprendida por lo perceptivo que era—. Eso es exactamente lo que dijo, así que me he pasado los últimos tres años trabajando sin descanso para devolverle el dinero. Y para eso he tenido que posponer mis planes. Pero cuando anunció que las minas no estaban agotadas y que habían encontrado más diamantes y de mejor calidad, vi mi oportunidad de vivir mi vida como siempre había querido.

—Una falta de cálculo por parte de Leticia. Me parece muy raro.

Shayla sonrió.

—Insistió en reabrir Charleston conmigo al timón, pero al final tuvo que aceptar que eso no iba a ocurrir. Sencillamente, yo no estoy hecha para dirigir una empresa y, al final, llegamos a un compromiso: me reuniría con los Dante y así ella conseguiría el

dinero que necesita y yo podría encontrar el trabajo de mis sueños.

—¿Y todo esto ocurrió antes de que nos conociéramos?

—Claro —respondió ella—. Derek necesitaba a alguien que pudiera viajar con él inmediatamente y se lo conté a mi abuela poco antes de tomar el avión.

—¿Cuándo tenías que irte del país?

—La noche que quedamos para cenar —respondió Shayla, apartando la mirada.

—¿Por qué? —preguntó Draco, intentando contener su ira.

—Porque no quería que intentaras detenerme —dijo ella, con total sinceridad.

—¿Podría haberlo hecho?

Shayla cerró los ojos. ¿Podría haber evitado que se fuera? Sin la menor duda. Solo habría hecho falta un beso, una mirada, una caricia. Cuando se trataba de Draco Dante, no era capaz de controlarse.

—No quería arriesgarme y pensé que cuando te dieras cuenta de que no me alojaba en el Mark, ya estaría de camino a Barcelona con Derek —respondió—. Pero hay algo más.

Draco hizo una mueca.

—¿Qué?

—Me había marcado tres objetivos que quería conseguir antes de cumplir los veinticinco años. El primero era encontrar el trabajo de mis sueños.

—Y lo encontraste con Derek, muy bien.

—El segundo era conseguir dinero para mi abuela ofreciéndole a tu familia el alquiler de nuestras minas.

—Y por eso te reuniste con ellos, muy bien. ¿Y el tercero?

—Cumplí veinticinco años la mañana después de que nos conociéramos —empezó a decir Shayla.

—¿Por eso te acostaste conmigo? ¿Querías perder la virginidad antes de cumplir los veinticinco años?

—¡No! Bueno, sí. Pero no es lo que tú piensas.

—¿Y yo fui el afortunado?

¿Por qué tenía que hacer que sonara tan sórdido?

—No lo entiendes, no era perder mi virginidad… yo quería tener un romance apasionado, el primero de mi vida.

—En otras palabras, que podría haber sido cualquier otro hombre, incluso uno de mis parientes. Sencillamente, tuve suerte —Draco apartó la mirada, airado—. No tuvo nada que ver con El Infierno o con quién sea yo como persona. Solo querías acostarte con alguien antes de marcharte a Europa.

Shayla sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero hizo un esfuerzo para contenerlas. Tener un romance apasionado con alguien le había parecido algo intrépido, romántico. Algo tan extraño para ella que ni siquiera lo había tomado en consideración cuando vivía con su abuela. Desgraciadamente, pronto había descubierto las consecuencias del sexo ilícito… incluso usando protección. Deberían poner una fotografía suya en todos los institutos del país como advertencia: ¡Esta chica podrías ser tú!

—Para ser justos, no creo que a ti te preocupase mucho quién fuera yo como persona. Al principio, no.

—En otras palabras, si hubieras sabido que yo era un Dante, te habrías acostado con otro hombre esa noche.

—No sé qué decir —Shayla tuvo que contener un sollozo—. Quería ser sincera contigo para que entendieras por qué el matrimonio está fuera de la cuestión. Tú no me quieres y yo no te quiero a ti.

—No llores, por favor —dijo Draco entonces—. Eso no puede ser bueno ni para ti ni para el bebé.

—No puedo… no puedo dejar de llorar como si cerrase un grifo.

Por alguna razón, eso lo hizo sonreír.

—Escúchame, cariño —empezó a decir—. Estás cansada y yo también. Deberíamos haber elegido otro momento para tener esta conversación.

—Necesitaba ser sincera contigo.

—Lo entiendo. Pero tal vez esa sinceridad debería haber tenido lugar mañana, después de que hubiéramos descansado. Y tal vez acompañada de un trago de Johnny Walker.

—Muy bien —Shayla se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos—. Lo estoy intentando, Draco. He venido aquí para que nuestro hijo esté cerca de los Dante, pero solo estoy dispuesta a llegar hasta ahí. No sé si podría lidiar con un matrimonio.

—¿Por qué no?

Ella tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos.

—Imagino que no habrá una botella de Johnny Walker en el coche.

—¿Por qué? ¿Voy a necesitarla?

—Probablemente.

—Demonios —Draco dejó escapar un bufido—. Será mejor que me lo digas. No puedo solucionarlo si no sé cuál es el problema. Venga, cuéntamelo.

—Yo he trabajado mucho durante los últimos cuatro años para

conseguir la vida que quería y solo tardé una noche en terminar con ese sueño —Shayla se llevó las manos al abdomen—. No me malinterpretes, quiero mucho a este niño y nunca lamentaré que venga al mundo pero… esos meses en Europa han sido los mejores de mi vida. Nunca había experimentado una libertad así y ahora tú quieres que me case contigo, que viva contigo. Que creemos una familia a la fuerza. Para mí va a ser difícil estar en una ciudad que no conozco con un niño recién nacido, no sé si además podría soportar un matrimonio. Para ser sincera, no quiero perder mi independencia otra vez.

Draco se quedó en silencio durante unos segundos y ella se preguntó si lo habría ofendido.

—No tienes por qué casarte conmigo —dijo por fin—. Hay otras opciones.

—¿Qué opciones?

—Podemos llegar a un acuerdo, una especie de pacto matrimonial. Podríamos casarnos para darle al bebé mi apellido, pero no tendríamos que vivir juntos si eso es lo que quieres —dijo Draco, con una comprensión que la sorprendió—. Será tu decisión.

—¿Y qué diría tu familia?

—No es asunto de mi familia.

—Las familias se meten en todo. Siempre parecen creer que tienen derecho a interferir.

—A mí solo me importa la opinión de una persona, tú. En cuanto a mi familia… no te preocupes por ellos, no te molestarán.

Seguramente debería haber insistido en volver a hablar del tema por la mañana, cuando hubiera tenido tiempo de pensarlo mejor, pero se encontró asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí —respondió Shayla.

—¿Mañana mismo?

—¿Podemos casarnos tan rápido?

—Por supuesto. Arreglaremos el papeleo en cuanto lleguemos a casa.

Shayla empezó a sentir miedo. Le gustaría decir que había cambiado de opinión, pero no se atrevió.

—Muy bien.

Draco la abrazó entonces.

—Como no podemos brindar con champán, sellaremos el trato con un beso.

Shayla tuvo una décima de segundo para prepararse mientras él

inclinaba la cabeza para buscar sus labios en un beso que la hizo olvidarse de todo. El beso del día anterior la había llenado de anhelo, el del avión había sido una bendición. Aquél era estimulante, recordándole esa maravillosa noche en San Francisco nueve meses antes, cuando se había rendido a la tentación.

El beso de Draco la hacía olvidarse de todo salvo de él y de aquel momento. Durante un segundo, incluso se olvidó del hijo que llevaba dentro, un hijo que era el resultado de esa rendición. Un hijo hecho de pasión y que sería querido por los dos.

Y por su hijo, casarse con Draco era lo más inteligente. ¿Pero y ella?

Antes de que pudiese contestar a la pregunta, él se apartó para mirar por la ventanilla y Shayla se dio cuenta de que habían llegado a su casa.

Mientras el conductor se encargaba de sacar las maletas, Draco la ayudó a bajar del coche, un proceso que resultaba más difícil cada día.

Shayla se quedó un momento admirando la casa sobre una colina, una mansión de dos plantas hecha de madera y cristal con una increíble vista del mar.

—Es preciosa —murmuró.

—Espera a ver el interior —Draco la guio hasta la puerta de entrada y luego, tiernamente, la tomó en brazos—. Bienvenida a casa.

En ese mismo instante, un grupo de gente apareció gritando:

—¡Sorpresa!

Pero en cuanto comprobaron que Draco no estaba solo se quedaron en silencio, todos los ojos clavados en Shayla. O más específicamente, en el abdomen de Shayla.

—Vaya —Primo fue el primero en hablar—, parece que la sorpresa nos la habéis dado vosotros.

Capítulo 6

Draco observó a su futura esposa mientras se dirigía a Primo en italiano.

—Vamos a casarnos… mañana mismo si es posible. Tengo que ir al ginecólogo, pero después vamos a acudir a un juez de paz. Y no culpe a su nieto, no es culpa suya. Él no sabía que estuviera embarazada y ha estado buscándome durante estos últimos nueve meses, pero habría insistido en que nos casáramos aunque no estuviera embarazada —Shayla hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Cuál era vuestra sorpresa? —preguntó Draco.

Primo miró a su nieto.

—Tu casa está terminada —anunció su abuelo—. Te habíamos organizado una fiesta… las mujeres dicen que es una tradición.

—Os lo agradezco mucho. Tal vez podríamos aprovechar para celebrar una fiesta antes de la boda.

Luego miró a sus parientes, comprobando las reacciones de cada uno, que iban de la risa a la sorpresa. Pero nadie parecía disgustado. Al fin y al cabo, él era un Dante y los Dante se protegían entre ellos.

Prácticamente se llevaron a Shayla en volandas hacia el salón, colocando almohadones en su espalda para que estuviera cómoda. Uno por uno, todos los miembros de su familia se presentaron mientras le ofrecían bandejas de comida…

Primo señaló el porche y Draco suspiró, sabiendo que esa conversación era inevitable. Una vez fuera, su abuelo sacó del bolsillo de la chaqueta el puro que siempre llevaba allí para disgusto de su abuela, por no hablar de su médico.

—¿Tú eres el padre? —le preguntó mientras lo encendía.

—El niño es mío, sí. Lo siento, no es así como había planeado que fueran las cosas.

—No sabía que tú tuvieras ningún plan.

El comentario le dolió. Una vez podría haber sido cierto, pero había trabajado mucho en la última década para demostrar su valía y para superar la vergüenza de haber perdido esos diamantes.

—Tú sabes que El Infierno me asaltó la noche de la exposición. Y tú sabes que Shayla desapareció después de reunirse con nosotros —Draco empezó a pasear por el porche, nervioso—. He estado buscándola desde entonces y la encontré hace dos días en Atlanta, en casa de su abuela.

—¿Vas a casarte mañana mismo?

—Sí.

—Pero no con un juez de paz.
—¿Cómo quieres que me case?
—En mi casa —Primo lo señaló con el puro—. Una boda en el jardín, con la familia. Y nada de juez de paz, con un sacerdote. Si puedo arreglarlo para mañana, bien. Si no, será dentro de unos días —luego miró a su nieto con expresión calculadora—. Por lo que veo, el niño no tardará mucho en nacer.
—No, no tardará mucho.
—Y tu abuela llorará si el *bambino* viene al mundo sin el apellido Dante para protegerlo. ¿Tú sabes lo que yo le haría a alguien que hiciera llorar a mi esposa?
Draco apretó los labios. Lo mismo que él le haría a cualquiera que hiciese llorar a Shayla.
—Sí, creo que lo sé. Pero no voy a dejar que eso ocurra, no te preocupes.
Primo le dio una palmadita en el hombro.
—Sé que has estado buscando a tu compañera durante todos estos meses, pero no deberías haberla llevado a tu cama sin antes ponerle un anillo en el dedo. Haciendo eso has deshonrado a la familia. Lo sabes, ¿no?
—Sí, lo sé.
Su abuelo dio una calada al puro.
—Nos quedaremos un rato y luego os dejaremos solos. Shayla necesita descansar para no tener el niño antes de que un sacerdote bendiga vuestra unión. En cuanto a los preparativos de la ceremonia, tu abuela y yo nos encargaremos de todo.
Draco inclinó la cabeza.
—*Grazie.*
Primo demostró ser un hombre de palabra y una hora más tarde toda la familia se despedía. Pero el abrupto silencio que siguió a la partida de los Dante los hizo sentir incómodos.
—¿Por qué no te enseño la casa? —sugirió Draco.
Shayla asintió, aliviada.
—Sí, eso estaría bien. Tengo la sensación de llevar una eternidad en el sofá.
Draco se alegró al ver que admiraba los altos techos, los espacios abiertos y los interminables ventanales desde los que había una vista espectacular. Pero al ver que estaba agotada insistió en subir a la segunda planta porque pensaba meterla en la cama lo antes posible.
—Puedes dormir conmigo —le dijo, abriendo la puerta del dormitorio principal—, pero tal vez estarías más cómoda

durmiendo sola.

La llevaba hacia otra habitación al final del pasillo, pero Shayla se detuvo frente a una puerta entre las dos.

—¿Qué hay aquí?

—Otra habitación. No tiene baño, así que…

Iba a seguir adelante, pero Shayla abrió la puerta. Draco había querido echar un vistazo antes de enseñársela porque solo le había dado dos días al decorador y a la mujer de su primo, Ariana, para completarla.

Pero descubrió que sus expectativas se habían cumplido con creces. De hecho, de manera exagerada.

Y Shayla parecía encantada mientras tocaba las cortinas blancas de la cuna. Sobre ella había un móvil con criaturas reales e imaginarias, todas con expresiones cómicas.

En la pared habían pintado un mural, un bosque mágico lleno de hadas y gnomos. Cualquiera que conociese el trabajo de Ariana como autora de libros infantiles reconocería a su alter ego, la señora Pennywinkle. Aunque una de las paredes, la que estaba detrás de la cuna, seguía sin pintar. Tal vez no habían tenido tiempo y, considerando la sorpresa que la familia se había llevado con el embarazo, Ariana había hecho más de lo que cabía esperar.

La cuna era sencilla y fuerte, la mejor del mercado, con una mecedora enfrente y un monitor sobre el cambiador.

Shayla abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó una ropita tan pequeña que Draco se puso nervioso al imaginar un bebé que cupiese en ella. Luego abrió un armario lleno de juguetes y muñecos de peluche…

—Tal vez me haya pasado —dijo Draco. Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Tal vez?

—Supongo que debería haberte pedido opinión.

—Pero si te enteraste del embarazo hace dos días…

¿Estaba enfadada porque no la había incluido en la decisión? Draco se encogió de hombros.

—No sabía cuándo iba a nacer el niño y quería estar preparado. Le expliqué al decorador lo que quería… bueno, más o menos lo que había imaginado.

Shayla se volvió y, para su sorpresa, le echó los brazos al cuello.

—Gracias, es una habitación preciosa. De hecho, es perfecta.

Draco apoyó la frente en la suya.

—Sé que quieres tener tu propia casa, pero tal vez sería mejor que te quedaras aquí durante los primeros meses, así yo podría

ayudarte.

—Sí, sería lo más razonable. No me parece mal vivir contigo durante los primeros meses mientras no pongas ningún problema cuando quiera mudarme a otro sitio.

No era una rendición total, pero al menos le daba tiempo. Tiempo para convertir «los primeros meses» en «para siempre». Para crear un matrimonio real y una familia real. Tal vez podría demostrarle que no iba a asfixiarla, que iba a darle la libertad que deseaba. De alguna forma, tenía que ofrecerle todo lo que le había faltado para que no saliera corriendo.

«Cálmate, Draco». Lo primero era lo primero, se dijo, y debía ser paciente.

De modo que la llevó a una habitación con baño privado, un saloncito en la entrada y un balcón que daba al porche.

—Cuando nazca el niño podemos poner la cuna y la mecedora aquí —sugirió.

—Sí, creo que eso estaría bien.

—Bueno, ya lo decidiremos cuando llegue el momento. Ahora mismo, lo que necesitas es descansar.

Shayla se sentó en la cama y Draco se inclinó para quitarle los zapatos.

—¿Quieres desnudarte?

—Estoy demasiado cansada para desnudarme.

—Entonces, descansa. Subiré las maletas cuando te hayas dormido…

Draco no estaba seguro de que hubiera escuchado esa última frase porque, en cuanto cerró los ojos, se quedó dormida.

Subió a ver cómo estaba cada media hora y cuando se hizo de noche y quedó claro que no iba a despertar, le quitó el vestido con mucho cuidado. Estuvo a punto de desnudarla del todo, pero pensó que se sentiría avergonzada en tan avanzado estado de gestación. Aunque en su opinión estaba preciosa. Era más suave que antes, toda curvas, y tenía una belleza etérea que hacía que casi le diera miedo tocarla porque temía que desapareciera como las criaturas míticas del mural. Y pensar que pudiera desaparecer de su vida le encogía el corazón.

Pronto sería esposa y madre como él sería marido y padre. Qué extraño que dos días antes no hubiera sido ninguna de esas cosas, que una sola noche de pasión hubiera creado un hijo. Pero se alegraba de que hubiera sido así, de que una nueva vida hubiera sido creada en un momento de pasión perfecta…

Draco se dio cuenta entonces de que se había enamorado. De la

madre y del hijo. Y poniendo una mano sobre el vientre de Shayla prometió en silencio cuidarlos para siempre.

Shayla despertó con el sol que entraba por la ventana, dejando escapar un suspiro de contento. Cada día le resultaba más difícil conciliar el sueño y encontrar una postura cómoda, pero aquella noche, en la cama de Draco, se había sentido mejor que nunca.

Y al estirarse notó que no estaba sola en esa cama.

—Esto me gusta. Podría acostumbrarme —murmuró Draco, adormilado.

—Ah, qué fácil es para ti. Tú no eres un globo —dijo Shayla. Aunque, en realidad, estaba de acuerdo con él—. Pero, por curiosidad, ¿qué haces en mi cama?

—Acostumbrarme a mi hijo —respondió él, besando su cuello—. Y a su madre.

Shayla miró bajo las sábanas, aliviada al comprobar que llevaba puesta la ropa interior. Aunque no servía de mucho porque no podía esconder los cambios en su cuerpo.

—Y también por curiosidad, ¿qué ha sido de mi vestido?

—Te lo quité anoche. Te habría quitado la ropa interior, pero pensé que te enfadarías.

Ella contuvo la risa, imaginándose dormida y casi desnuda embarazada de nueve meses.

—He perdido la figura.

—No, de eso nada. Sigue ahí y es más hermosa que nunca.

—¿Te gusta?

Draco tiró de ella para mirarla a los ojos, acariciando el nacimiento de sus pechos, que sobresalían del sujetador.

—¿Cómo puedes preguntar eso? Eres una diosa.

—¿Y eso te convierte a ti en un dios?

—No, solo en un hombre. Un hombre muy afortunado —respondió él, apartándose con desgana—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres desayunar en la cama?

—No, prefiero ducharme y vestirme.

—¿Necesitas ayuda?

—No, creo que puedo hacerlo sola —respondió Shayla, burlona.

Draco saltó de la cama y le ofreció su mano con innata cortesía, como si hubiera hecho eso mismo cada día durante los últimos nueve meses.

—Llámame si necesitas algo.

Shayla lo miró, sintiéndose imposiblemente atraída hacia él.

Pero no era amor, no podía ser amor. Enamorarse sería una tontería peligrosa que le robaría su libertad. Entonces, ¿por qué su corazón se encogía ante la idea de dejarlo?

—¿Por qué me miras así?

—Por nada —respondió ella—. Gracias por la oferta.

Mientras se duchaba, intentaba convencerse a sí misma de que ese pacto matrimonial funcionaría. Se alojaría en aquella preciosa casa durante unas semanas pero no compartiría cama con él, eso era demasiado peligroso. Y luego, cuando se acostumbrase a ser madre, buscaría su propia casa y recuperaría su independencia. Sería libre… o tan libre como pudiera serlo con la responsabilidad de cuidar a un recién nacido.

Pero mientras se ponía esos objetivos, en el fondo de su corazón sabía que nunca sería libre del todo. Draco y ella estaban atados para siempre. Había huido una vez pensando que él no querría saber nada del bebé, pero no volvería a hacerlo.

—He hecho algunas llamadas y esta tarde, después de ir al ginecólogo, podemos pasar por el juzgado para firmar los papeles. Al menos no tendremos que ir a Las Vegas a casarnos.

—Ah, muy bien. Aunque ésa sería una bonita historia para contarle a nuestro hijo… o hija.

—¿El doctor Dorling no te ha dicho el sexo del bebé?

—Yo no quería saberlo —respondió ella, tocándose el abdomen —. Todo en este bebé ha sido una sorpresa y he pensado que eso también debería serlo.

—Si es niña, nos llevaremos una sorpresa, desde luego.

—¿De verdad es tan raro en tu familia?

Draco se encogió de hombros.

—Mi abuela dice que Amata, la hija de Lazz y Ariana, va a ser la única niña en esta generación.

A Shayla le gustó mucho su nueva ginecóloga, la doctora Henderly, que les advirtió que podría ponerse de parto en cualquier momento y les dio una lista de todas las cosas que necesitarían cuando naciese el bebé.

Mientras almorzaban en un restaurante, después de pasar por el juzgado, Draco puso los pies de Shayla sobre sus rodillas y bajo el mantel, sin que nadie lo viera, le dio un masaje en los tobillos. Un masaje muy agradable, tuvo que reconocer. Y una vez de vuelta en casa, la acompañó a su habitación.

—Mi abuelo ha conseguido organizar la ceremonia para esta

noche, en su casa.

—¿Tan pronto? —exclamó Shayla.

—La ginecóloga ha dicho que podrías dar a luz en cualquier momento, así que no hay tiempo que perder, ¿no te parece?

Genial, el embarazo la hacía tener el mismo tacto que su abuela.

—No, claro que no. ¿A qué hora?

—A las ocho.

En realidad el gesto de Primo era muy romántico, tuvo que reconocer.

—No tengo nada que ponerme… tendremos que volver al centro ahora mismo para buscar algo.

—No, de eso nada.

—¿Cómo que no?

—Ahora eres una Dante o lo serás dentro de unas horas.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mientras tú duermes un rato, yo voy a hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Seguro que alguna de mis cuñadas tiene un vestido adecuado para la ceremonia. Una llamada de teléfono y te garantizo que habrá un vestido para ti.

Shayla tenía sus dudas pero desaparecieron en cuanto llegó a casa de Primo. Allí había un vestido colgado de una percha, pero no era un vestido prestado, sino un vestido de novia comprado para la ocasión. Y, al verlo, no pudo contener las lágrimas. De tul de seda color marfil, el estilo imperio escondería su avanzado embarazo…

El velo que colgaba de otra percha dejó a Shayla sin aliento. Era de encaje blanco, con perlas y diminutos diamantes de fuego engarzados en la tela.

Shayla lo tocó con dedos temblorosos.

—Es lo más bonito que he visto nunca.

La madre de Draco, Elia, la abrazó.

—Yo lo llevé el día de mi boda y me alegra mucho que tú vayas a llevarlo en la tuya.

Entre risas, Shayla se dejó llevar por la alegría de las mujeres, sin querer pensar en lo que significaba ese matrimonio con Draco y cómo iba a cambiar su vida.

Se sentó pacientemente mientras Gianna le arreglaba el pelo y Larkin y Tea la maquillaban… y cuando terminaron se miró al espejo, incrédula.

—Estoy preciosa.

—No llores —le advirtió Gianna—. Se te va a correr el rímel.

La habían maquillado de manera sutil, enfatizando sus pómulos

y sus ojos oscuros. Su boca parecía más suave, rosada y ligeramente húmeda. Gianna le había sujetado el pelo con un prendedor, dejando que una cascada de rizos cayera por su espalda.

—Ahora es mi turno —anunció la abuela de Draco, poniendo unos jazmines en su pelo.

Shayla acarició los aterciopelados pétalos.

—Son preciosos.

—Son de mi jardín. Los ha cogido Primo, ha pensado que te recordarían a tu casa.

Y así era, había jazmines en la casa de su abuela, su aroma perfumándolo todo.

Aunque Shayla no esperaba disimular su embarazo, las capas de tul del vestido hacían que pareciese menos obvio. Cuando llegó el momento de poner el velo, Elia hizo los honores y el toque final lo dio Gianna con un ramo de jazmines, a juego con las flores que llevaba en el pelo.

—El velo es algo antiguo y prestado, el vestido es nuevo y esto es algo azul —le explicó, señalando la cintita con la que habían atado el ramo.

Sin saber qué decir, Shayla abrazó a su futura cuñada y luego a Elia y a la abuela. Tres generaciones de mujeres de la familia Dante y pronto ella sería una más.

—Muchísimas gracias a todas —dijo por fin. Desde ese momento, todo fue como un torbellino. De repente, estaba al lado de Draco frente al sacerdote, en un jardín lleno de flores. Cuando el último rayo de sol tocaba a los reunidos como una bendición dorada, el sacerdote los declaró marido y mujer.

Draco levantó el velo de tul y tomó su cara en un gesto tan tierno como familiar.

—Mi mujer —anunció, su tono lleno de satisfacción. Y luego la besó. El beso hizo que los nervios de Shayla se esfumaran. En lugar de preocupaciones y conflictos, experimentó una oleada de esperanza. Si aquello fuera real, pensó. Si estuvieran enamorados. Si el niño que estaba dando impacientes pataditas no fuera el responsable de ese matrimonio.

Si Draco y ella se amaran.

En cuanto formuló ese pensamiento, la primera estrella asomó en el cielo, rutilante como un diamante de fuego, y sintió un extraño calor en la mano, como si Draco y ella estuvieran de algún modo conectados con esa estrella…

Shayla formuló un deseo… y le fue concedido.

Capítulo 7

Era suya.

Su mujer, su compañera de El Infierno. Y pronto sería la madre de su hijo.

Cuando levantó la cabeza para mirarla, el sol se había puesto y las luces del jardín le daban un halo misterioso. Y el beso con el que habían sellado los votos matrimoniales parecía algo más que un beso; era como un deseo, como una promesa, una puerta abierta a la felicidad.

Shayla miró el anillo que había puesto en su dedo. Era una de las alianzas Eternidad que había visto en la exposición aquel día, el día que se conocieron.

El diamante central era uno de las minas Dante y, en opinión de Draco, uno de los más perfectos. Igual si no superior a los que le habían robado. Los diamantes pequeños que lo rodeaban eran diamantes Charleston, como un símbolo de unión entre las dos familias. Y no tenía la menor duda de que Shayla entendería el significado del gesto.

—Los anillos Eternidad tienen nombres, ¿verdad? —murmuró ella—. ¿Cómo se llama éste?

—Unidos para siempre.

Shayla frunció el ceño.

—¿Y tú y yo estamos unidos para siempre?

—Si crees en la leyenda de El Infierno, sí.

—¿Y si no?

Draco apartó un rizo de su cara.

—Entonces solo es una leyenda y éste es solo un anillo.

—Pero es una leyenda en la que tú crees, ¿no? Y crees que el anillo nos une a partir de este momento.

Draco le había hecho dos promesas a Shayla desde que la encontró. La primera, darle su independencia y la segunda, unos minutos antes, amarla y protegerla durante el resto de su vida. Y cumpliría las dos, costase lo que costase. Aunque querría tenerla a su lado para siempre, no pondría objeciones si ella quería marcharse.

—Que yo lo crea o no es irrelevante. Cuando nazca el niño y te hayas acostumbrado a vivir en San Francisco, podrás decidir tu futuro.

Draco le había abierto la puerta a la libertad y dependía de ella atravesarla o decidir que era igualmente libre si se quedaba con él.

Shayla asintió con la cabeza y luego tomó su cara entre las

manos para repetir el beso, con una ternura que casi lo hizo caer de rodillas.

Sus parientes miraban la escena sonriendo y Draco no pudo dejar de preguntarse si esas sonrisas durarían si supieran que unos minutos después de casarse le había prometido a su esposa que la dejaría ir si eso era lo que deseaba. Pero le devolvió el beso, controlando la tentación de apretarla contra su pecho y no soltarla nunca.

Riendo, Shayla se apartó unos segundos después para besar a su familia.

«Relájate, Draco». En unas horas volverían a casa y, una vez más, la abrazaría mientras dormían. Podía esperar hasta entonces.

Tal vez.

Alguien puso música en el estéreo y Draco se acercó a una mesa para servirse una copa de champán. No sabía cómo habían organizado todo aquello con tan poco tiempo, pero no habría podido ser más bonito aunque hubieran tenido meses para prepararlo.

—Qué raro que los dos conociéramos a nuestras esposas la misma noche —le dijo Rafe, mirando a Larkin—. Y que tú seas el responsable de mi boda.

Draco se encogió de hombros.

—Tú te sentías atraído por Larkin.

—Pero de no ser por ti, tal vez no habría hecho nada —dijo Rafe—. En serio, te debo una.

—Me alegro. Me gusta que la gente esté en deuda conmigo.

—Entonces, deja que te dé un consejo como pago de mi deuda: dale tiempo a Shayla para que se acostumbre a su nueva vida. Sé paciente y deja que El Infierno haga su magia.

Draco inclinó a un lado la cabeza pensativo.

—Ya había llegado a esa conclusión por mí mismo, de modo que sigues en deuda conmigo.

—Pensé que no creías en El Infierno.

—Y no creía en él… hasta que conocí a Shayla.

Después de decir eso, Draco se alejó de su hermano para acercarse a su mujer. Pero poco a poco, todos fueron uniéndose al grupo para contar historias, muchas de ellas sobre El Infierno y sobre cómo habían conocido a sus compañeras.

—¿Ninguno de vosotros creía en esa vieja leyenda? —les preguntó Shayla.

—Primo sí —respondió Rafe—. Y Marco también. Pero nadie más.

—Te olvidas de Draco, él también lo creía —insistió Shayla.

—¿Draco? —repitió Gianna, sorprendida—. Él siempre ha sido un escéptico. De hecho, la noche que os conocisteis intentaba evitar que emparejasen a Rafe…—de inmediato vio que estaba metiendo la pata—. Quiero decir…

—Sabemos lo que quieres decir —la interrumpió Primo—. Afortunadamente, salió bien para todos los involucrados.

Rafe sonrió a su hermana.

—No pasa nada, tonta.

Primo interrumpió el incómodo momento levantando su copa:

—¡Por Shayla y Draco! *Cento anni di salute e felicità!* Y ahora, me toca a mí contar la historia que viví con vuestra abuela.

Todos escucharon encantados mientras el patriarca de la familia Dante empezaba a relatar la historia del encuentro. Conocían la historia de memoria, pero les seguía gustando.

—Había vuelto de Florencia después de terminar mis estudios —empezó a decir Primo, sacando un puro del bolsillo y guardándolo de nuevo cuando su mujer lo miró con el ceño fruncido— y esa noche, mi mejor amigo celebraba su fiesta de compromiso. Era el mes de junio y Tito estaba feliz en un campo de naranjos, el aroma a azahar llenándolo todo —el anciano sacudió la cabeza, recordando con nostalgia—. Nunca había respirado una fragancia más dulce —dijo luego, mirando a su mujer con sesenta años de amor en los ojos—. Y entonces la vi a ella y nunca había visto nada más hermoso. Mi dulce Nonna tenía dieciocho años y llevaba flores de azahar en el pelo… ay, su pelo —Primo se llevó una mano al corazón—. Os juro que ese pelo castaño parecía de fuego y caía por su espalda hasta la cintura.

—Y tú —empezó a decir su esposa— me mirabas como un lobo a una oveja.

—No una oveja, *bellezza*, una corderita. Tomé tu mano y fue entonces cuando El Infierno nos asaltó. Nuestro pueblo era muy pequeño, un sitio muy tradicional donde todo el mundo se tomaba los compromisos tan en serio como las bodas. Yo deshonré a mi familia y a mi mejor amigo tomando lo que no me pertenecía, pero cuando El Infierno te golpea no hay otra opción.

—De modo que nos escapamos —siguió Nonna, su voz llena de emoción—. Dejamos a nuestras familias y tomamos el primer barco a América.

—¿Hicisteis las paces con Tito alguna vez? —preguntó Shayla.

—Sí —respondió Primo—. Años después, Nonna y yo estábamos visitando a nuestras familias y acudí a Tito para pedirle perdón. Y

él me dio las gracias, ¿te lo puedes creer? Se había casado con una chica del pueblo que lo adoraba y que él aprendió a amar tanto como yo amo a mi esposa. Aunque no sé cómo eso puede ser posible. Y míranos ahora, ¿eh? —dijo luego, señalando las cuatro generaciones presentes: hijos, nietos y pronto bisnietos—. Ésta es la mejor fortuna que puede poseer un hombre. Así es como El Infierno nos recompensa cuando somos lo bastante listos como para seguir sus dictados.

Una sombra cruzó el rostro de Nonna y Draco sospechó que era porque su hijo mayor, Dominic, había elegido una esposa diferente a la que El Infierno había elegido para él. Y aunque Severo, Nicola, Marco y Lazz eran el producto de esa unión todos sabían, por cartas que habían encontrado tras la muerte de sus padres, que el corazón de Dominic siempre le había pertenecido a otra mujer, Cara Moretti.

Para no verla triste el día de su boda, Draco tomó a su abuela por la cintura y empezó a bailar con ella. Primo lo siguió con Shayla y pronto todos estaban bailando alegremente, las risas llenando el jardín. Media hora después cambiaron de pareja y Draco por fin pudo bailar con su esposa.

—De haber estado en la situación de Primo, también yo me habría escapado contigo.

Shayla arrugó la nariz.

—Creo que lo hiciste. Y me has traído directamente a la guarida del dragón.

—Ahora que has escuchado las historias de mi familia, ¿qué te parece esa extraña bendición? O tal vez lo consideras una maldición.

—No, no. ¿Cómo voy a pensar que es una maldición después de escuchar unas historias tan bonitas? Pero tú no crees en ello, ¿verdad? Es conveniente decir que sí porque estoy embarazada y así nuestro matrimonio es aceptable para la familia.

Draco la apretó contra su corazón.

—Tú sientes lo mismo que yo —le dijo—. ¿Esto es fingimiento o realidad? ¿Durará para siempre o desaparecerá?

—No lo sé.

—Tal vez algún día lo sepas.

—Pero no has contestado a mi pregunta: ¿tú crees en El Infierno?

—No solía creer —admitió él. Hasta que la conoció.

Pero no le dio oportunidad de hacer más preguntas porque cuando la canción terminó la llevó hacia la verja del jardín.

—¿No deberíamos despedirnos? —preguntó Shayla.

—Tarde o temprano se darán cuenta de que nos hemos ido. Y entonces sonreirán comprensivos y seguirán con la celebración.

Solo tardaron unos minutos en volver a casa y Draco la tomó en brazos para llevarla al dormitorio.

—Es nuestra noche de boda —le recordó para aplacar sus protestas—. Hemos acordado vivir por separado durante los primeros meses, pero esta noche dormiremos como marido y mujer.

—Es por las historias que han contado —dijo Shayla—. Esperas que terminemos como ellos.

—Nosotros encontraremos nuestra propia historia, juntos o por separado.

—¿A pesar de El Infierno?

Draco suspiró.

—Hay cosas más importantes que pensar en ese maldito Infierno —le dijo, mientras desabrochaba el vestido—. Tenemos un hijo que considerar. ¿Por qué no nos concentramos en eso y dejamos que El Infierno haga lo que tenga que hacer?

Cuando tiró del vestido hacia abajo, dejando al descubierto sus hombros y el nacimiento de sus pechos, el velo que aún llevaba puesto enmarcándolos, pensó que nunca había visto nada más bello. Sin decir una palabra, la empujó suavemente hacia la cama hasta que Shayla no tuvo más remedio que sentarse en ella y, metiendo las manos bajo la voluminosa falda del vestido, le quitó los zapatos y las medias. Tuvo que sonreír al ver que llevaba una liga con un lacito rojo y, cuando levantó una ceja, ella respondió con una pícara sonrisa.

Después de quitarle el vestido, dejándola desnuda salvo por la ropa interior de color marfil, esperó que Shayla pusiera pegas, que se apartase. Pero no lo hizo y, pensando que era un tácito permiso, le quitó el sujetador y las braguitas antes de echarse hacia atrás para mirarla.

—Eres maravillosa, *mia adorata*. Pero debo decir que el velo es el toque perfecto.

Por alguna razón, el uso del apelativo cariñoso en italiano la relajó. Incluso consiguió sonreír coquetamente.

—¿Quieres que lo lleve puesto en la cama?

Que aceptase que iban a dormir juntos hizo que a Draco se le cerrase la garganta.

—No, esta noche no —murmuró, quitándole el velo para dejarlo sobre un sillón. Luego le quitó los prendedores que llevaba en el pelo, dejando que los rizos cayeran por su espalda, y la tumbó

sobre las almohadas cubiertas con pétalos de gardenia.

Su mujer, la madre de su hijo. Draco se inclinó para besarla, tiernamente al principio, con más pasión después. Shayla le devolvió el beso, sus lenguas uniéndose en un baile que Draco esperaba no terminase nunca.

Incapaz de contenerse, acarició sus pechos, tocando el sensible pezón y tragándose un gemido de placer mientras inclinaba la cabeza para acariciar la punta con la lengua.

—Draco… no deberíamos.

Pero él no se detuvo, no podía hacerlo, y sus protestas se convirtieron en gemidos de placer. Cuando acarició su abdomen, recibió como respuesta una serie de pataditas…

—Está muy animado —murmuró, apartando la mano.

—Deberías ver lo que pasa cuando pongo una taza sobre mi abdomen —bromeó Shayla.

Draco cubrió a su hijo con la mano antes de besar de nuevo a su esposa y sintió como si sus tres corazones se unieran en ese momento. Shayla se movió un poco, respirando agitadamente, llenando el aire con sus gemidos. No era suficiente, pero Draco no se atrevía a nada más, aunque la ginecóloga les había dicho que no habría ningún problema. A pesar de eso, estaba decidido a hacer que la noche fuera lo más romántica posible y, con mucho cuidado, la acarició entre las piernas, abriendo sus pliegues con los dedos. La oía jadear mientras se arqueaba hacia él, urgiéndolo a que siguiera…

Pero terminó demasiado pronto, dejando escapar un grito de placer. Draco la abrazó, sintiendo la humedad de sus lágrimas mientras murmuraba palabras cariñosas.

—Todo va a salir bien, tranquila.

Cuando Shayla abrió los ojos, en ellos vio un brillo de satisfacción mezclado con las lágrimas.

—No sabía si quería hacer el amor, pero sí quiero. Ha pasado tanto tiempo desde…

Tenía razón. De hecho, él podría decirle el día y la hora, pero esa confesión le daba esperanzas.

—Ha pasado mucho tiempo, es verdad. Siento mucho no haberte encontrado antes, Shayla.

La vio cerrar los ojos, relajada, derritiéndose entre sus brazos, donde debía estar. Aunque aún no lo supiera.

—¿Draco?

—Estoy aquí, cariño.

—No me dejes.

—Nunca. Podrías desaparecer si lo hiciera y no creo que pudiera soportarlo —bromeó él, aunque había cierta verdad en sus palabras.

—Yo no quiero dejarte.

—Pero te da miedo quedarte. Te da miedo estar atrapada en la guarida del dragón y no poder escapar nunca.

Shayla no contestó.

Pero ahí estaba la respuesta, una innegable verdad que le rompía el corazón.

No sabía qué lo había despertado. Un minuto antes estaba profundamente dormido y al siguiente totalmente alerta. Draco alargó una mano para tocar a su mujer, aunque sabía que el esfuerzo sería inútil. Shayla no estaba en la cama.

—¿Shayla? —la llamó.

—Estoy aquí.

Draco vio su sombra entre la cama y el cuarto de baño y detectó una nota de miedo en su voz.

—¿Qué haces ahí?

—Creo que he roto aguas.

Él se levantó de un salto.

—Muy bien, tranquila, no pasa nada —le dijo, tomándola por los hombros—. Deberíamos ir al hospital ahora mismo.

—No, yo…

—¿Tienes dolores de parto?

Shayla tardó unos segundos en responder:

—Creo que sí, no lo sé.

Draco la tomó por la cintura.

—¿Necesitas ayuda para vestirte?

—¿Para qué voy a vestirme? Solo necesito un camisón.

—¿Vas a ir al hospital en camisón?

Ella sonrió, ridículamente tranquila en sus circunstancias.

—Tranquilo, el niño no va a nacer ahora mismo.

—Pero tenemos que irnos de inmediato.

—¿No recuerdas lo que dijo la doctora Henderly? No debemos ir al hospital hasta que esté de parto y las contracciones acaban de empezar. Así que voy a cambiarme y a meterme en la cama un par de horas más mientras cronometro las contracciones. Cuando esté segura de que hoy es el día, llamaremos a la ginecóloga.

Draco tuvo que contener el deseo de tomar a su mujer en brazos para llevarla al hospital. Él necesitaba hacer algo, no quedarse en la

cama.

Pero durante las siguientes dos horas eso fue lo que hizo. Y cuando creía que iba a volverse loco, Shayla aceptó que llamaran a la doctora Henderly para alertarla y luego se vistió como si fuera un día cualquiera.

Durante toda la mañana, Draco observó a su mujer como un halcón, pensando que iba a volverse loco. Y por fin, incapaz de aguantar más, salió al porche para llamar a Severo.

—Está de parto y no quiere ir al hospital.

—¿Habéis llamado al ginecólogo?

—¡Claro que lo hemos llamado! ¿Crees que soy tonto?

—Creo que deberíamos dejar ese tema para otro momento —bromeó su hermano—. ¿Estáis cronometrando las contracciones?

—Las tiene cada veinte minutos.

—Pues entonces está de parto, seguro. Nunca se sabe cuánto va a durar con el primer hijo, pero cuando tenga contracciones cada diez minutos métela en el coche diga ella lo que diga.

Por fin, un plan de acción.

—Muy bien, de acuerdo. Deberían escribir un manual para los maridos, esto es una tortura.

—Dímelo a mí. Francesca fue la primera y yo no tuve a nadie a quien llamar. ¿Quieres que alerte a las tropas?

Draco vaciló.

—¿Crees que debería?

—Por supuesto.

—Será mejor esperar hasta que estemos en el hospital. Te llamaré en cuanto llegue.

—De acuerdo.

Después de cortar la comunicación, Draco volvió al interior de la casa y encontró a su mujer doblada sobre la encimera de la cocina.

—¿Estás bien, cariño?

—No…

—¿Cuántas contracciones has tenido en la última hora?

—Cinco.

¡Maldita fuera! ¿Cinco? Eso era casi una cada diez minutos… hora de ir al hospital.

—Nos vamos. Mejor llegar temprano que tarde, Shayla. Con los turistas que hay en la ciudad ahora mismo, el tráfico es un desastre.

Afortunadamente, ella no discutió y las siguientes horas fueron un torbellino. Recordaba vagamente el viaje al hospital y a una enfermera haciendo preguntas ridículas. ¿No se daba cuenta de que

estaba de parto? ¿De verdad tenían que seguir allí, jugando a las preguntas?

Pero eso no fue lo peor, no. Lo peor fueron las interminables horas antes del parto, cuando Shayla apretaba su mano con tal fuerza durante cada contracción que pensó que iba a romperle algún hueso.

Cuando por fin la doctora Henderly decidió que Shayla podía empezar a empujar, Draco estuvo a punto de caer de rodillas para dar las gracias porque no podía soportar verla así. No podía creer que algo tan grande pudiera salir por algo tan pequeño, pero lo consiguió y su hijo llegó al mundo lanzando unos gritos ensordecedores.

—Es precioso —murmuró Shayla, contando sus deditos—. Es el niño más guapo del mundo.

Con cuidado, la enfermera pasó el bebé a los brazos de su padre, enseñándole a sujetar su cabecita cubierta de una mata de pelo oscuro.

Cuando miró a su hijo, Draco sintió una oleada de amor tan poderosa que no era capaz de contenerla y miró a Shayla para compartir el momento con ella.

Su mujer, su hijo.

Daba igual cómo, encontraría la manera de protegerlos a los dos para siempre, de amarlos y tenerlos a su lado.

Draco se unió a sus parientes en el pasillo del hospital.

—Es un niño —anunció—. Tenemos un hijo de casi cuatro kilos de peso.

—Y los pulmones de un tenor —dijo Rafe—. Un Pavarotti en miniatura. Lo hemos oído hasta aquí.

Sev le dio una palmadita en el hombro.

—Enhorabuena. Con una madre tan guapa como Shayla, tendrás que echar a las chicas de tu casa con una manguera.

—Sí, bueno, no lo sé —Draco se lo llevó aparte—. La verdad es que… Shayla dice que es guapísimo, pero es el niño más feo que he visto nunca. Es como si alguien hubiera hecho una carita preciosa en arcilla y luego la hubiera aplastado.

—Aplastado —repitió Sev.

—Exactamente. A lo mejor he sido yo cuando le daba los masajes… tal vez lo hacía demasiado fuerte.

Su hermano soltó una carcajada.

—Serás idiota.

—¿Por qué soy idiota?

—Todos los niños tienen ese aspecto cuando nacen. ¿Qué cara tendrías tú si acabaras de salir por un tubo como la pasta de dientes? Cuando Lorenzo nació parecía el hijo de Godzilla, pero después de unas semanas todo se colocó en su sitio. Afortunadamente para la raza humana, incluso cuando parecen los hijos de Satán todas las madres creen que son las criaturas más preciosas del mundo.

Draco suspiró, aliviado.

—Entonces no he…

—No has hecho nada, tonto. Si el niño sigue siendo feo dentro de unas semanas, podrás culparte a ti mismo porque entonces sabrás que se parece a ti —dijo Severo, intentando contener la risa—. Tú eres el más feo de los Dante.

Capítulo 8

Las siguientes semanas habrían sido absolutamente perfectas si Leticia Charleston no hubiera aparecido subida en su escoba acompañada de sus buitres… de sus abogados. Iba a firmar el documento de venta de las minas Charleston, un proceso que había durado nueve meses desde el contrato original de alquiler. Al menos, eso fue lo que dijo cuando apareció en su puerta.

—¿Me vas a negar la oportunidad de ver a mi único nieto ahora que las minas Charleston van a pasar a ser de vuestra propiedad?

—Estoy pensándomelo.

—¿Draco? —lo llamó Shayla desde el pasillo—. ¿Quién es…? ¡Abuela!

Dejando escapar un suspiro, Draco se apartó de la puerta para dejar entrar a Leticia.

—Pasa, por favor.

—Tan amable como siempre —murmuró ella, irónica.

Leticia se detuvo para mirar al bebé que Shayla tenía en brazos y la frialdad de su expresión se convirtió en un gesto casi humano. Pero, por supuesto, desapareció enseguida.

—Imagino por la ranita azul que el bebé es un niño.

—Sí, lo hemos llamado Stefano como papá y el abuelo materno de Draco.

—El nombre de tu padre era Stefan, no Stefano.

—Pero es el mismo nombre, abuela.

Leticia miró al niño de nuevo.

—Se parece más a ti que a él. ¿No será hijo de Derek Algier?

Draco empezó a verlo todo rojo, pero Shayla le hizo un gesto para que se tranquilizara.

—Aunque Draco sabía que él era el padre, decidí hacer una prueba de paternidad cuando nació el niño. Por lo visto, había rumores de que Derek y yo tuvimos una aventura en Europa y quería que todo el mundo supiera la verdad.

Leticia sonrió, irónica.

—Qué altruista por tu parte.

—No se rinde nunca, ¿verdad? —exclamó Draco entonces.

—Yo hubiera preferido que fuera hijo de Derek, sí. Los Dante me lo robaron todo: mi negocio, a mi hijo, a mi nieta. Ahora incluso habéis secuestrado el apellido Charleston mezclándolo con genes de los Dante.

—¡Abuela!

—¿Y hemos ensuciado sus genes? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —respondió Leticia—. No fue suficiente con que matarais a mi único hijo, ahora me habéis robado a mi nieta y a mi bisnieto.

—Nosotros no somos responsables de la muerte de su hijo —replicó Draco—. Los padres de Shayla murieron en un accidente de coche.

—Cuando acababan de descubrir que estábamos en la ruina por vuestra culpa.

—Para empezar, los Dante solo eran en parte responsables de esa situación. Charleston no podía competir con nuestros diamantes entonces y lo que llevó a la ruina a su empresa fue que las minas dejaran de producir.

Leticia hizo un gesto con la mano, como si eso no tuviera la menor importancia.

—¡La cuestión es que destruisteis a mi hijo!

—No, eso no es cierto. Los padres de Shayla murieron en un accidente cuando volvían de una celebración. Lo comprobé cuando supe que nos culpaba a nosotros. Estaba lloviendo esa noche y tomaron un taxi porque no querían conducir.

—No tenían nada que celebrar.

—Su hijo no estaba disgustado por sus problemas económicos, al contrario. Estaba celebrando su nuevo puesto de trabajo en nuestra oficina de Nueva York.

Shayla miró a su abuela, perpleja.

—¿Eso es verdad? Durante todos estos años me has contado que los Dante eran responsables por la muerte de mis padres…

—¡Y lo son! Todo lo que pasó fue culpa suya. Stefan nunca se hubiera pasado al enemigo…

—Pero lo hizo —insistió Draco—. Y eso es lo que usted no puede perdonar, que la traicionase.

Los ojos de Leticia se llenaron de lágrimas y, por primera vez desde que la conoció, pensó que parecía una mujer mayor.

—Stefan jamás habría aceptado el trabajo si Primo no lo hubiera tentado.

Draco no pudo evitar sentir compasión por ella. Además, podía permitirse ser generoso.

—Tras la muerte de su marido, usted esperaba que Stefan dirigiera la empresa, pero él no era la persona adecuada como no lo es Shayla. Stefan era un diseñador, un artista, y no tenía talento para llevar el negocio —Draco se atrevió a tomar su mano—. Pero usted sí. ¿Por qué no dirigió el negocio, Leticia? Usted tiene lo que hace falta para llevar una empresa.

Ella apartó la mano de un tirón.

—Eso hubiera sido inapropiado para una mujer de mi clase.

—¿Por qué? Esperaba que Shayla lo hiciera, ¿no?

—Los tiempos han cambiado mucho. Ahora las mujeres dirigen empresas… pero para entonces yo ya era demasiado mayor.

Antes de que Draco pudiera decir nada más, sonó un pitido en su móvil. Era un mensaje de Juice: Localizado el número 5. Ven enseguida.

—Lo siento, Shayla, tengo que irme a una reunión. ¿Te importa que me vaya?

—No, claro que no. Pasaré la mañana con mi abuela y el niño… tomaremos un té.

—No creo que el niño pueda tomar té —bromeó Draco.

Ella rio como esperaba que hiciera, pero Leticia puso los ojos en blanco. Con desgana, Draco se despidió de su mujer con un beso, pero sentía un cosquilleo en la espalda, sin duda donde Leticia Charleston querría clavarle un cuchillo. Y no podía dejar de preguntarse si estaba cometiendo un terrible error al marcharse.

—Solo te ha seducido para conseguir un mejor trato en la venta de las minas.

Era una acusación que Shayla había escuchado más de una vez, pero ya no le daba ninguna importancia. Su abuela no entendía su relación con Draco. Y en cuanto a quién había seducido a quién… solo había dos personas que pudieran saberlo con certeza: Draco y ella. Porque solo había dos personas en la cama donde Stefano había sido concebido.

Ella sabía que no tenía nada que ver con las minas o con los diamantes de fuego y sí con una pasión irresistible.

—Tal vez decida no firmar el contrato —amenazó su abuela, cruzándose de brazos—. ¿Qué dirías entonces?

—Piensa en el dinero que vas a conseguir si las vendes. Con ese dinero podrás restaurar la mansión y hacer todo lo que quieras.

—¿Para qué iba a restaurar la mansión?

—¿Cómo que para qué? —Shayla besó la cabecita de Stefano, respirando el delicioso aroma de su pelo—. No te entiendo, abuela. ¿No ha sido siempre tu sueño devolverle el esplendor a tu casa?

—Tu padre se ha ido, tú te has ido. Mi nieto vive a miles de kilómetros de distancia. ¿Para qué voy a restaurar una casa en la que ya no vive nadie y en la que no vivirá nadie cuando yo muera?

Shayla vio un brillo de tristeza en sus ojos azules. Leticia no

dejaba de jugar con el anillo que llevaba colgado al cuello. Por qué se negaba a llevarlo en el dedo era algo que no entendía, pero había muchas cosas de su abuela que nunca había entendido.

No era una mujer alegre, al contrario, pero tenía una fiera determinación y un propósito en la vida. Hasta aquel día. Aquel día parecía derrotada.

—Si vendes las minas, tu pelea con los Dante habrá terminado, ¿es eso? No tendrás más batallas que ganar, ni más dragones que matar.

—¿De qué estás hablando? Mi pelea con ellos no terminará nunca.

—¿Incluso después de lo que Draco ha dicho?

Su abuela se levantó, furiosa, para pasear por la cocina.

—Yo no creo una palabra de lo que ha dicho. ¿Cómo voy a creer lo que diga un hombre que se ha casado contigo por mis minas?

—No estás siendo lógica, abuela. ¿Por qué iba a pensar Draco que casándose conmigo conseguiría las minas? Él sabe que se trata de un negocio.

Antes de que Leticia pudiera responder, Stefano bostezó, mirándola con sus preciosos ojitos negros. Y luego sonrió, mostrando sus encías de bebé. Shayla se negaba a pensar que eran gases. Su hijo la miraba, respondía a sus gestos, a sus sonrisas. Claro que enseguida escupió un poco de la leche que había tomado antes y luego lanzó un grito que podría romper el cristal.

—Por Dios bendito —protestó Leticia—. Ese niño tiene los pulmones de un adulto.

—Ha sido así desde el principio —dijo Shayla, comprobando si tenía que cambiarle el pañal—. Bueno, creo que he descubierto el problema. Vuelvo enseguida, abuela. Luego seguiremos hablando de los Dante y sus minas.

Pero cuando volvió a la cocina, su abuela se había ido dejando una nota sobre la mesa: Tengo que irme. Hora de reunirme con esos buitres.

Shayla sacudió la cabeza. Ella sabía la cantidad que los Dante iban a pagar por las minas y era una cantidad que marearía a cualquiera. No eran buitres que quisieran aprovecharse, iban a pagar un precio justo por ellas. Incluso había llegado a pensar que después de su matrimonio con Draco habían añadido algún cero a la cifra total, aunque Primo jamás admitiría tal cosa.

Acababa de dar de comer a Stefano, preocupada porque seguía quejándose, cuando Draco volvió de su reunión. Shayla dejó al niño en el moisés y miró su carita, una miniatura de la cara de su padre

a pesar de lo que había dicho su abuela.

Pero cuando levantó la cabeza para mirar a Draco vio que parecía inquieto.

—¿Qué ocurre?

—Esta vez estamos cerca, muy cerca.

—¿Cerca de qué? —le preguntó ella.

—Estamos a punto de descubrir a la persona que robó los diamantes de fuego. Juice cree que esta vez encontrará la fuente.

—¿Te han robado unos diamantes? —exclamó Shayla—. ¿Cuándo?

—Seis de ellos, hace diez años. Y no fueron exactamente robados. Digamos que me los estafaron —Draco metió una mano en el bolsillo para sacar un papel doblado que contenía un diamante azul—. Éste era uno de ellos.

—Es un diamante de fuego —murmuró Shayla después de examinarlo—. Y perfecto, además.

—Uno de los mejores, comparable a los que tú llevaste a la reunión.

—¿Cómo te los estafaron?

—Yo tenía veinte años, pero incluso entonces tenía buen ojo para las gemas. Podía distinguir una verdadera de una falsa sin usar una lupa siquiera —Draco se pasó una mano por el pelo—. Entonces era muy joven y engreído, creía saberlo todo.

—Bueno, eso es normal a los veinte años.

—Saqué los diamantes de la caja fuerte para analizarlos, para ver si me acercaba al análisis de un experto…

—¿Sin permiso de tu abuelo?

—Sin su permiso —admitió Draco—. Pero uno de los gemólogos de la empresa me pilló y me exigió que los devolviera. Luego los examinó para comprobar que no los había dañado o cambiado por otros… mi error fue no estar con él mientras lo hacía. Devolvió los seis diamantes y varios meses después se descubrió que los había cambiado por piedras de menor calidad.

—¿Y qué fue de él?

—Desapareció —respondió Draco—. Y no sé si todo el mundo me creyó cuando les conté lo que había pasado.

—Oh, no…

—Siempre he sido el más rebelde de la familia, el que daba más problemas, y mi familia decidió mirar para otro lado. Pero, por supuesto, no ayudó nada que no tuviera derecho a sacar los diamantes de la caja sin pedir permiso.

—¿Cómo lo hiciste?

Draco se encogió de hombros.
—Conocía la contraseña de la caja.
Shayla hizo una mueca.
—Imagino que eso tampoco te ayudó nada.
—No, en absoluto.
—¿Y has estado buscándolos desde entonces?
Draco no tenía que contestar, podía ver la respuesta en su cara.
—Solo falta uno y, si lo encontramos, encontraremos al gemólogo.
—¿Y entonces podrás demostrar que fue él quien se los llevó?
—Lo hará Juice —la expresión de Draco se endureció, convirtiéndose en el feroz dragón que había imaginado siempre—. Y seguramente sería mejor para todos que me alejase de ese hombre hasta que haya demostrado la verdad.
Shayla estudió el diamante de nuevo.
—Es una piedra maravillosa… no tiene ningún defecto, ¿verdad?
—Ninguno.
—¿Y todos eran así?
Draco asintió con la cabeza.
—Todos diamantes de fuego, con el corte y la pureza ideal.
Shayla había recibido entrenamiento suficiente como para imaginar cuánto podían valer aquellas piedras.
—Dios mío… esto vale una fortuna.
—Uno de ellos aparece en el mercado cada dos o tres años y para entonces ha cambiado tanto de manos que es imposible encontrar al primer vendedor. Este último fue vendido hace seis meses. ¿Quieres mirarlo con la lupa?
—Sí, por favor.
Draco sacó la lupa del bolsillo y Shayla examinó el diamante. Había algo en él que la inquietaba, pero no sabría decir qué exactamente…
En ese momento, Stefano empezó a protestar de nuevo y Shayla dejó el diamante para encargarse de su hijo.
—Lleva así todo el día, no sé qué le pasa.
—¿Tiene hambre?
—No, acaba de comer —Shayla pasó una mano por su cabecita —. ¡Ay, Dios mío, está ardiendo!
Draco puso la mano sobre la frente del niño y de inmediato tomó el teléfono.
—Llama a la doctora Henderly y dile que vamos al hospital ahora mismo. Yo voy a colocar al niño en el asiento de seguridad,

te espero en la puerta.

Las siguientes horas fueron una pesadilla pero, por fin, examinaron al niño y le pusieron una vía en el bracito, algo a lo que Stefano objetó a pleno plumón.

Más que nada, Shayla quería estar a su lado, pero la doctora Henderly les pidió que esperasen fuera. Tener que alejarse de su hijo en esas circunstancias fue lo más difícil que había hecho en toda su vida y de no haber sido por su marido se habría vuelto loca.

Poco después los Dante empezaron a llegar y, por fin, la doctora Henderly salió a hablar con ellos.

—Es una infección de garganta. Es raro en bebés de tan pocas semanas, pero hemos tenido varios casos últimamente.

—¿Es grave? —preguntó Shayla, alarmada.

—Afortunadamente, lo habéis descubierto enseguida así que no hay que alarmarse. Vamos a dejarlo esta noche en observación y le daremos fluidos y antibióticos —la doctora apretó su mano, mirando de uno a otro—. Se va a poner bien, no os preocupéis.

Las lágrimas que Shayla había contenido hasta entonces empezaron a rodar por su rostro y Draco apretó su cintura.

—No pasa nada, Stefano está bien.

—¿Cuándo podremos verlo?

—Dentro de unos minutos. Tendrá que quedarse aquí y no en el nido para que no contagie a otros bebés, pero no pasa nada.

En cuanto la doctora Henderly salió de la sala de espera, todos los Dante empezaron a hablar a la vez mientras Draco seguía intentando tranquilizarla. No habría podido soportar las últimas horas de no ser por él, que había sido un pilar de fuerza, igual que su familia, pensó. Ella nunca había tenido nada así aparte de su abuela.

Entonces se dio cuenta de algo: quería tener a Draco a su lado. Lo necesitaba. Intentaba imaginar qué habría pasado de haber estado sola en Atlanta sin él… no, no quería pensarlo siquiera.

Suspirando, le pasó un brazo por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Por su hijo habría hecho lo que hiciera falta, pero lo habría hecho sola.

Stefano permaneció aislado durante dos interminables días antes de que el médico le diese el alta y aunque Shayla intentaba controlar su angustia, corría a su habitación cada vez que lo oía respirar por el monitor.

Una semana después de la crisis, Draco sujetó su mano cuando

iba a entrar en la habitación por enésima vez.

—Ya está bien —le dijo.

—Pero es que me ha parecido oírlo…

—Shayla, el niño está perfectamente. Está durmiendo.

—Tengo que ir a verlo.

—Mírame, cariño —Draco esperó hasta que ella lo miró a los ojos—. ¿Yo haría algo para perjudicar a nuestro hijo? ¿O a ti?

—No, nunca.

—Entonces tienes que escucharme. Has estado muy nerviosa toda la semana y no quiero que sigas preocupándote. Yo crecí con cuatro primos, dos hermanos y una hermana que era tan chicazo como nosotros. A veces ocurren accidentes, lo sé porque me he roto varios huesos.

—Ah, la cicatriz que tienes en la pierna…

—Me caí de un árbol. Les di un susto tremendo a mis padres y lo pasaron fatal, pero la fractura curó con el tiempo. No puedes proteger a Stefano de todo y preocuparte continuamente no servirá de nada.

—Lo sé, pero es que es tan pequeño y tan frágil.

—Siempre te parecerá pequeño y frágil. Cuando tenga un año y quiera caminar sin tu ayuda, cuando tenga tres y quiera tirarse del tobogán, cuando tenga cinco y vaya al colegio. Cuando se vaya de campamento, cuando vaya a la universidad —Draco la tomó por los hombros—. Querrás protegerlo a todas horas, pero tendrás que dejarlo ir en algún momento. Haz por tu hijo lo que tu abuela se negó a hacer por ti.

Shayla asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

—El pasado ha quedado atrás, cariño. Concéntrate en el presente. Stefano está bien, durmiendo tranquilamente, soñando… lo que sueñen los bebés. El médico ha dicho que la infección ha desaparecido, así que puedes calmarte y buscar un rato para ti misma.

Un rato para sí misma. Sonaba de maravilla.

Shayla dejó escapar un suspiro.

—¿Qué sugieres que haga en ese tiempo?

Draco la miró a los ojos con innegable pasión.

—Sé una esposa en lugar de una madre.

Capítulo 9

Shayla sabía lo que Draco quería y, si era sincera consigo misma, ella quería lo mismo. Incapaz de resistirse, se rindió totalmente a su deseo y al notar que un gemido ronco escapaba de su garganta supo que cuando hicieran el amor sería diferente.

Y no estaba equivocada.

Una vez en el dormitorio, Draco le quitó la blusa prácticamente de un tirón. La sorpresa la dejó inmóvil mientras un calor líquido explotaba en su abdomen.

—Te deseo, ahora —murmuró él, desnudándola a toda prisa—. Durante toda la noche.

Cuando la tiró sobre la cama Shayla rebotó, desnuda y más excitada que nunca mientras él se desnudaba con manos torpes.

Shayla no podía pensar, no quería pensar, solo sentir, dejarse llevar, ir por el camino que Draco quisiera llevarla.

Estaba sobre ella antes de que pudiera respirar, robándole un beso lleno de pasión contenida durante demasiado tiempo. La devoró, pero ella quería ser devorada. Quería que la acariciase y quemarse en El Infierno hasta que no quedase nada de ellos.

—Ahora —le exigió, prácticamente llorando de desesperación—. Te he esperado tanto tiempo, casi un año.

—Cuarenta y siete semanas y dos días —dijo Draco, mirándola con los ojos encendidos.

Shayla abrió las piernas mientras él levantaba sus caderas para unir sus cuerpos con una rápida embestida. Ella se cerró a su alrededor, envolviéndolo con sus piernas y sus brazos, encontrando el ritmo, temblando. Tan turbulenta pasión la envió a un sitio donde las estrellas explotaban bajo sus párpados y se arqueó hacia él mientras la llevaba al clímax, sabiendo que nunca llegaría a ese sitio más que con aquel hombre.

Dejó escapar un grito de placer, agarrándose a aquel momento mágico con fuerzas mientras Draco la seguía, dejando escapar un gemido ronco.

Tardaron varios minutos en poder respirar con normalidad y más en poder hablar.

—Eso es lo que yo llamo un buen momento —dijo por fin, casi sin voz—. Por favor, dime que vamos a hacerlo más veces.

Draco soltó una carcajada.

—Desde luego que sí. Tengo muchos momentos como ése guardados.

—¿Cuándo?

—Deja que recupere el aliento…

Shayla se coloco sobre él, capturando su última palabra con un beso exigente. No podía evitarlo. Aquel deseo tan poderoso seguía siendo tan increíble para ella que no se cansaría nunca. Pero aquella noche se esforzaría más, decidió, bajando la mano para acariciarlo, explorándolo libremente, encantada con su respuesta.

—Veo que ya estás casi dispuesto. Te noto animado.

—No es que esté animado, cariño, es que estoy a punto de explotar y pienso hacer que tú explotes conmigo.

Y así fue.

Draco despertó en medio de la noche, con Shayla entre sus brazos.

«Buen discurso, Dante».

Sin duda era lo que su esposa necesitaba escuchar para dejar de preocuparse a todas horas por Stefano, pero había llegado el momento de seguir su propio consejo. Había retenido a Shayla en su casa durante semanas, encontrando cualquier excusa para mantenerla allí.

¿Cómo iba a exigir que dejara volar a su hijo cuando él sujetaba las alas de Shayla?

La notó moverse entonces y tuvo que apretar los dientes. La idea de perderla era insoportable.

La deseaba, la necesitaba, la adoraba, movería cielo y tierra para verla feliz.

Draco cerró los ojos, sintiendo el empujón de El Infierno. Y la última barrera cayó por fin.

La amaba como no había imaginado que pudiese amar a nadie.

Y porque la amaba, la dejaría ir como había prometido.

Shayla despertó al amanecer cuando Stefano empezó a llorar pidiendo su desayuno. Había aguantando una hora más de lo habitual y, con cuidado para no despertar a Draco, saltó de la cama y entró en la habitación del niño para sacarlo de la cuna y sentarse con él en la mecedora, meciéndose mientras le daba de mamar. Como siempre que entraba en esa habitación, no podía dejar de sonreír. Cada vez veía algo nuevo, algo que le había pasado desapercibido o un pequeño detalle que Draco había comprado sin que ella lo supiera.

Le encantaban esos momentos con su hijo, unos momentos tan

dulces y que terminarían antes de que se diera cuenta. Estando allí le daba tiempo a pensar, a detener el ritmo de la vida, a disfrutar del momento.

Y mientras lo hacía pensó en lo que Draco le había dicho la noche anterior, en la importancia de no atar a Stefano demasiado corto.

Hasta la noche anterior había pensado que, si Draco la dejaba ir, sería libre. La noche que se conocieron pensaba que, si cumplía la promesa que le había hecho a su abuela, podría aceptar el trabajo con Derek y vivir libremente su vida. Y sin embargo… durante esos meses en Europa no dejaba de pensar en Draco. Y en cuanto algo había ido mal, ¿dónde había acudido? A sus raíces, a su abuela.

—De vuelta en casa —murmuró.

Nunca se vería libre de esas ataduras, pensó. Qué tonta había sido al pensar que así sería. Había muchas cosas de su abuela que la molestaban, pero era la persona a la que recurría en un momento de crisis. Y entonces se dio cuenta de algo más: habría sido Draco si su abuela no le hubiera dicho que estaba casado. Porque estaba atada a Draco Dante no solo a través de su hijo, sino a través del amor que sentía por él.

Shayla cerró los ojos. No quería ser libre si eso significaba vivir sin él. Encontraría cierto consuelo en Stefano, pero no sería feliz porque la verdad era que amaba a Draco, lo amaba más de lo que hubiera imaginado posible.

Entonces abrió los ojos para mirar la habitación del niño que habían creado juntos, pensando en todo lo que había ocurrido durante los últimos dos meses… y se le ocurrió una idea. Una idea que podría expresar los deseos de su corazón y demostrarle a Draco que solo conocía la libertad cuando estaba entre sus brazos.

—Me has oído bien, Sev, quiero una suite para Shayla y el niño.

—Ya te he oído y no me gusta lo que oigo. ¿Cuánto tiempo estarán en la suite?

—No lo sé, el tiempo que haga falta.

—Hayas hecho lo que hayas hecho, discúlpate. No merece la pena irse de casa…

—Yo no he hecho nada —lo interrumpió Draco—. Además, Shayla y yo no tenemos problemas maritales.

—Pues yo creo que sí. Una esposa no se marcha de casa sin una buena razón. Especialmente unas semanas después de dar a luz. De modo que tú debes de ser la razón.

Él apretó los dientes.

—Le hice una promesa cuando nos casamos y pienso cumplirla por mucho que me cueste.

Por mucho que le doliera, por mucho que le partiera el corazón. Draco cerró los ojos.

—¿Pueden usar la suite mientras yo busco una casa para ellos o no?

Sev dejó escapar un largo suspiro.

—Sí, claro. Y si hay algo que yo pueda hacer, dímelo, ¿de acuerdo?

—Gracias —murmuró Draco.

* * *

Shayla se colocó el teléfono entre la oreja y el hombro mientras le cambiaba el pañal a Stefano.

—En realidad he llamado para pediros un favor.

—Lo que quieras —se ofreció Ariana.

Shayla intentó contener la risa cuando su hijo se quitó el pañal a patadas.

—El mural de la habitación de Stefano lo pintaste tú, ¿verdad? Enseguida reconocí el estilo de los libros de cuentos que escribes. Es absolutamente asombroso y no sé cómo darte las gracias.

—De nada, Shayla. Pero la verdad es que cuando me metí en la piel de mi abuela, la señora Pennywinkle, mi editora no sabía si a las lectoras les gustaría ese estilo.

—A mí me encanta. Y por eso me gustaría saber si podría contratarte para añadir algo al mural… como regalo de boda para Draco.

—¿Añadir algo?

—Me gustaría que pintaras una escena en la pared que hay detrás de la cuna, algo que se me ha ocurrido… como Stefano nació poco después de la ceremonia no he tenido oportunidad de regalarle nada.

—Eso está hecho. Dime lo que quieres —cuando Shayla terminó de describir su idea, Ariana suspiró—. Lo siento mucho, pero yo no soy la persona adecuada para ese trabajo.

Shayla vaciló, intentando disimular su desilusión.

—¿Estás segura?

—Del todo. Pero conozco a alguien que sería perfecto. ¿Has oído hablar de Jacqueline Randell Blackstone?

—El nombre me resulta familiar…

—Tal vez la reconozcas por otro nombre, Jack Rabbit.

—¿Jack Rabbit? —Shayla adoraba sus libros y el escritorio que había pintado para su marido, Mathias, con las criaturas del bosque de sus cuentos era famosísimo—. ¿La conoces?

—Claro que la conozco. Mathias y ella van a venir a casa a pasar el fin de semana. Somos muy amigos y seguro que le encantaría pintar ese mural.

Shayla apretó a Stefano contra su corazón.

—Para mí sería muy importante, Ariana. No sabes cómo te lo agradezco.

—Bueno, al fin y al cabo somos familia, ¿no?

—Por supuesto. Claro que sí.

Y eso lo decía todo.

Shayla miró a su marido con una sonrisa en los labios.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—Al edificio de la empresa —respondió Draco, apretando el volante con el ceño fruncido.

Shayla no podía imaginar cuál era el problema, pero sabía que había alguno.

—Muy bien —murmuró.

¿No había decidido no preocuparse por el mañana y concentrarse en cada momento? Desgraciadamente, pensó mirando el perfil serio de su marido, el momento no parecía muy alegre.

Draco aparcó en el garaje del edificio y después de sacar al niño del asiento de seguridad se dirigieron al ascensor. Escuchar los pasos de Shayla sobre el suelo de cemento le recordó aquella mañana, diez meses antes, cuando atravesaron ese mismo garaje. Y también le recordaba la noche que habían pasado juntos, el resultado de la cual iba en la sillita de seguridad. Por alguna razón, ese recuerdo le pareció turbador.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó ella.

—Quiero enseñarte algo.

Shayla se dio cuenta de que no iba a decir nada hasta que estuviera listo para hacerlo y decidió no insistir. Como la noche de la exposición, Draco introdujo la tarjeta magnética en la puerta de una de las suites, la que habían compartido esa noche. Pero esta vez no la llevaba a ella en brazos, sino a su hijo. Qué extraño le parecía pensar en los planes de futuro que había tenido esa noche, un futuro tan diferente al que el destino tenía preparado para ella.

—Muy bien, Draco. Ya está bien de sorpresas. ¿Vas a decirme qué hacemos aquí?

Draco dejó la sillita del niño al lado del sofá y se volvió para mirarla.

—Hicimos un pacto antes de casarnos. ¿Lo recuerdas?

—¿De qué estás hablando?

—Dijiste que querías tu independencia y te la estoy dando. Puedes alojarte aquí mientras encontramos una casa o un ático… cualquier agente inmobiliario estará encantado de trabajar para mí —Draco se pasó una mano por el pelo, la única señal de que no estaba tan tranquilo como quería aparentar—. Para nosotros —se corrigió a sí mismo.

Shayla tardó un momento en entender lo que estaba diciendo.

—¿Quieres que me mude aquí? ¿Quieres que me vaya de tu casa?

—¡No! Sí… —Draco murmuró una palabrota en italiano—. Querías tener tu propia casa antes de casarte conmigo y sencillamente te estoy dando lo que me pediste.

—¿Y qué quieres tú, Draco?

—Eso no importa. Estarás en la ciudad, cerca de mí, y podré ver a nuestro hijo todos los días.

Shayla vio un brillo de dolor en sus ojos y se sintió aliviada. Estaba cumpliendo la promesa que le había hecho no porque quisiera hacerlo, sino porque era una cuestión de honor, algo que se tomaba tan en serio como los votos matrimoniales.

—¿Y si te dijera que no quiero irme de casa? ¿Qué quiero quedarme contigo?

Antes de que pudiera responder sonó su móvil y Draco lo miró, impaciente.

—Maldita sea, Sev, estoy en medio de una conversación importante… ¿qué? ¿Estás seguro? ¿No hay ningún error? No, claro, te llamo enseguida.

Cuando volvió a mirarla, Shayla se asustó. Solo había visto esa expresión cuando le contó lo del gemólogo que le había estafado los diamantes. Una expresión fiera, llena de furia. Pero nunca dirigida hacia ella. Hasta ese momento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Era Sev. Parece que los informes iníciales sobre las minas Charleston no eran correctos.

Shayla lo miró, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Tus minas, Shayla. O, más bien, las minas Dante ahora que el

contrato ha sido firmado. Están agotadas.

—No entiendo nada…

—Yo creo que sí. Y lo que quiero saber es si tú conocías el engaño.

Ella palideció.

—¿Por qué crees que hay un engaño?

—Porque no hay diamantes. Solo los que llevaste a la reunión y algunos más para convencernos de que las minas no estaban agotadas. Los informes que dicen lo contrario son una falsificación. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad?

—No, yo no sabía nada. ¿Cómo puedes pensar tal cosa?

—Quiero saber si estabas metida en esto desde el principio.

Los ojos de Shayla se llenaron de lágrimas.

—Yo no sé de qué estás hablando.

—¿Ah, no? Y, sin embargo, terminaste en mi cama. Hiciste el papel de maravilla. Tu sorpresa al descubrir que yo era un Dante, dejar caer la información de que ibas a reunirte con mi familia y luego salir corriendo. Los diamantes que llevabas en el bolso… un bolso con el cierre roto, qué causalidad. La lista de nombres, todo para avivar mi apetito, sin duda.

—Párate un momento a pensar, Draco —dijo Shayla entonces, furiosa—. Yo solo estuve allí para las negociaciones iníciales y no sabía nada de ti. Tu nombre no estaba en mi lista.

—Estoy seguro de que conocías mi identidad —replicó él—. Sí, supongo que el embarazo también fue una sorpresa para ti, pero decidiste usarlo…

—Yo no te busqué a ti, fuiste tú quien me buscó a mí —le recordó ella.

—Y no te encontré hasta que estabas a punto de dar a luz. Muy conveniente, ¿no?

—¿Conveniente para qué?

—Cuando descubrí tu paradero no tuve tiempo de reflexionar o de considerar la situación y tú sabías que me casaría contigo para darle mi apellido al niño. Después de todo, una vez que hubiéramos comprado las minas y descubierto que todo era una estafa, tú y yo ya estaríamos casados.

—¿Quién insistió en casarse, Draco? ¿Fui yo?

—Tú sabías perfectamente que mi familia no aceptaría que tuvieras un hijo mío sin que estuviéramos casados. Y también que no denunciarían a la madre de mi hijo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Voy a decir esto una sola vez: yo no sabía nada de las minas y

no estoy interesada en saberlo. Yo no estafo a nadie, como tú deberías saber… o lo sabrías si te hubieras parado un segundo a pensar en lugar de actuar como un idiota. Si hay algún problema, busca la causa en otro sitio.

—Aunque tu abuela sea la responsable, ¿cómo no voy a sospechar de ti?

—¿Qué tal si te preguntas por qué os habéis dejado engañar? ¿Cómo es posible que no sospecharais que mi abuela se guardaba algo en la manga? Sois vosotros los que estáis haciendo negocios con ella, no yo.

—¡Es tu abuela!

Shayla se volvió hacia la puerta.

—Mira, estoy harta de esta absurda discusión. Puedes irte.

—¿Irme?

—Eso es. Me has ofrecido la suite y yo la acepto, encantada. Ahora, márchate.

—Esta discusión no ha terminado —dijo Draco. Shayla abrió la puerta.

—Puedes volver mañana, cuando hayas tenido tiempo de calmarte y pensar un poco. Hasta entonces, no tengo nada más que decir.

—Muy bien —asintió él—. Pero cuando vuelva espero respuestas.

Draco cerró de un portazo y se quedó en el pasillo durante unos minutos, intentando calmarse. Y preguntándose por qué estaba al otro lado de la puerta, sintiéndose como si fuera él quien había hecho algo malo.

Le gustaría volver a entrar en la suite. Después de todo, era la suite en la que estaba su familia. Pero hasta que conociera toda la historia, ¿de qué serviría eso?

Mascullando una palabrota se dirigió a los ascensores, diciéndose a sí mismo que estaba haciendo lo que debía. Los dos necesitaban tiempo para calmarse y quería conocer los detalles antes de volver a hablar con Shayla.

Pero, por supuesto, cuando volvió por la tarde descubrió que la historia se había repetido: Shayla había desaparecido.

Y su hijo también.

Leticia Charleston saludó a su nieta con una sonrisa de satisfacción.

—Ya era hora de que volvieras a tu casa. Alégrame el día, dime

que has dejado a ese despreciable Dante.

Shayla dejó en el suelo la sillita de Stefano, intentando disimular un suspiro. Como tenía la barriguita llena y el pañal limpio, su hijo se había quedado dormido. Perfecto ya que la conversación que iba a mantener con su abuela duraría un rato. Largo.

—En realidad he venido a pedirte explicaciones, abuela.

—No sé si me gusta cómo suena eso.

—Creo que no te va a gustar nada de lo que tengo que decir. Le he pedido a Bess que trajera té y galletas porque pienso estar aquí varias horas.

Leticia la miró, perpleja.

—¿Desde cuándo eres tan soberbia que le das órdenes a mi ama de llaves?

—Tienes razón —Shayla sonrió, irónica—. Pero a partir de ahora voy a ser incluso más soberbia.

Leticia cruzó los brazos sobre el pecho y fulminó a su nieta con la mirada. Una vez, eso la habría asustado, pero ya no. Después de lidiar con los Dante, era capaz de lidiar con cualquiera.

Bess apareció entonces con una bandeja que dejó frente a Shayla antes de desaparecer discretamente.

—¿Té, abuela?

Leticia la miró, boquiabierta. Tenía el descaro de ofrecerle té como si ella fuera la invitada.

—Yo lo tomo con limón —dijo por fin—. Y con un azucarillo en lugar de dos. Estoy intentando tomar menos azúcar.

—Lo entiendo —Shayla sirvió el té intentando disimular una sonrisa—. Por si acaso te volvieras demasiado dulce.

Su abuela se quedó callada durante un largo minuto y luego hizo algo que no había hecho nunca delante de Shayla: soltar una carcajada. Cuando por fin recuperó la compostura, tomó una servilleta y se secó los ojos con ella.

—Ay, hija, qué bien me viene tenerte cerca. Te he echado de menos.

—Yo también —admitió Shayla. Y curiosamente, era cierto. Pero tenía que hacerle una pregunta importante y, considerando que se trataba de su abuela, decidió lanzarse de cabeza—. ¿Por qué lo hiciste?

Afortunadamente, Leticia no se molestó en fingir que no sabía de qué hablaba.

—Cariño, tú sabes por qué.

Shayla se echó hacia atrás en la silla y tomó un sorbo de té.

—No, la verdad es que no lo sé. Entiendo que estuvieras furiosa con los Dante por contribuir al hundimiento de tu empresa. Incluso entiendo que los culparas por la muerte de mis padres, pero eso fue hace más de diez años. ¿Por qué estafarlos ahora? Supongo que habrás podido ver las cosas con cierta perspectiva después de tantos años.

Leticia empezó a jugar con el anillo que llevaba colgado al cuello, el movimiento haciendo que el diamante reflejase la luz que entraba por la ventana.

—Es una historia muy larga.

—No pienso irme a ningún sitio por el momento.

—No, supongo que no —Leticia suspiró, resignada, antes de contarle toda la historia. Y cuando terminó, miró a Shayla con afectuoso alivio—. Solo hay otra cosa más que me gustaría decir, aunque no tiene nada que ver con todo esto. Es sobre tu padre.

—¿Mi padre?

—Creo que nunca te he contado esto sobre Stefan, pero era el hombre más amable que he conocido nunca. Generoso, encantador, divertido —Leticia suspiró—. Demasiado encantador como para llevar la empresa Charleston. Yo lo adoraba, pero no heredó mi carácter. Tú, por otro lado… siempre pensé que eras como él, pero no es así. Tienes la naturaleza amable de tu padre pero un carácter de acero. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Sí —respondió Shayla—. Pero hazme un favor, no se lo cuentes a Draco. No creo que se lo tomase bien.

Su abuela sonrió, una sonrisa alegre que Shayla no había visto antes.

—Será nuestro secreto —le dijo, dejando la delicada taza de porcelana sobre el plato—. Vas a volver con él, ¿verdad? ¿El pequeño Stefan y tú volvéis a San Francisco?

—Stefano.

Leticia puso los ojos en blanco.

—Para mí siempre será Stefan.

—Sí, vamos a volver. Aunque dónde vivamos dependerá de varios factores.

Como la información que acababa de darle era uno de esos factores, su abuela asintió con la cabeza.

—¿Qué crees que me harán los Dante?

—No lo sé. Lo descubriré cuando volvamos a San Francisco.

—¿Volvamos, en plural? Yo no pienso ir a San Francisco.

Shayla miró a su abuela con expresión seria.

—Ahora es cuando voy a mostrar el carácter que he heredado

de ti. Vas a volver conmigo, abuela, y vas a tener que dar muchas explicaciones.

—Pero no quiero hacerlo.

Una réplica petulante, típica de Leticia Charleston, pensó Shayla mientras se levantaba para abrazarla. Para su sorpresa, su abuela le devolvió el abrazo con todas sus fuerzas, como si fuera una niña asustada.

—Irás conmigo a San Francisco y te quedarás allí —le dijo—. Necesito tener cerca a mi familia.

—No, imposible. Mi hogar…

—Está conmigo y con Stefano —la interrumpió Shayla—. Además, piensa en cómo molestará eso a Draco.

Leticia vaciló durante un segundo pero después esbozó una sonrisa.

—Creo que acabas de convencerme.

Capítulo 10

—¿Qué haces aquí, Sev? —exclamó Draco, restregándose los ojos.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. He ido a tu casa y no estabas allí y tu hijo tampoco. ¿Stefano está con esa mujer?

—No me gusta nada lo de «esa mujer».

—Me da igual. A mí lo que no me gusta es que nos haya estafado millones de dólares.

Sin pensarlo siquiera, Draco levantó el puño para lanzarlo contra la cara de su primo, que cayó al suelo. Y luego soltó una palabrota, más enfadado consigo mismo que con Sev.

—Ella no nos ha estafado.

Su primo movió la mandíbula para comprobar si la tenía rota. Una vez satisfecho, se levantó.

—Pues alguien nos ha estafado, eso está claro. ¿Vas a pegarme otra vez o podemos hablar?

—¿Vas a decir algo por lo que quiera pegarte?

—¿Dónde está Shayla?

—En Atlanta.

Eso era todo lo que sabía. Mientras él estaba llamando a la puerta de la suite por la tarde, Shayla había llamado a la casa para dejar un mensaje en el contestador:

—Estoy en Atlanta —decía con voz helada—. Pero te llamaré pronto.

Eso era todo. «Te llamaré pronto». ¿Qué demonios significaba eso? ¿Al día siguiente, en una semana? ¿En un mes? ¿Cuándo estuviera embarazada de su segundo hijo?

Draco volvió a su casa en Sausalito, pero una hora después se dio cuenta de que no podía vivir allí solo, con el fantasma de Shayla y de su hijo llenando cada habitación.

De modo que guardó algo de ropa en una bolsa de viaje y volvió a la suite. Aunque no era mucho mejor. Ni siquiera media botella de *whisky* había ayudado a calmar su pena.

Draco miró su reloj y comprobó que eran las diez. Daba igual. Considerando que apenas había podido pegar ojo, seguía siendo de madrugada para él.

—Atlanta —repitió Sev—. ¿Tu mujer se marcha a Atlanta con tu hijo al saber que hemos descubierto el engaño de las minas y a ti no te parece extraño?

—Ahora mismo, la nave Enterprise podría aterrizar en el centro de la ciudad y a mí me parecería normal.

—¡Estás borracho!

—No, ya no. Aunque me gustaría estarlo. Ahora mismo estoy entre inconsciente y resacoso. Tal vez con un par de copas más podría equilibrarme un poco…

—Tienes que estar sobrio para lidiar con esto.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas conseguir que esté sobrio?

Draco apenas había terminado la frase cuando Sev lo tomó por la pechera de la camisa para llevarlo al cuarto de baño. Tal vez, si no hubiera usado las pocas fuerzas que le quedaban para darle el puñetazo, podría haberlo impedido, pero solo cuando estuvo en el suelo de la ducha, empapado, empezó a despertar del todo.

Cuando por fin estuvo seco, vestido y con una taza de café en la mano, Draco dejó escapar un suspiro.

—Menudo dragón estás hecho —se burló Sev—. Siempre habías sido el más feroz, el más duro de todos. No había reto que se te resistiera, no tenías miedo de nada. Y ahora mírate.

—¿Quién dice que tengo miedo?

—¿Entonces por qué no luchas por lo que es tuyo? ¿Por qué no has ido a Atlanta a recuperar a tu mujer y a tu hijo? ¿O es que te has rendido?

—¡Nunca!

—Entonces, maldita sea, ve a buscarlos.

—¿Para qué me explique los de las minas o porque es mi mujer?

Sev se encogió de hombros.

—¿Eso importa? De una forma o de otra, esto tiene que solucionarse.

Por mucho que le doliera reconocerlo, Sev tenía razón. Después de otra taza de café y varias aspirinas, Draco se dirigió a su casa. Una vez allí, pidió que preparasen uno de los jets de la empresa, sin molestarse en hacer la maleta. No pensaba estar allí mucho tiempo, solo el necesario para recuperar a su mujer y a su hijo y posiblemente decirle cuatro cosas a la bruja de Leticia.

Pero una duda daba vueltas en su cabeza. ¿Sería su mujer cómplice de la estafa o una víctima más de los manejos de su abuela? ¿Había planeado desde el principio volver a Atlanta cuando los Dante descubrieran que las minas Charleston estaban agotadas o habría alguna otra explicación?

Incapaz de evitarlo, miró las cosas que Shayla había dejado atrás: un frasco de colonia…. su familiar fragancia aún parecía estar en el aire, una fragancia que despertaba recuerdos eróticos. Draco tomó unos prendedores del pelo que había sobre la cómoda, los prendedores que él le había quitado uno por uno para ver cómo

la melena caía por su espalda. Luego tomó un par de zapatos tirados en el suelo del vestidor y los colocó en su sitio. Sin duda, Stefano se habría puesto a llorar y ella habría acudido a su lado de inmediato, dejando a medias lo que estaba haciendo.

Stefano. Cuánto echaba de menos a su hijo. Echaba de menos sus ojitos brillantes tan parecidos a los de su madre. Echaba de menos su risa infantil cuando le hacía cosquillas en la barriguita, sus gritos y sus patadas cuando intentaban cambiarle el pañal.

Draco iba a salir de la casa cuando, sin pensar, se dio la vuelta para entrar en la habitación de su hijo. No se preguntó por qué, lo hacía por instinto.

Todo estaba en su sitio, todo bien colocado. Y la cuna… Draco cerró los ojos. La cuna estaba vacía.

Pero al darse la vuelta vio que la pared detrás de la cuna ya no estaba sin pintar. En algún momento durante esas últimas veinticuatro horas alguien había completado el mural y lo miró, asombrado. En el centro había una nueva criatura… él, un dragón fiero de ojos pardos y expresión desafiante que parecía decir: «Yo protegeré a todos los que vivan aquí».

En los brazos del dragón había una hermosa princesa de largo cabello negro, una princesa de ojos oscuros llenos de amor por la criatura que la sujetaba. Una princesa que se parecía extraordinariamente a su mujer. Y clavando los dientes en la cola del dragón había un niño pequeño que lo miraba con expresión divertida.

Stefano.

Entonces recordó algo que Shayla había dicho en la suite, antes de que fueran interrumpidos por la llamada de teléfono de Sev. Acababa de decir que iba a comprar una casa para ella, ofreciéndole la libertad que le había pedido antes de que se casaran, y Shayla había dicho… ¿qué había dicho?

«¿Y si te dijera que no quiero irme de casa? ¿Qué quiero quedarme contigo?».

Lo había dicho con una trémula sonrisa en los labios pero sin dudar.

Y Draco supo entonces que tampoco él tenía la menor duda.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Draco? —le preguntó Sev, sentado frente a la mesa de la sala de juntas, al lado de su mujer—. Has reunido a toda la familia y llevamos veinte minutos esperando.

Draco no se había ido a Atlanta como tenía previsto. No había

sido necesario porque Shayla y Stefano volvían a casa. Por eso había pedido una reunión familiar.

—Hay muchos asuntos que resolver —empezó a decir, mirando de unos a otros: primos, abuelos, padres—. Y todos van a ser resueltos hoy mismo.

Su hermano Rafe miró a su mujer, Larkin.

—Da miedo cuando se pone tan serio, ¿verdad?

Draco envió un mensaje de texto y Juice asomó la cabeza en la sala de juntas.

—Han aterrizado hace casi una hora —anunció—. Deberían llegar en cualquier momento.

—Gracias —murmuró Draco—. Busca un asiento donde puedas.

—¿Qué haces aquí, Juice? —le preguntó Luc.

—Tengo cierta información que tu hermano quiere que comparta con vosotros.

En cuanto se sentó, la puerta se abrió de nuevo. Por fin, Shayla.

Shayla, que entró en la sala de juntas con los hombros erguidos y actitud combativa. A juego con la de Leticia, por cierto.

—Bienvenida a casa —murmuró Draco, tomando a Stefano en brazos—. Te he echado de menos.

Leticia se dejó caer sobre una silla y se cruzó de brazos, desafiante.

—Lo mínimo que podrías hacer es ofrecerme una taza de té. Ha sido un vuelo muy largo y, aunque lo parezca, ya no soy tan joven.

—Voy a buscarlo —dijo Shayla.

No había respondido a su saludo, pensó Draco, de modo que aún quedaban muchos obstáculos en su camino. Bueno, pues él se encargaría de apartarlos.

En cuanto su mujer y su suegra tuvieron sus tazas de té, y con Stefano dormido en su sillita, empezó a hablar:

—Vamos a empezar con Leticia Charleston, ya que ésta es su historia —Draco clavó en ella su mirada y fue directo a la yugular—. Has odiado a los Dante desde siempre. Entiendo que nos culpes por la ruina de tu empresa, aunque tú y yo sabemos que el problema fue que las minas dejaron de producir. Pero hay algo más, ¿verdad? Hay algo por lo que siempre has querido vengarte.

Ella no se molestó en corregirlo. Sencillamente dijo:

—Todo es culpa de Dominic Dante.

—¿Mi padre? —exclamó Sev, levantándose—. ¿De qué está hablando? ¿Cómo puede mi padre tener nada que ver con esta situación?

—Sev, por favor —murmuró Francesca—. Deja que se explique.

Leticia esperó hasta que todos quedaron en silencio de nuevo.

—Dominic fue a hablar con mi marido hace décadas, pero William se negó a recibirlo. Le dijo que se fuera, pero Dominic no lo hizo, por supuesto. Ninguno de los Dante hace lo que se le pide.

—Abuela… —Shayla suspiró—. Por favor, limítate a los hechos.

—Dominic tuvo la poca vergüenza de ir a hablar conmigo. Me dijo que le habíamos robado a una de sus diseñadoras, Cara Moretti, y exigió que se la devolviéramos, como si fuera un mueble o un anillo que hubiese perdido. Yo le dije que se fuera al infierno. Si él no era capaz de retener a sus empleados, no era mi problema.

Cara Moretti. Ese nombre era uno que llevaba amargos recuerdos para todos.

—Tiene que haber algo más —dijo Draco—. No se estafa a una compañía porque alguien tenga la poca vergüenza de hablar contigo.

Leticia se encogió de hombros.

—Dominic juró que se vengaría y yo me reí de él. Charleston estaba en su mejor momento entonces y vosotros erais nuestros mayores competidores, ¿por qué iba a daros nada que pudiese colocaros por encima?

—¿Le hablaste a tu marido de las demandas de Dominic? —le preguntó Primo.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacerlo? William tenía mucho temperamento y pensé que lo mejor sería dejarlo estar —Leticia tomó un sorbo de té—. A nosotros nos gustaba Cara, aunque llegó a Atlanta embarazada y soltera. Trabajó para Charleston durante varios años antes de marcharse.

Nonna se levantó entonces, pálida.

—Yo esperaré fuera —anunció—. El niño… no debemos hablar delante de él. Me lo llevaré a otro despacho para que todo esto no le afecte.

En cuanto la puerta se cerró tras Nonna y Stefano, Draco preguntó:

—¿Qué ocurrió después de eso? Leticia suspiró.

—Los años pasaron y los Dante se volvieron más poderosos gracias a los diamantes de fuego. Cuando entrasteis en el mercado internacional yo pude ver el final, aunque William permanecía ciego. Y entonces…

Estaba claro que su abuela no podía seguir y Shayla decidió intervenir:

—Mi abuelo sufrió un infarto y murió poco después.

—Sí —asintió Leticia—. Fue al descubrir que las minas estaban

agotadas. Ese descubrimiento fue un golpe terrible. Su muerte, combinada con el problema de la empresa, nos llevó al caos. Yo le supliqué a mi hijo que se hiciera cargo de la empresa, pero Stefan no tenía carácter para eso. Sencillamente, no tenía ambición suficiente. Estábamos al borde de la ruina y, si llegábamos a eso, todo desaparecería: el negocio, las joyas, los coches, las fiestas. Acabaríamos perdiendo hasta la mansión.

—¿Y qué hicisteis? —insistió Draco, aunque sospechaba que lo sabía.

—Me tragué mi orgullo y decidí hablar con los Dante. Tenía que pensar en mi familia y la puse por delante de mi dignidad —Leticia apretó la servilleta que tenía en la mano—. Así que pedí una cita con Primo.

—Nunca nos vimos, Letty —dijo su abuelo—. Tú sabes que te habría ayudado de haber sabido que teníais tantos problemas.

—No me recibiste tú, me recibió Dominic. Me dijo que tú se lo habías pedido. Eso debió ser unas semanas antes de su muerte, poco antes de la muerte de mi hijo.

—¿Qué ocurrió en esa reunión?

Los ojos de Leticia se llenaron de lágrimas.

—Le supliqué que nos ayudara, que nos diera tiempo para reorganizarnos. Tenía la absurda idea de que tal vez yo podría solucionarlo todo.

—¿Entonces pensaste dirigir la compañía? —le preguntó Draco.

—Sí, lo pensé. No tuve más remedio que hacerlo. Decidí tomar las riendas, pero necesitaba tiempo, un tiempo que Dominic se negó a darme porque yo no lo había ayudado a recuperar a Cara Moretti, aunque habían pasado años. Para él, era como si hubiera sido el día anterior. Fue cruel, terriblemente cruel. Se rio de mí y de mis problemas —Leticia dejó la taza sobre el plato con tal fuerza que la porcelana protestó—. Me dijo que, si no tenía dinero para mantener a mi familia, tal vez debería acogerme a la beneficencia y dar a Shayla en adopción.

Para una mujer tan orgullosa como ella, eso debió de haber sido como una bofetada. Draco miró a su abuelo y sus primos. En el rostro de Marco podía ver que se negaba a creer esa historia, pero la expresión de su abuelo lo delataba. No solo aceptaba la versión de Leticia, sino que sentía compasión por ella.

—Hay algo que no entiendo —dijo Draco—. Mi tío debía de saber que habían contratado a tu hijo Stefan para dirigir el departamento de diseño en Nueva York.

—Si Dominic me hubiera contado que mi propio hijo me había

traicionado… me habría muerto allí mismo. Pero no me dijo nada. Si lo hubiera sabido, te aseguro que me lo habría restregado por la cara, así que sospecho que no lo sabía. En fin, después de mi reunión con él, salvé lo que pude, pero luego Stefan murió y…

No podía seguir y Shayla puso una mano en su brazo. Todos podían ver su desesperación y tal vez incluso empezaban a entender su deseo de venganza.

—Mi abuela ha venido para devolver el dinero que pagasteis por las minas.

—Siempre supe que tendría que hacerlo. Aceptarlo no fue más que un golpe, un acto de desafío.

Draco levantó una ceja, impresionado a pesar de sí mismo.

—Como cuando los indios tocaban a sus enemigos durante la batalla para demostrar su valentía.

Leticia asintió con la cabeza.

—Eso es. Sabía que tarde o temprano os daríais cuenta del engaño. Y de que la venta no era legal.

¿Cómo iba a serlo si ya no soy la dueña de las minas?

Todos se miraron, sorprendidos.

—Si tú no eres la dueña de las minas, ¿quién es el dueño? —preguntó Primo.

—Shayla —respondió Draco.

Por supuesto, eso los sorprendió aún más. Sobre todo a Shayla. Draco apretó su mano y se alegró al ver que ella se lo permitía.

—¿Juice?

El investigador se levantó para explicarlo.

—En cuanto te casaste con Draco, las minas pasaron a ser de tu propiedad. El notario te habría informado tarde o temprano… claro que tu abuela le pidió que no dijera nada.

—¿Eso es verdad, abuela?

—Se lo habría dicho tarde o temprano —murmuró Leticia—. Pero no iba a molestarme con ese detalle cuando tenía cosas más importantes de las que ocuparme.

Draco sonrió, irónico.

—En otras palabras, no querías que la noticia se supiera demasiado pronto o no habrías tenido el placer de ver a las hormigas corriendo mientras tú pateabas el hormiguero.

—¿Lo ves, hija? Lo entiendes perfectamente.

—Lo curioso es que sí —asintió Draco—. Pero lo que encuentro imperdonable es que intentaras separarme de Shayla. Y todo para que mi mujer no recibiera su herencia demasiado pronto.

—No quería que alquilarais las minas, sino que las compraseis.

Que estuvierais desesperados por comprarlas —confesó Leticia—. Tanto como para hacerlo a toda prisa. Quería distraeros para que no os fijarais demasiado en los informes… o más bien en las falsificaciones.

—¿Cómo las conseguiste, por cierto?

—Digamos que sigo teniendo contactos en el negocio. Y me salió bien. La cuestión es que por fin le he ganado una batalla a los Dante, eso era lo único que quería.

—¿Y ahora? —exclamó Primo.

—Ahora que el juego ha terminado, podéis quedaros con vuestro dinero… menos una pequeña cantidad.

—¡Abuela!

—Necesito un coche nuevo. No te preocupes, no van a echar de menos treinta mil dólares. Y ya está, no queda nada más por decir, ya lo he contado todo. Al menos, todo lo que quiero contar.

—Tu anillo de compromiso, por favor —dijo Draco entonces.

Por un momento pensó que iba a negarse. Pero luego se lo quitó del cuello y lo dejó sobre la mesa. El diamante brillaba como el fuego…

Y Shayla se puso tensa.

—Abuela, ¿qué has hecho?

Leticia inclinó la cabeza.

—Lo siento, cariño.

—Es un diamante de fuego… pero no puede ser uno de los nuestros porque los nuestros fueron descubiertos recientemente. Siempre me he preguntado por qué habías dejado de llevarlo en el dedo… pero no es el anillo que te regaló el abuelo. Tú organizaste el robo de los diamantes de fuego, ¿verdad?

—No, te juro que no. Pero soy culpable porque sé quién los robó. Era un antiguo empleado nuestro, Clint Bodine, y siempre lamentaré no haberlo denunciado cuando me contó lo que había hecho.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque me regaló uno de los diamantes, el que está en el anillo.

—Es un anillo de compromiso —los interrumpió Primo—. ¿Por qué te regaló un anillo de compromiso, Letty? ¿Y qué fue del que William te regaló?

—Tuve que venderlo para pagar deudas. Clint sabía que lo había hecho y me dio este anillo para reemplazarlo. Iba a devolverlo, pero al final no lo hice. Y lo siento mucho, de verdad.

Qué mujer tan extraña, pensó Draco. No le importaba nada

estafar millones de dólares a los Dante, lo veía como algo justificable, pero se avergonzaba de haberse quedado con un diamante robado.

—No lo devolviste porque pensaste que era una especie de red de seguridad, ¿no?

Ella asintió, agotada.

—En caso de emergencia podría venderlo, sí —respondió, apretando la mano de su nieta—. Y ya que estoy siendo brutalmente sincera, también era un recordatorio de todo lo que los Charleston habían sufrido a manos de los Dante.

Primo insistió entonces en hablar con Leticia en privado y mientras el resto de la familia discutía lo que acababan de descubrir, Juice se acercó a Draco.

—Espero haber ayudado, pero sospecho que esto ha empeorado la situación, sobre todo para Sev.

—Mi primo y sus hermanos necesitan tiempo para procesar todo esto, pero los ayudaremos —Draco le ofreció su mano—. Gracias otra vez, Juice. Tú eres como de la familia, ya lo sabes.

En cuanto el investigador se marchó, Draco se apoyó en la mesa para mirar a su mujer.

—¿Quién va a empezar? —le preguntó.

—Lo siento muchísimo —empezó a decir ella—. Mi abuela ha hecho mucho daño…

—Tú no nos debes ninguna disculpa. De hecho, tú eres quien menos debe disculparse.

Shayla asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué?

—Lo primero, soy yo quien te debe una disculpa —dijo Draco, mirándola a los ojos—. Siento mucho todo lo que dije ayer en la suite. Fue un error por mi parte sospechar de ti, un terrible error. Fue una reacción instintiva, basada en pasadas experiencias, pero debería haber sabido que tú no tenías nada que ver.

—¿Cuánto tiempo tardaste en llegar a esa conclusión? —le preguntó ella, sujetando su taza de té como un escudo.

Draco le quitó la taza para dejarla sobre la mesa.

—Mi corazón lo supo en cuanto salí de la suite. Puede que mi cabeza tardase un poco más, lo reconozco.

—Puedes ser increíblemente testarudo —asintió ella—. Pero ahora que sabes que yo no te engañaría nunca, ¿qué va a pasar?

—Ahora tú puedes elegir. He hablado con tu antiguo jefe, Derek Algier. No es fácil localizarlo, pero Juice me ayudó…

—¿Derek? —lo interrumpió Shayla—. ¿Por qué te has puesto en

contacto con él?

—Para ver si necesitaba una traductora. Le he explicado la situación y le he dicho que cuando Stefano sea un poco mayor contrataría a una niñera para que os acompañase en los viajes.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó Shayla, con voz temblorosa—. ¿Quieres el divorcio?

—¡No! —exclamó Draco—. Hicimos un pacto antes de casarnos y te ofrezco tu libertad como te prometí. Aunque hay otra opción.

—¿Qué opción?

—Contesta a una pregunta primero: el mural en la habitación de Stefano… —Draco la miró a los ojos—. ¿Eso es lo que sientes de verdad?

—Sí —respondió ella, sin vacilar. Draco la tomó entre sus brazos.

—Te quiero Shayla. Te amo desde que te vi en la exposición. Ninguna otra mujer existe para mí desde entonces. Me enamoré de ti la primera vez que nos besamos y no creo que pudiera soportar que me dejaras de nuevo.

—Oh, Draco…

Shayla le echó los brazos al cuello y respiró su aroma como si lo necesitara para sobrevivir. Y luego lo besó, un beso largo y apasionado mientras él la aplastaba contra su pecho, devorándola, poniendo todo su amor en la caricia, todas sus esperanzas. Estaban hechos el uno para el otro, pero por difícil que fuera, le daría su libertad si eso era lo que quería.

—No quiero que te sientas atrapada en este matrimonio. Nunca.

—Nuestro matrimonio no es una trampa para mí —Shayla tomó su cara entre las manos—. Te quiero Draco Dante. Te he querido desde el primer día y te querré hasta que tú seas como Primo y yo como Nonna. No quiero marcharme. ¿Cómo voy a marcharme si estar contigo es lo que me hace libre?

Él tocó su alianza.

—¿Unidos para siempre?

Shayla sonrió.

—Lo sabía incluso entonces, cuando me dijiste lo que significaba el anillo. Pero tenía miedo a creer, a confiar.

—¿Y el pacto que hicimos?

—Sugiero que lo olvidemos. Draco sacudió la cabeza.

—O tal vez podríamos recordar otro pacto, el que hicimos cuanto te puse esa alianza en el dedo.

Shayla cerró los ojos, intentando contener las lágrimas.

—Eso me gustaría mucho —respondió—. Y creo que éste es

buen momento para decirte que mi abuela va a mudarse a San Francisco.

—Que Dios nos ayude —murmuró él. Pero aceptaba lo inevitable. Le gustase o no, Leticia era la única pariente directa que le quedaba a Shayla—. ¿Sabes una cosa? Nosotros necesitamos traductores muchas veces.

—¿Me estás pidiendo que sea tu mujer o intentando librarte de mí para librarte así de mi abuela?

—Es muy tentador, pero no. Lo que intento es que tus sueños se hagan realidad.

—Deja de intentarlo —susurró Shayla—. Ya lo has conseguido. Ahora me toca a mí hacer tus sueños realidad.

—Acabas de hacerlo, amor mío —Draco la abrazó, entrelazando sus dedos y sintiendo cómo El Infierno solidificaba el lazo que había entre ellos—. Acabas de hacerlo.

Y luego buscó sus labios en un beso apasionado.

El dragón por fin había encontrado a su compañera y en cuanto fuera posible pensaba llevarla a su guarida y retenerla allí para siempre.

Fin